Grita

Jose Bueno

Capítulo 1

PRIMERO

1.

Me senté en el patio del instituto a comerme el bocadillo que mi madre me había preparado para el recreo. De inmediato, alguien vino a pedirme el papel de plata para jugar al Uno equis dos.

Tres de mis compañeros de clase me miraban de reojo mientras soltaban unas risitas. Comenzaron a caminar hacia donde yo estaba. Intenté disimular mis nervios, pero mi mirada terminó bajando hasta el bocadillo que sujetaban mis temblorosas manos. Tony, el líder del grupito, me dijo:

—¿Pero qué haces aquí solo, Jose?

Yo me encogí de hombros.

—Aquí, a lo mío.

Se sentaron a mi lado, con Tony en la otra punta del banco; así podía hablarme a gritos y que todos le escuchasen.

—¡Jose, ayer vi a tu madre!

—¿Y a mí qué?

—¡Tú madre está buena, tío!

Los dos compinches empezaron a reír. Yo hice como que no le había oído. El compinche que estaba a mi lado me dio con el codo:

—¡Lo que ha dicho de tu madre! ¡Que está buena, dice!

—Pues mejor para ella…

Tony continuó con su retahíla.

—¡Tú seguro que te haces pajas pensando en tu madre! ¿Eh? ¡¿A que sí,

Jose?! ¡¿A que sí?!

—¡Jose, que el Tony dice que te haces pajas pensando en tu madre!

—M-me da igual…

Volvieron a reír. Tony añadió:

—¡Y que le miras las tetas cuando se ducha! ¡Ja, ja, ja!

—¿Tú has visto lo que te ha dicho, Jose? ¿No le vas a decir nada?

—¡¡¡QUE ME DA IGUAL!!! ¡¡¡COÑO!!!

Los tres estallaron en carcajadas mientras canturreaban:

Míralo, míralo,

Ya está cabreaooooo

Míralo, míralo,

Ya está cabreaooooo…

Aguanté el enfado sordo mientras me gritaban más y más al oído. Tony pidió silencio a sus amigos.

—Jose, oye, ¿no te habrás enfadado de verdad, eh? ¡Que es coña, tío! ¿Cómo vamos a saber si te molestan las cosas si no dices ni mu, tío?

Permanecí pensativo. Comencé a abrir la boca para decir algo. Con los nervios, las palabras me salían entrecortadas.

—Que… que… A ver… que os pasáis el día… cachondeándoos de mí y… y… y delante de todo el mundo y… encima…

Entonces, gritaron al mismo tiempo:

—¡…TRES!

Y me tiraron del banco, empujándome con sus caderas. Reían a carcajadas. Pero las risas cesaron. De hecho, los tres quedaron pálidos. Uno de ellos empezó a sollozar.

Caí sobre un arriate de piedra. No tuve tiempo de cambiar mi postura y todo el peso de mi cuerpo cayó sobre el tobillo. Ni la articulación ni el

hueso pudieron soportarlo, el pie quedó prácticamente del revés.

Capítulo 2

2.

Una profesora me llevó corriendo al hospital. Allí, me hicieron varias pruebas, me colocaron el pie en su sitio y me escayolaron. Todos eran muy amables y me decían que dejara de llorar, que yo ya era un hombre. Pero, cuanto más me esforzaba por parar, más lloraba y más hipaba.

La profesora parecía estar muy enfadada conmigo, sabía que no me iba a chivar y eso la quemaba por dentro. Era una mujer implacable, nuestra mejor profesora. Sin embargo, jamás me imaginé que iba a llegar tan lejos con tal de hacerme hablar.

Oí como unos nudillos golpeaban la puerta.

—¿Qué tal, Jose? ¿Cómo estás?

Un policía apareció y entró en la sala en la que estábamos.

Era la primera vez que hablaba con un policía. Agaché la cabeza, estaba cansado de que tanta gente me viera balbuceando y llorando.

El agente pidió permiso a mi profesora con un gesto antes de entrar.

—Menuda movida, ¿eh? ¿Duele mucho?

Ni siquiera respondí. Seguí con la cabeza gacha, mirando en dirección opuesta al policía, para que mi rostro permaneciese lo más oculto posible.

—Hey, tú tranquilo, Jose. Mira, ya he hablado con tus compañeros de clase y ya me han contado quiénes son los niñatos que… ¡de verdad, yo no sé dónde vamos a llegar! Así que tú, tranquilo, ¿vale? No tienes que decirme ni una palabra.

Aquello me tranquilizó bastante, relajé el gesto. Él notó que estaba ganándose mi confianza. Cogió una banqueta y se sentó en ella, para que nuestros rostros estuviesen a la misma altura.

—Oye, ¿te crees que a mí no me han pasado estas cosas cuando tenía tu edad? A mí y a todo el mundo. En mi instituto había unos que siempre me estaban bajando los pantalones delante de las chicas. Y, un par de veces,

hasta los calzoncillos…

El policía soltó una risita. Yo alcé la vista por primera vez, hasta que mis ojos se encontraron con los suyos.

—Además, quiero que entiendas que… Oye, Jose, vamos a dejarnos de rollos: esos tíos son unos capullos. Que sí, que todo el mundo hace tonterías cuando es joven, pero esos niñatos son unos capullos redomados y se merecen todo lo que les va a caer encima. Pero yo también te entiendo a ti. No es justo, para nada, que te pidamos que tú seas el chivato, ¿verdad?

Continué escuchando con mucha atención.

—Bastante tienes tú ya con lo que tienes como para que, encima, le demos munición al resto de los capullos que quedan en el instituto.

La profesora miraba fijamente al agente, iba a detenerle para decirle que se estaba pasando de la raya, pero este adivinó sus pensamientos y le pidió con un gesto que le dejase continuar.

—Pues puedes relajarte, ¿vale?, porque el único que va a hablar aquí soy yo. Te voy a contar todo lo que pasó, ¿sí?, y tú solo tienes que decirme que sí con la cabeza. ¿Vale, colega? Nada más. ¿Te parece bien?, ¿crees que podrás hacerlo?

El policía acompañó sus palabras con una cálida y amistosa sonrisa. Yo volví a posar los ojos en el suelo:

—M-mire… yo le agradezco… les agradezco en el alma, bueno, lo mucho que todos se están preocupando por mí y cómo me están cuidando, pero es que no puedo hacer eso.

Alcé la mirada.

—Eso no fue lo que pasó. Y que conste que yo soy el primero al que le encantaría… devolvérsela a esos tres todas las cosas que me han hecho. ¡Pfff! ¡Ya te digo! Pero… es que estaría mintiendo.

El agente y mi profesora compartieron una mirada. Se lo habían tragado todo. Solo faltaba poner la guinda en el pastel.

—¿E-estás seguro de eso, Jose? —dijo mi profesora.

—A ver, si es que me da hasta vergüenza… Estaban los tres estos dándome por saco, como siempre, me levanté para irme y como iba nervioso y enfadado no vi el arriate y… pues me caí y caí mal. ¡Hasta para

eso tengo mala suerte!

Solté una leve risita para acompañar el final, pero con una pizca de amargura. El policía asintió levemente. Se levantó y me extendió una mano.

—Jose, es un placer conocer a un niño tan maduro y tan sensato como tú.

Estreché su mano. La profesora se fue para acompañar al agente a la entrada del hospital. Entonces me di cuenta de que mis lágrimas y mis nervios habían desaparecido. Aunque la pierna seguía doliendo de cojones.

Capítulo 3

3.

Pasé un mes recuperándome en casa. Un par de compañeros vinieron a verme y me firmaron en la escayola. Fueron los únicos.

Me costó horrores volver al instituto y subir las escaleras de la entrada con las muletas. Algunos compañeros se ofrecieron a llevar mi mochila, cosa que les agradecí, pero el orgullo me pudo y rechacé su ayuda.

Sonó el timbre y, como no podía con todo, me quedé atrás. Al girar una curva, me encontré de bruces con Tony y sus dos compinches.

Me tragué mi rabia como pude, les dediqué una mirada de desprecio y pasé de largo. Ellos empezaron a seguirme.

—Jose… espera, hombre. Por favor…

—Perdona, tío.

—Que hemos venido a pedirte perdón.

Continué avanzando, aunque era bastante fácil alcanzarme.

—Que sabemos que fuimos unos gilipollas, tío. De verdad. Se acabaron las bromas.

—Sí, sí. Palabra.

Ni se dieron cuenta de que me estaban siguiendo al patio.

—Joder, tampoco te pongas así, que te estamos pidiendo perdón. O sea, es que… ¡Venga, hombre! ¡Si nosotros somos los que menos nos metemos contigo de todo el instituto!

—¡Shhh!

—¡Ni shú ni shá! ¡Que tendría que estar dando gracias de estar este año con nosotros, que no le hacemos ni la mitad de lo que podríamos!

Me detuve en seco.

Los dos amigos de Tony seguían chistándole y ordenándole que cerrase la boca mientras él hablaba y hablaba. De repente, uno de los amigos se detuvo. Mejor dicho, enmudeció. Por fin se dio cuenta de dónde estábamos:

Los había llevado hasta el banco del que me tiraron.

Apreté los dientes. Los puños. Grité. Me giré con las muletas en alto. Golpeé la cabeza de Tony con ellas. Sus amigos huyeron despavoridos. Tony cayó al suelo, mareado. Volví a preparar el siguiente golpe. Tony alzó los brazos para protegerse. Llegaron tarde, las muletas dieron de lleno en el cráneo. Quedó con la mirada perdida. Yo seguía frente a él, ciego de rabia, victorioso, con las muletas en alto, listo para seguir golpeando.

Entonces recobré la cordura por un segundo y me detuve. Detrás de mí, sonó una voz autoritaria.

—¿¡PERO QUÉ COÑO HACES!?

La profesora que me acompañó al hospital corría hacia mí. Yo la miré con los ojos fuera de las órbitas, con actitud amenazante. Me cruzó la cara de un bofetón.

—¡Loco de mierda!

Bajé la mirada, pero seguía agarrando las muletas con nervio. La profesora se arrodilló para atender a Tony.

—Antonio, Antonio, ¿me oyes? Ya está, no pasa nada, no pasa nada…

Yo tenía su sangre en las muletas, la ira quemándome por dentro y, en la mejilla, la marca de la bofetada que me acaba de dar aquella mujer. Una mujer que estaba de espaldas a mí. Con su nuca al descubierto.

Me dejé caer en el banco del patio dónde había empezado todo aquello, coloqué la cabeza entre los brazos y luché por volver a recuperar la compostura.

Capítulo 4

4.

La profesora nos reunió a mis padres y a mí en su despacho. Yo aún me sentía confundido, así que permanecí cabizbajo, en actitud hermética, mientras la profesora explicaba lo ocurrido.

—A ver, he visto muchas barbaridades en este colegio, los críos cada vez están más salvajes, pero… ¿esto? ¿Un chico de doce años abriéndole la cabeza a otro…?

—¿¡Qué…?!

—D-dios mío…

—No, no. Es que es peor todavía. Es que Antonio estaba en el suelo, inconsciente, y su hijo le seguía pegando, y pegando, y pegando.

—¿Antonio? ¿El hijo de Toñi, la del quiosco?

Mi padre intercedió.

—A ver, a ver, sería… una peleílla. Lo normal entre chavales de su edad. Es que usted lo está exagerando mucho.

—¿Cómo? ¿Exagerando? ¿Exagerando dice?

La profesora caminó hasta donde estaba yo y tomó una de mis muletas. Mostró a mis padres las manchas de sangre.

—Me cago… me cago en la puta…

—Dios mío… ¡Jose…!

Mis padres quedaron atónitos, compartieron una mirada de preocupación. Las palabras salieron de la boca de mi padre como espumarajos:

—¿Pero esto qué coño es? ¿¡Pero esto qué coño es?! ¿¡Pero a ti qué te pasa por la cabeza, pedazo de imbécil!?

—Luis, Luis, tranquilízate, por favor. A ver… Jose, hijo, por favor… cuéntanos tú lo que pasó, ¿vale? Cuéntanoslo tú con tus palabras, ¿vale,

hijo? Nosotros estamos aquí por ti, para escucharte.

Por un segundo, me sentí tentado a hablar. Solo por un segundo. Cerré la boca y me limité a encogerme me hombros.

Mi padre estalló:

—¡PERO ESTO QUÉ MIERDA ES! ¡¿ES QUE TE HAS VUELTO GILIPOLLAS DE REPENTE O QUÉ COÑO TE PASA?!

—Luis, por favor…

—¡QUE YO CONOZCO A LA MADRE DE ESE CHAVAL! ¡¿CON QUÉ CARA LE VOY YO A COMPRAR AHORA!? ¿EH? ¡TE VOY A DECIR UNA COSA, NIÑATO, SI AQUÍ VALE REPARTIR HOSTIAS, TÚ TE VAS A LLEVAR HASTA LA PEDREA, ¿TE ENTERAS?! ¡A VER QUÉ COÑO TE PARECE!

Los ojos se me humedecieron. Mi profesora intervino.

—Por favor, por favor… Vamos a dejar que Jose vuelva a clase, ¿de acuerdo? Mejor hablemos a solas.

Me hizo un gesto en dirección a la puerta. Obedecí encantado, mientras me limpiaba las lágrimas con la manga de la camiseta. Mi padre me dedicó unas últimas palabras antes de cerrar la puerta.

—¡Cuando volvamos a casa, tú y yo sí que vamos a hablar!, ¡niñato! ¡Vamos a hablar hasta que se me caigan las manos!

Sentí un gran alivio cuando pude cerrar la puerta tras de mí. Aunque por poco tiempo: en el pasillo, todo el mundo me miraba.

Comencé a avanzar, despacio, mientras cuchicheaban a mi alrededor. Permanecí cabizbajo, hasta que sentí unas palmaditas en mi espalda.

—¡Con dos cojones! ¡Sí, señor!

Mis ojos quedaron clavados en el chico que me las había dado mientras se alejaba. Le observé confuso, intentando comprender a qué había venido aquel gesto. Otro compañero me gritó desde lejos con los pulgares en alto.

—¡Puto amo, tío! ¡Puto amo!

Le devolví el gesto, más por inercia que por otra cosa. Un grupo de chicas de mi clase se situó a mi altura y empezó a caminar a mi lado.

—¡Hey, Jose!

—¿Vas a inglés?

—Mmm… S-sí —respondí.

—Oye, ¿qué te han dicho de lo de Tony?

—Bueno… pues… ¿Qué me van a decir?

—Tú no te ralles, ¿eh?, que Tony es un capullo. Tendrías que haberle dado hace tiempo.

—Ya te digo —añadió otra compañera.

Nos separamos al entrar en el aula y me dirigí a mi pupitre. Allí, sentados sobre mi mesa, estaban los compinches de Tony. Al verme, se levantaron y avanzaron hacia mí.

—¡Qué pasa, Swarzeneger!

—¡Qué calladito te lo tenías!

Me saludaron con sincero entusiasmo. Yo no salía de mi asombro.

—Dios, chaval, ¡qué cara de loco tenías cuando te tiraste por el Tony!

—¡Yo me cagué, te lo juro!

Soltaron una carcajada. Yo también reí, pero a medias; mis sentidos seguían alerta.

—Oye, que después nos vamos a acercar a casa de Tony, ahí, a verle un ratillo. ¿Te apuntas o qué?

Quedé boquiabierto. Aquella invitación no me ofrecía ninguna confianza.

—No sé… A mí me parece que a Tony… como que no le va a hacer mucha gracia verme…

—A ver, que Tony se va a enfadar porque… pues porque es lo que toca.

—Tampoco te va a reír la gracia, ¿sabes?

—Pero que no es tonto, que sabe de sobra que él se lo ha buscado.

—Mira, tú coges y le pides perdón, haces como que te importa y después… —hizo un minibailecito mientras se frotaba la punta de los dedos— ¡Nos

fumamos un petilla así de gordo, primo!

—Y después…

—¡Pues nos fumamos otro!, ¿que no de qué?

—¡Ja, ja, ja!

—El petilla de la paz.

Los dos soltaron una risilla. Yo continuaba desconfiando.

—Mmm… otro día sin problema, de verdad, pero es que no sabéis el cabreo que tiene mi padre, hoy me toca irme a casa del tirón.

—¡Pues más motivo! ¡Si ya más cabreado no puede estar!

—Además, que también van a estar ahí la Jessi y todas las niñas.

Entonces me paré a pensar en aquello durante un segundo. Eché un vistazo al grupo de chicas con las que venía hablando por el pasillo, en especial: a Jessi.

—Y… mmm… ¿entonces a qué hora quedamos?

—¡Aaaah! ¡Ahora que hay niñas sí que vienes, ¿eh?!

—¿Pero tú le has visto aquí al casanova este? ¡Que le ha cambiado hasta la cara!

—Pero deja alguna para los demás, ¿eh, pichabrava?

Los tres soltamos una risotada mientras uno de ellos me palmeaba el hombro en tono amistoso.

Capítulo 5

5.

DOCE AÑOS DESPUÉS

—Mmm… sí, mmm… mi nombre es… me llamo Jose Sanz, ¿sí? Y, bueno… pues trabajo en la tele, como cámara, en una tele pequeña. En Localia, el de Madrid Norte. No, tranquila, no nos ves ni tú ni nadie, si es una basura de canal… Y encima con todo esto del apagón digital y de la TDT… ¡Uf! ¡Nos van a follar vivos! ¡Ja, ja!

Ya llevaba casi cinco años en aquel trabajo, pero, como seguía siendo el último que entró en plantilla, aún me tenía que encargar de todas las noticias que nadie quería. Si había que grabar un paso de semana santa a las cuatro de la mañana, si había que trabajar un domingo para grabar algún partido de tercera división… ahí estaba yo, con mi sueldo mínimo y cobrando en negro.

«¡Jose! ¿Puedes venir, por favor?»

Solía tener la misma conversación con mi realizadora cada dos meses:

Me señalaba las imágenes que acababa de grabar y me decía algo en plan «¿Qué es esto, Jose?» o «¿Qué te he dicho de esto, Jose?» y yo le decía «Es que era una exposición de _____ A) coches antiguos B) fotografía C) arte, taaaaan chula que…» ella me interrumpía y primero me decía algo reconfortante como «Si yo te entiendo, sé que siempre hacemos la misma mierda una y otra vez, pero…» siempre había un pero, por su puesto «…a la que después le toca quedarse una hora extra montando, hora que encima no me van a pagar, soy yo. Y es que, además, justo hoy es un día horrible porque _____ A) tengo al niño malo B) me duele la espalda C) ya estoy haciendo el trabajo de tres personas y es que ya no puedo más, de verdad, no puedo más». Yo balbuceaba un poco y agachaba la cabeza, avergonzado de mi actitud egoísta, y ella remataba con un «Mira, no te compliques tanto. Tú grabas un plano general, dos o tres planos medios de las cosas más importantes y un primer plano de alguno de los protagonistas de la noticia. Repites eso cuatro o cinco veces, y puerta. Todos a casita tempranito y felices».

—¿Cómo? Sí, esta es mi cámara. Sí, sí, está pegada con celo, ¡la mitad de las veces ni graba! ¡Je, je! Perdona, que te he llenado esto de trastos.

Solía terminar tan tarde y empezar tan temprano en el trabajo que normalmente no me compensaba volver a casa, me echaba una cabezada en la sala de realización y listo. Algo que no le hacía demasiada gracia a mi novia, claro.

—Pues vivimos por el centro, bueno, no en el centro-centro, claro… ¿Perdone? No, no, vivimos con el hermano de mi novia, ¡y eso que trabajamos los dos!, pero… ¡es que en Madrid los pisos están prohibitivos!

La doctora no hacía más que asentir y tomar notas. Yo la miraba, sin saber si debía añadir algo.

Me metí un caramelo en la boca para controlar la tos, pero no sirvió de mucho.

—¡Cof, cof! Perdone.

—¿Fumas?

—No. Bueno… un par de cigarros al mes. O tres. Lo que me pide el cuerpo.

—Así se empieza.

—Bueno, llevo así casi diez años…

—Mmm, Jose, mmm, ahora quería preguntarte algo muy importante, ¿de acuerdo?

Quedó en silencio, mirándome fijamente. Tardé un largo e incómodo momento en darme cuenta de que esa vez sí esperaba una respuesta.

—Eh… sí, sí. Claro, claro…

—Muy bien. Pues… Quería preguntarte si sabes qué es el VIH.

Por un segundo, mi cerebro quedó demasiado contrariado para responder. Tardé un buen rato en articular palabra y lo hice con recelo.

—S-sí, claro… Bueno, lo poquito que he visto en la tele…

—Bueno, pues cuéntame que es lo poquito que has visto en la tele.

La sorpresa inicial pasó a convertirse en un hervidero de nervios. Intentaba hablar, pero las palabras se ahogaban en mi garganta y no podía dejar de mirar a la doctora con ojos alarmados. Mi cerebro estaba apagándose, dejando que el pánico empezase a tomar el control. Ella se precipitó a calmarle.

—Verás, la gente tiene muchos prejuicios, ¿sabes? En realidad, los tratamientos han avanzado mucho.

—P-pero, vamos a ver, que yo me entere… Mire, no lo entiendo, ¿esto a que viene?

Entonces las palabras no lograron salir de la boca de la doctora. Tuvo que desviar la mirada.

Quedé pálido, sin habla, hiperventilando. Inspiraba y resoplaba con violencia. Mi cuerpo me pedía a gritos salir de aquella sala tan blanca.

—No… No lo entiendo… Es que no… ¡No lo entiendo! ¡No lo entiendo!

—Jose, de verdad, no te imaginas lo que han avanzado los tratamientos.

—Joder, pero ¿me…? O sea… No me voy a morir, ¿verdad? Joder… je, je… claro que no me voy a morir…

La mujer volvió a quedar en silencio, se esforzaba por mantener una actitud profesional, pero se esforzaba tanto que solo lograba ponerme más nervioso.

—Yo, como tú comprenderás, no te puedo hacerte… promesas de esa índole. Sin embargo, las estadísticas están a tu favor y eso es… tienes las estadísticas a tu favor.

Por mi rostro empezaron a caer lágrimas.

—Jose, escúchame, por favor. Te juro que el VIH ya no es como antes. ¿Pero tú has visto a Magic Johnson? ¡Si está en mejor forma que cualquier persona sana que yo conozca! Y lleva años enfermo… ¡años!

Quedé pensativo. Asentí.

—Muy bien, muy bien. Mmm… Tengo que hacerte varias preguntas personales. No quiero incomodarte, pero son muy importantes.

Asentí de nuevo. La doctora empezó a sentirse más tranquila, con la situación más controlada.

—Vale, vale… Estas cosas asustan mucho al principio, es normal asustarse, ¿vale?

Me pasó un folleto de una asociación de enfermos de VIH mientras hablaba.

—Pero también vas a comprobar que hay muchas personas que quieren ayudarte, ¿de acuerdo, Jose? Dentro de un año, verás como…

—¡No! ¡No vale! Vamos a ver… Esto… Esto no me cuadra. ¡Solo he estado con una tía en toda mi vida! ¡UNA! ¡Y… y, la verdad, pues es que…! que… ¡que no follamos una mierda! ¿¡Pero cómo cojones he pillado sida si no follo?!

—Mmm… verás… por lo que he leído en tu ficha, naciste por una cesárea de urgencia y… necesitaste transfusiones.

Me encogí de hombros, una sonrisa de amarga incomprensión se dibujó en mis labios.

—Me temo que a principios de los ochenta las medidas de seguridad de donaciones de sangre no eran tan exhaustivas como en la actualidad. Bueno, tampoco es que en la actualidad sean una maravilla…

No tenía fuerzas ni para mover los brazos. Los ojos se me humedecieron, empecé a sollozar de nuevo.

—¿Y… y me toca a mí? Y me toca a mí, ¿no? Mierda… lo siento, pero es que… j-joder…

—Mmm… H-hablando de tu novia… Cuando mantenéis relaciones, ¿siempre habéis usado protección?

Mierda… Pasé de la negación y la incredulidad al más puro pavor, ni siquiera pude articular palabra. Volví a asentir, con mi rostro petrificado.

—Con protección quiero decir… ¿Preservativo?

—Ajá…

—Aun así, debe venir a hacerse las pruebas de inmediato, solo por si las moscas. Y su hermano también. De todas formas, tú ahora tienes que pensar en ti y solo en ti, ¿vale? Tú ya tienes bastante con lo tuyo. Lo que más importa es mantener la perspectiva, sé que parece una tontería, y

puede que… ¿J-Jose…? ¿Jose?

Estaba temblando. Intenté contener un nuevo aluvión de lágrimas, me apresuré a limpiarlas con la manga.

—L-lo siento…

La doctora permaneció en silencio, con la mirada baja. Me hundí poco a poco ante ella.

—Lo siento, es que… es demasiado, es… Lo siento… Lo siento…

Capítulo 6

6.

Todo era color, confeti y risas.

Esa noche, tenía que grabar la cabalgata de reyes de un pueblo de los alrededores de Madrid. Los pajes desfilaban con sus disfraces chillones y algunos padres bailoteaban con sus hijos en hombros. Los pequeños miraban a los reyes y sus carrozas con ojos iluminados e inocentes, otros corrían de aquí para allá con sus bolsas y su sangre saturada de azúcar. Saltaban y saludaban a cámara. Yo les devolvía el saludo con una sonrisa ausente.

***

Lancé un largo suspiro cuando llegué a mi piso y pude cerrar la puerta. Atravesé el pasillo arrastrando los pies, dejando por el suelo todo el equipo de cámara y parte de mi ropa. Al entrar en el salón, me topé de frente con el hermano de mi novia y su chico, que estaban disfrutando de una cena acompañada de velas, música y pétalos de rosa. Los tres nos quedamos un segundo mirándonos, pasmados.

—¡Tío! —dijo el hermano de mi novia con tono de reproche.

—¡Hostia…! Hostia puta… Hostia puta… se me fue, se me fue por completo.

—¿Pero no tenías que grabar no sé qué?

—Ya, ya es que… S-se me fue la olla, lo siento. Yo… yo… A ver, yo me encierro en el cuarto y… como si no estuviera.

El hermano de mi novia se levantó corriendo para detenerme.

—¡No, no, no, no!

—Lo siento, lo siento…

Me masculló entre dientes.

—Tío, te pago un hotel, te pago… el hotel que tú quieras.

—Lo siento, de verdad que lo siento…

—No me jodas, Jose, hoy no. Por favor te lo pido, te lo pido por fa…

Me encerré en el cuarto antes de que pudiera terminar la frase.

Aparté de la cama los cojines y los peluches mientras escuchaba a través de la puerta como su novio le decía.

—Cojonudo, cari. Cojonudo.

—¿Y qué quieres que haga? También es su piso.

—Y tuyo, tuyo también.

—¿Y si… no sé… nos vamos a ese hotel del centro? ¿Ese tan cuqui?

—¿Un hotel? ¿¡Un hotel?! ¡¿Tengo cara de chapero o qué?!

Salí de la habitación, los dos se quedaron mirándome fijamente. Les dejé una cosa en la mesa y volví a encerrarme en el cuarto mientras me seguía disculpando. Los dos chicos se quedaron de piedra al ver sobre la mesa un montón de condones.

—Yo… Yo flipo con lo de este chaval, de verdad.

Me desplomé sobre la cama y me quedé frito.

A la hora, ya estaba despierto. Llorando. No sabía ni por qué, pero no podía parar. Hundí la cara en la almohada para que nadie pudiera oírme gritar.

Me volví a quedar dormido, y me despertaba, y me volvía a dormir. Mi mente iba a la deriva, mis dedos tomaron por su cuenta la decisión de apagar y encender una y otra vez el flexo de mi mesita de noche. No podía apartar los ojos de los collages que había hecho mi novia en las paredes con fotos de los dos.

Jessica llegó más tarde. Entró de puntillas, con los tacones en la mano. Vio que dormía entre sudores y temblores, corrió a sentarse a mi lado.

—¡Peque! ¡Peque!

Me colocó una mano en la frente, pero la retiró asustada.

—¡Estás ardiendo, peque!

Respondí sin fuerzas y adormilado.

—Sí, sí. No te preocupes. Ya he ido al médico, pitufilla.

Jessica me miró impaciente.

—¡¿Yyyyy?!

Volví a tardar unos segundos en responder. Apenas podía mirarla.

—Dice que me lo tome con calma unos días y… ya está.

Ella quedó escandalizada.

—¡Yo flipo! ¿¡Ni una receta!? ¡Yo mato a ese tío! ¡Lo mato!

Destapé un lado de la cama.

—Vente conmigo.

Se tumbó a mi lado, con la ropa puesta, y me abrazó fuerte. Se acercó a mi boca, para darme un beso de buenas noches. Yo la esquivé, asustado.

—He… he vomitado.

Recosté la cabeza en el hombro de Jessi mientras ella me acariciaba el cabello.

Capítulo 7

7.

No pude volver a dormir. Pasé horas con la mirada clavada en el techo. Me aseguré de que Jessica continuaba dormida antes de levantarme. La besé en la frente y me marché, con cuidado de no despertarla.

Había una botella de ron entre los restos de la cena romántica. Estaba vacía. Igual que las dos botellas que guardábamos en la cocina.

Debían de ser las cuatro o las cinco de la mañana, no lo sé. Solo sé que estaba en bata, zapatillas y calzoncillos en medio de la calle.

Fui en busca de todos los bares que conocía. Ni uno abierto.

—Me cago… ¡ME CAGO EN LA PUTA! ¡JODER!

En un portal cercano, vi a una vagabunda dormida, tapada con periódicos. Y, a su lado, el premio gordo: un cartón de vino de Cumbre de Credos.

Dudé un instante. Me acerqué a ella con aire inseguro.

—P-perdone, mmm… disculpe…

La mujer tardó en reaccionar. Se incorporó lentamente y me miró con ojos ebrios.

—Mmm… Me gustaría comprarle el cartón de vino, si le parece bien. Yo… Le estaría muy agradecido si me lo vendiera.

La vagabunda atrajo hacia sí el tetrabrik.

—Mire, le doy… tengo cinco euros. Es… Es todo lo que tengo.

Le enseñé el billete. La mujer continuaba abrazando el vino, lo tenía bien pegado a su cuerpo.

—Oiga, perdone… disculpe, pero son cinco pavos, ¿vale? Son cinco pavos por un cartón de vino que no vale ni… ¡Si está abierto y todo!, ¡y por la mitad, mujer! Coja los cinco euros y mañana se compra cinco cartones.

La mendiga seguía sin articular palabra. Aquello empezaba a cabrearme.

—Mire, los cinco pavos y… y a pachas, ¿vale? Nos lo bebemos a pachas, ¿sí? ¿Qué más quiere? Venga, aquí tiene. Cójalo. Eah, ya está.

Le puse el dinero en la mano. La mendiga miró el billete con atención, como si tratase de adivinar qué era ese papel arrugado. Se lo guardó y me hizo un gesto para que me sentase a su lado. Obedecí y me llevé el cartón de vino a la boca de inmediato. Bebí y bebí, sin parar. Separé el cartón de mis labios con asco. La mendiga me miraba sorprendida, con media risita.

—Joooder, tronco… ¿un día chungo o qué?

Le devolví la mirada.

—Chungo no, lo siguiente…

—Bueno, tronco, pues ya puedes relajarte —me hizo un gesto para que mirase a mi alrededor—, ¡peor no te puede ir! ¡Ji, ji, ji!

Le faltaban la mayoría de los dientes. A mí también se me escapó una risita.

—¿De dónde es usted?

—Nah, de aquí, del barrio. De toda vida. Me los conozco a todos.

La vagabunda metió la mano en su bolsa, sacó una cuchara y una jeringuilla. Observé horrorizado que se estaba preparando un pico delante de mis narices. Ella me preguntó con naturalidad.

—¿Un tirito?

No sabía que decir.

—No, no… Gracias…

—Que es buena, ¿eh? Es la polla.

—No, no… Mmm… Es que… Es que tengo Sida.

El gesto de la mujer cambió por completo. Balbuceó un poco antes de lograr volver a articular palabra.

—Jo… Eso… Eso… N-no veas, ¿eh?

Di otro largo trago al cartón de vino y se lo pasé a la mendiga. Ella se precipitó a rechazarlo.

—No, no, tronco… Para ti, ¿eh? Para ti, de verdad.

Quedé contrariado, hasta ofendido. Di otro sorbo al cartón. La mujer decidió no inyectarse, guardó la jeringuilla en la bolsa con mucho cuidado. Noté que mi presencia la incomodaba. Yo estaba de puta madre con mi vinito.

Capítulo 8

8.

La trabajadora del banco sostenía el dibujo de Jessica entre sus manos. Era la fachada de una pastelería de estilo estadounidense, años cincuenta.

—¿De verdad lo has dibujado tú? En serio, esto es una obra de arte. Qué preciosidad…

Jessica sonrió, orgullosa.

—También estudié dibujo, un año. Para decorar mejor los pasteles y eso. Ayuda bastante.

Jessica no podía dar mejor impresión: ropa, actitud, preparación… todo el conjunto decía a gritos que era una triunfadora. Y yo, a su lado, no podía dar peor impresión: aún estaba medio borracho, pero al mismo tiempo tenía resaca. Rezaba por volver a mi cama lo antes posible y no tener que hablar con ningún ser humano durante el resto de mi vida.

—Mira, Jessica, ¿era Jessica, verdad?

—Sí, sí.

—Has trabajado mucho y se nota. Tienes un currículum espectacular, sobre todo para alguien de tu edad, pero…

—¡Y… y ya he solicitado las ayudas a jóvenes emprendedores y todo, y…!

—Bueno, esas ayudas ya no son lo que eran. Ahora las dan con cuenta gotas.

—Lo sé, lo sé, pero, entre usted y yo, tengo un buen amigo en el ayuntamiento y solo necesito demostrar que cuento con el sesenta por ciento de… Espere, se lo voy a enseñar, está todo ahí, en la página veintisiete.

—Mira…

—¿Lo ve? Aquí está, página veintisiete.

—Te voy a ser muy sincera: da gusto ver a una chica tan trabajadora y tan motivada. Pero no tienes propiedades para avalar el préstamo, ni avalistas, tu sueldo es bajísimo…

—¡No, no! A ver, que también está el sueldo de mi novio y… y cuenta como mío porque nos vamos a casar muy pronto. ¿A que sí, peque?

La mujer me lanzó una mirada impaciente mientras Jessica se aferraba a mi mano. Yo ya había olvidado que estaba en medio de aquella conversación, intenté volver al mundo de los vivos lo mejor que pude.

—Sí, sí. Bueno, a ver… Es algo que… pues que aún tenemos que hablarlo bien y tal, ¿sabe? Como que todo está un poco… como en el aire, sí…

Jessi quedó incrédula. Yo podía sentir su mirada asesina, despedazándome. La mujer del banco añadió.

—¿Me permites que te dé un consejo? No tengas tanta prisa, eres muy joven. Busca trabajo en alguna pastelería de nivel, conoce gente, hazte una reputación. Estas cosas se hacen poco a poco. Seguro que antes de cumplir los cuarenta ya tienes tu propio negocio. ¡Ya lo verás!

Jessi conducía con rabia. Yo sabía que, si abría la boca, era hombre muerto, pero no soportaba verla así.

—Chiqui… pero si yo estoy trabajando en negro…

—¡Pero esa tía qué coño sabe! ¿¡Eh?! ¡Qué coño sabe! ¡Lo importante era que firmara y ya está, cojones!

—Sí, claro, que iba a firmar sin ver mi nómina ni nada…

—¡Pues a lo mejor sí, tú qué sabes! ¡De verdad, Jose, menudo día has tenido que elegir para empezar a portarte como un puto gilipollas! ¡De verdad!

Capítulo 9

9.

Comprobé la dirección del local con la del folleto que me había dado la doctora.

Asociación para pacientes del VIH

La dirección era correcta. Me asomé por la ventanilla y le eché un vistazo al edificio de arriba abajo: no había ningún cartel, ninguna señalización que indicase la función del local.

Permanecí indeciso, lancé un largo suspiro y me preparé para salir. Apagué la radio y me quité el cinturón de seguridad. Tiré del pestillo para abrir la puerta.

El sonido del móvil me detuvo. Tenía un sms de Jessica:

Perdona, peque :'(

Aparté la mano del pestillo mientras seguía mirando aquel mensaje. Cerré los ojos y apoyé la cabeza contra el volante, mientras me maldecía a mí mismo.

Capítulo 10

10.

Cayó la noche. No fui capaz ni de salir del coche en toda la tarde. Vi salir a un par de personas del local, los primeros que salían desde que estaba allí. Eran dos chicos de treinta y pocos, vestidos de calle. Nada de especial.

Las luces del edificio permanecían encendidas. Dios, tenía que ir al baño urgentemente.

Al día siguiente, aparqué en un lugar mejor. Tenía una buena vista de la entrada. Me llevé un bocadillo, agua, algunas chucherías. Hacía frío, pero tenía calor, no paraba de ponerme y quitarme el abrigo. Vi a pequeños grupos de personas entrando y saliendo del edificio con naturalidad.

Otro día, otro aparcamiento. Por fin bajé del coche. Me senté en un banco que estaba frente al edificio. Cada vez que pasaba un grupo de gente, esperaba que me preguntasen que hacía allí o que me invitasen a entrar con ellos.

Solo me llevó una semana entrar en el edificio. Era de noche, estaba desierto. Incluso las luces estaban apagadas.

—¿Hola? ¿Buenas noches?

Vi que salía luz de debajo de una de las puertas. Llamé con los nudillos mientras entraba.

—¿Hola? ¿Buenas noches?

Era una gran sala, la típica para dar conferencias. Las sillas habían sido apiladas a los lados y un grupo de personas hacía gimnasia tumbados en el suelo, formando un corro. Una entrenadora les animaba y les daba

instrucciones.

—¿P-perdón? ¿S-se puede?

Todos se detuvieron. Se giraron y me miraron fijamente. En silencio. La entrenadora me observó, extrañada. Elevó la voz, para que pudiera escucharla desde el otro extremo de la sala.

—¡¿Eres nuevo?!

—No, no… Mmm…

—¡Llegas tarde!

—Mmm… ¡No, no! ¡Es que…!

—¡No te oigo! ¡Acércate, por favor!

Avancé, con pasos indecisos. Tuve que introducirme en medio del corro de gente para poder acercarme a la entrenadora.

—D-disculpad… Perdón.

Cuando llegué hasta ella, la mujer me interrumpió antes de que saliese ninguna palabra de mi boca.

—Adelante, muy bien. Pues cuéntales a tus compañeros un poco, pues cómo te llamas y… bueno, lo que se te ocurra. Sin miedo. Dale.

Mi voz sonaba insegura. Me era imposible mirar a todos aquellos ojos a la vez, así que tenía que girar sobre mí mismo mientras habla.

—Pues… Bueno, me llamo Jose, sí, y soy de…

La gente del círculo me interrumpió. Empezaron a corear al unísono.

—Jo… se… Jo… se… Jo… se… Jo… se…

Quedé perplejo, sin entender. Ellos seguían coreando mientras daban estruendosas palmadas.

—¡Jo! ¡Se! ¡Jo! ¡Se! ¡Jo! ¡Se! ¡Jo! ¡Se!

Estaba aterrado, dando vueltas sobre mí mismo. Ellos comenzaron a golpear el suelo con fuerza.

—¡JOSEJOSEJOSEJOSEJOSEJOSEJOSEJOSEJOSE! ¡AAAAAHUUUUUUUU!

Todos empezaron a aullar y a reír.

—¡AAAAAAHUUUUU! ¡AAAAAHUUUUUUU!

La entrenadora se me acercó con una sonrisa amable en el rostro.

—Perdona, Jose. Discúlpanos. Es solo una novatada tonta que hacemos siempre. Yo soy Sonia. Perdónanos, por favor.

Le estreché la mano, continuaba nervioso. Mis compañeros se levantaron y me dieron una calurosa bienvenida.

Capítulo 11

11.

La asociación era un no parar, siempre había algo que hacer. Me apunté de inmediato a teatro y juegos de mesa, pero no todo eran pasatiempos, también hacíamos muchos servicios comunitarios, como ir a recoger jeringuillas a parques cercanos y cosas así.

Una de las cosas que más me llamó la atención es que solo había una mujer en toda la asociación, se llamaba Lucía, un encanto de persona, majísima. Aunque era lógico que hubiera tan pocas mujeres teniendo en cuenta que los únicos heteros éramos su marido y yo.

La mayoría de mis compañeros eran publicistas, jueces, políticos… ¡aquellos tíos estaban forrados, os lo juro! ¡Eran los dueños de la mitad de España! Algunos incluso eran médicos que se habían pasado la vida previniendo a sus pacientes de los riesgos de tener relaciones sexuales sin condón y… bueno, así es la vida.

—Pues sí, con el test Elisa y el Western Blood obtienes los resultados en menos de veinticuatro horas, nada de esa prueba cutre de los tres meses. Pero es exclusiva para enfermeras y médicos.

—Sí, vale, ¿y qué? ¿Para qué quieres saberlo tan pronto?

—Para poder deprimirte antes…

Algunos soltamos una risita.

—Vamos a ver… El virus tarda diez días en instalarse en los ganglios, ¿vale? Y si te aplican la Triple Terapia antes de que llegue a los ganglios, el virus es erradicado de tu organismo en más de un ochenta por ciento de los casos.

Yo no solía participar en las conversaciones, pero… ¿había oído bien? ¿Acababa de decir lo que creo que acababa de decir?

—O sea…, disculpa, ¿estás diciendo que…? Es que me he perdido un poco. ¿Estás diciendo que el Sida se puede curar?

A todos les cambió el rostro, miraron a nuestro compañero con absoluta

incredulidad.

Asintió.

—Pero solo bajo esas circunstancias, por supuesto.

Todas nuestras conversaciones giraban alrededor del VIH. Tenéis que entender que en 2008 la esperanza de vida de un paciente de VIH a partir del momento de la infección era de 15 años. Hablar de trucos para ralentizar la enfermedad era nuestro segundo tema de conversación favorito.

—La clave es una dieta sin gluten.

—No comer nada ni tres horas antes de ir a dormir ni tres horas después de levantarte.

—Imanes.

—Hacer de vientre seis veces al día.

—Plátanos. Cómete todos los plátanos que encuentres. A mí me llaman *Banana Boy*.

—Lo de *Banana Boy* no tiene nada que ver con tu dieta, guapo.

—Hazte vegano.

—Pilates y mucha proteína. ¿Tú te crees que un tío con estos abdominales se va a morir mañana, eh? Por los cojones.

—Pero… ¿qué se supone que tengo que hacer con los imanes? O sea, ¿se supone están por ahí tirados, o qué?

Allí todos tenían sus teorías infalibles. Los recién llegados siempre las compartíamos con los compañeros-médicos, para ver si nos las verificaban, cosa que nunca pasaba. Los más veteranos solo las comentaban a sus espaldas: aquellas teorías eran sus pequeños placebos.

Pero el pilar de todas nuestras obsesiones, el tema que suscitaba más dolores de cabeza, era:

—¿Y qué pasa con el sexo oral?

—Tampoco. Las probabilidades de contagio por sexo oral son… bueno, no

tengo datos aquí ahora, pero, ridículas.

—Sí, sí, ¿pero ridículas cuánto es?

—Y eso será si no hay ¡glub, glub!

—¡Ja, ja!

—A ver, ¿que hay que tener cuidado? Por su puesto, y ante la más mínima posibilidad de contagio corriendo a hacerse las pruebas, pero a no ser que tengas una herida en el esófago o una úlcera sangrante…

—P-pero… A ver, perdona, yo no soy médico ni nada, pero yo he visto en la tele…

—La tele nada. La tele tiene que vender condones y las farmacéuticas tienen mucha pasta para publicidad, ¿vale? A ver, os lo voy a decir de la forma más clara y directa que se me ocurre…

Os juro que ninguno de los presentes jamás prestó tanta atención a nada en su vida como a las palabras que pronunció aquel hombre:

—Yo NUNCA practico sexo oral con protección. ¡Pero ni yo ni nadie! Si el VIH se contagiase por sexo oral, la humanidad se habría extinguido hace mucho.

Todos quedamos boquiabiertos. En silencio. Nuestro compañero siguió hablando.

—Mirad, llevo haciendo pruebas para detectar enfermedades de transmisión sexual desde hace más de quince años, ¿vale? Quince. Y nunca, jamás, he visto un solo caso de contagio de VIH por sexo oral, o de chica a chico. Jamás. Y eso con glub, glub, sin preservativo y con todo lo que queráis.

Capítulo 12

12.

En Localia, Sara (la presentadora) y Marta (la realizadora) repasaban las noticias que les llegaban de diferentes agencias de noticias y seleccionaban las que emitiríamos. Era un proceso simple, solo podían escogían aquellas en las que se mencionaran a alguno de los pueblos de los alrededores —donde estaban los negocios que nos contrataban publicidad— o al partido político que más dinero nos hubiese pagado en la última campaña electoral.

—¡El alcalde de Valdemoro visita los colegios de su pueblo vestido de Baltasar!

Las dos fingieron cara de asombro.

—¡Que paren las rotativas! ¡Tenemos primera plana!

—Unos futbolistas del Rayo… ¿quién coño son estos tíos?… ¿Un gordo, un argentino y un negro?

—Dios, parece el arranque de un chiste malo.

—Van a visitar los colegios de Carabanchel vestidos de… Adivina, adivina…

—Me la voy a jugar: ¿de Reyes Magos?

—¡Tronca! ¡Eres un puto genio!

Chocaron esos cinco mientras yo me reía solo de verlas.

—Y van… ¿dieciocho, diecinueve…? ¿Veinte? ¡Veinte noticias! ¡Sí, sí!

—¡Gracias, virgencita!

La realizadora se levantó de un salto y empezó a recoger su bolso y sus cosas.

—¡Hasta mañana, pringaos!

Pero la presentadora detuvo su huida con un gesto.

—Ejem, ejem…

Sacó del bolsillo un papel arrugado. Lo hizo con tanto misterio que hasta mi atención logró atraer.

—Son veinte solo si contamos con esta noticia.

Desdobló el papel cuidadosamente y lo colocó frente al rostro de la realizadora. Esta empezó a leerlo con desgana. Pero su gesto cambió. Su interés fue en aumento, hasta quitar el papel de las manos de su compañera mientras sus ojos devoraban cada línea.

Fingí que tenía que coger algo situado justo detrás ellas y eché un vistazo rápido a aquel misterioso papel. Y quedé de piedra el leer el encabezado:

SI TIENES VIH PUEDES GANAR
15.000 EUROS

Aparté la mirada de inmediato, nervioso. Temía que alguna de mis compañeras pudiera notarme algo extraño. La realizadora quedó boquiabierta:

—Jo… der… Esto es la polla.

Aquella reacción dibujó una sonrisa en el rostro de la presentadora.

—Yo no digo nada, pero… si mañana abrimos el telediario con esto, ¡en cinco minutos tenemos a todas las televisiones nacionales de rodillas en la puerta!

—Joder… ¡Sí, sí! ¡Lo veo, lo veo! ¡Presentadora de Localia consigue el Pulitzer!

La presentadora no sabía si tomarse aquel comentario en broma o en serio. Hasta que su compañera rompió el papel en mil trocitos diminutos ante sus narices y los arrojó a la papelera.

—¡Eh, eh! ¿¡P-pero qué coño haces?!

La realizadora se volvió a sentar en su silla mientras le decía:

—Anda, déjate de chorradas que… que suben los frikis a internet y céntrate en… Ay, Dios, quiero irme a casa de una vez.

La presentadora seguía estupefacta. Se levantó y se largó. La realizadora

empezó a llamarla mientras señalaba el montón de noticias.

—Eh… ¡Eh! ¡¿Me vas a dejar sola con el marrón o qué?! ¡¿Pero de qué vas?! Tócate los huevos…

Encontré a la presentadora tomándose un capuchino con gesto abatido. Intenté animarla mientras esperaba a que la máquina me pusiera un café.

—Sara, tú ni caso, que ya sabes cómo es esta.

—Mira, de verdad, estoy hasta el mismísimo de tanto… cutrerío y de… de tanta… ¡Argh!

—Oye, pues creo que andan buscando redactores para Telecinco.

—¡Qué dices! ¿¡En serio?! ¿Dónde lo has visto?

—Pfff… Ni me acuerdo… ¿Por qué no se lo comentas a Marta?, seguro que su marido lo sabe. O lo mismo hasta puede enchufarte o algo.

El gesto de la presentadora cambió.

—¿El marido de Marta trabaja en Telecinco? O sea, Marta… ¿nuestra Marta?

—¡Claro! ¡Si es uno de los jefes de informativos!

La presentadora no salía de su asombro.

—Es más, me juego lo que quieras a que ahora mismo le estará llamando para contarle lo de tu noticia.

Ella quedó estupefacta, me puso una mano en el hombro. Yo tuve que contenerme para que no se me escapase una sonrisa.

—¿C-cómo? ¿Cómo que contarle *mi* noticia?

—Tronca… si siempre hace lo mismo. A Juan Carlos ya le robó lo de la cofradía aquella que traficaba con droga. Y encima le soltó… Ay, cómo era… Pero con toda la jeta del mundo la tía…

Fingí permanecer pensativo durante un segundo, para darle más dramatismo a mis palabras:

—«Las noticias de verdad merecen periodistas de verdad».

Un segundo después, la presentadora y la realizadora se estaban vociferando a grito pelado. Ni si siquiera me vieron coger la papelera del plató y llevármela.

Capítulo 13

13.

Me fui a mi coche y me dediqué a pegar todos los trocitos de papel roto con celo. Se trataba de un anuncio de la sección Contactos perteneciente a la web Loquo. Empecé a leerlo con suma atención. A medida que avanzaba, comencé a entender el gesto de estupor de mi compañera:

SI TIENES VIH PUEDES GANAR
15.000 EUROS

Madrid » contactos » chico busca chica » otros

Viernes, 5 de enero de 2008, 13:38

334 personas han visto este anuncio

Os cuento:yo soy hombre y me enamore de una chica(23 = a=F1os) la=20 cual ya sabia que lleva una vida loca,como un iluso crei que = podria=20 cambiar,al acabar la relacion vi como lo unico que fui es un = pagafantas y ella una puta sin sentimientos.a lo que voy:me = gustaria=20 que un hombre 19-27a=F1os mas o menos atractivo se ponga en = contacto=20 conmigo(tiene que tener vih y demostrarmelo sino no os=20 molesteis)os ganareis quince mil euros y yo os aseguro que os pondre en contacto con ella y = conseguireis tener sexo gratis(esta chica esta totalmente = limpia=20 porque me hice las pruebas del vih y salimos negativos)la = chica es=20 bastante atractiva,pero es lo que es(una puta sin = sentimientos como=20 dije),asi que los que querais(repito con vih y que me lo = puedan=20 demostrar)podreis estar con ella y ganaros un dinero.poneros en contacto conmigo = y os cuento :

carlitos9867@hotmail.com

Capítulo 14

SEGUNDO

14.

Aquel anuncio me afectó. No sabía si estaba cabreado, deprimido o qué cojones sentía, pero no podía quitármelo de la cabeza. Fui a la asociación, hoy tocaba terapia, a ver si escuchando a los otros se me pasaba un poco.

Normalmente nos sentábamos en círculo y nadie hablaba, aunque todos nos moríamos de ganas de hacerlo. La verdad es que no fue una buena idea, apenas prestaba atención a lo que decía mi compañero, un hombre al que se notaba que no le quedaba demasiado tiempo, y eso me hacía sentir aún peor.

—…y, bueno, ya sabéis… entras en la sala oscura y… y no se ve una mierda… bueno, por eso es la «sala oscura», je, je… Y te cruzas con uno y con otro, y alguien te toquetea un poco ahí abajo, para ver si llevas el condón y tal y, cuando se da la vuelta… pues a la mierda el condón, ¿no? Es lo que hacíamos todos. O, por lo menos, es lo que yo hacía.

Las lágrimas empezaron a humedecer los ojos de mi compañero.

—Y… y, claro… fue… también fue lo que me hicieron a mí.

Aquello sí que despertó mi interés. Me incliné en mi silla, en su dirección. El hombre permaneció en silencio unos segundos.

—Y… En fin, bueno… Ahora, por mi culpa… Lucía, mi mujer…

Un momento, ¿aquel tipo era el marido de Lucía?

—E-ella y… y m-mi hijo… en fin…

Las lágrimas frenaban las palabras del hombre.

—Y, joder… Y la barbaridad de tíos que habré infectado… Dios…

Tomó un segundo para serenarse.

—Pero el pasado no se puede cambiar, ¿verdad? Solo puedo… intentar concienciar a la gente… que… que conozcan mis errores, ¿sabéis? Y… y evitar que jodan sus vidas y, bueno, y las de los otros… como yo hice.

Los presentes aplaudieron levemente y le dedicaron palabras de ánimo. Pero no palabras de verdad, sino de esas que se sueltan por inercia, con tono bovino. Para mis compañeros, aquella solo era una historia más.

Yo me levanté de golpe, con tanta ira que mi silla cayó al suelo con estruendo. Todos se detuvieron y dirigieron sus miradas hacia mí. Pateé la papelera que estaba en junto a la puerta y me marché dando un portazo.

Después, recordé que las pobres mujeres de la limpieza siempre terminaban saliendo tarde por esperar a que nosotros terminásemos nuestras charlas, así que volví y empecé a recoger con furia la basura que yo mismo había tirado.

Capítulo 15

15.

Llevaba horas mirando aquella libreta. Al final, había más cosas tachadas que escritas en la lista que estaba escribiendo:

- Tirarse en paracaídas
- Dar la luna a mi tuanado
- Ver el Taj-Mahal
- Visitar Australia
- Ver la luna llena
- Cruzar la muralla china andando
- Subir a un avión por primera vez
- Visitar los fiordos noruegos
- Escribir un libro
- Dar un paseo en yate
- Dormir una noche bajo las estrellas

Repasaba la lista mientras me metía mis píldoras azules en la boca. La verdad es que aún no me había acostumbrado a tomarlas y solía perder la cuenta, ¿hoy me había tomado cuatro o cinco? ¿Debía tomarme otra por si acas…?

—¡PEQUE!

Jessica entró en la habitación de golpe. Me sobresalté. Tuve el tiempo justo de esconder las pastillas. Ella me vio tan alterado que se echó a reír.

—Mi amor, ¿te he asustado? Perdona. Dios, da gusto tener un hombretón tan valiente en casa. ¡Ja, ja, ja!

Hice un gesto para quitarle importancia, mientras sentía como el corazón estaba a punto de salirme del pecho. Ella puso voz niña pequeña.

—¿Vienes al salón a ver una peli y darme mimitos?

—Sí… d-dame un segundo.

Me sacó la lengua a modo de despedida. Pero se detuvo antes de cerrar la

puerta.

—¿Qué estabas haciendo?

Mis nervios volvieron. Me limité a encogerme de hombros.

—N-nada.

Ella abrió los ojos como platos mientras se llevaba las manos a la boca.

—¡Te estabas haciendo un pajote! ¡Por fin! ¡Por fin te he pillado!

Se tiró en la cama, a mi lado.

—Jessi, yo no me hago… yo no hago esas cosas, chiqui.

Ella quedó decepcionada.

—¿Por qué…? Todos los novios de mis amigas se hacen.

—Pues porque… no sé, ¿tú has visto a un tío masturbarse? Es como… muy patético y… ¿Por qué estamos hablando de las pajas que se hacen los novios de tus amigas?

—¿Sabes, peque? —puso casa de niñita traviesa y me susurró al oído—, (yo también me hago).

Le dediqué una mirada escéptica.

—¡Qué va!

—¡Pero bueno!, ¡¿y tú qué sabes las pajas que me hago yo?!

—Pues porque dormimos juntos.

—Es que… no me las hago en casa.

La miré intrigado.

—¿Y… y dónde te las haces?

Ella me susurró otra vez al oído:

—(En la pastelería).

Yo puse cada de asco.

—¡Por Dios! ¡Dime que te lavas las manos antes de ponerte a hacer los pasteles, por favor!

Ella entornó los ojos.

—Tío, no te enteras. Tú tienes que decirme algo en plan, yo que sé… «Mmm, ahora entiendo por qué el coño te sabe taaaan dulce»…

—¡Ja, ja, ja! Tía, estás fatal.

—Y después me lo comes, imbécil.

—(¡Shhh! ¡Que tu hermano está ahí!)

Jessi me dedicó una mirada de absoluta indiferencia. Empezó a aporrear la pared de su hermano a puñetazos mientras yo me echaba las manos a la cabeza.

—¡Tú, maricona! ¡Que el Jose quiere tu bendición antes de comerle el coño a tu hermanita! ¡Que está muy chapado a la antigua el mojigato este!

Los dos empezamos a reír. Y más que reímos cuando escuchamos un grito de respuesta desde el otro lado de la pared.

—¡Y un poca polla te va a comer! ¡Que el otro día me quedé con un calentón de cojones por su culpa! ¡Aquí o follamos todos, o la puta al río!

Empezamos a reírnos a carcajada limpia. Hasta que Jessi notó como se clavaba algo en la espalda. Y sacó de debajo de las sábanas mi libreta.

—¿Y esto?

Quedé pálido al ver como empezaba a ojear mi lista.

—N-nada… Nada…

Me lanzó una mirada interrogativa.

—¿No eres un poco joven para empezar con la crisis de los cuarenta, chavalote?

Dejó de hablar al ver que me incorporaba y la tomaba por los hombros. La miré con semblante serio.

—Vámonos de Madrid.

—Q… ¿¡qué!?

—Que sí, chiqui. Que le den por culo a todo. Nos vamos a… a… a tomar por culo de aquí. ¡A… a vivir la vida loca!

—Bueno, en lo de «loca» me llevas un poquito de ventaja, amiguete.

—Dime un país, ahora mismo, el primero que te venga, y… ¡Bam! ¡Nos plantamos allí del tirón!

—P-pero… Es que me he quedado muerta… ¿Pero esto a qué viene, Jose?

No supe qué responder.

—Pues… no sé… que tenemos veinticuatro tacos y… apenas nos vemos, peque. Quiero… No sé… vivir un poco.

—Jose, Jose. Esto es muy tierno y muy bonito, pero piensa un poco con la cabeza, ¿vale? ¿Tú te ves en plan hippy mochilero por el Himalaya? ¿Tú?

—Mmm… ¿Por qué no?

—Vale, vale… Mira, ¿quieres hacer esto? Perfecto, de acuerdo. Pero vamos a hacerlo bien.

—Vale.

—Muy bien, pues… vamos a…

Empezó a escribir en una nueva página de la libreta.

—¡Ok!… Siempre quisiste ser periodista, ¿no? ¡y lo eres!

Lo escribió en la libreta y, de inmediato, lo tachó.

—Tienes una novia que está cañón y es una pasada en la cama.

Lo tachó también.

—Así que… ¿qué más quieres?

Por algún extraño motivo, aquella conversación me hacía sentir muy incómodo y exhausto.

—¿Quieres… ganar más dinero? ¿Viajar? Venga.

Me encogí de hombros, sin saber qué responder. Ella me acarició el pelo y

me dijo:

—Peque, que sí, que el Carpe Diem y su puta madre están muy bien, que sí, pero que yo te conozco como si te hubiera parido. Nosotros somos más de… no sé… Nuestra casita… Nuestro negocio… ¡Nuestras pajillas!

Solté una risilla.

—Nuestros niños…

Quedé en silencio. Asentí a las palabras de Jessica. Tragué saliva y balbuceé una respuesta.

—Yo… Yo lo único que quiero es… verte feliz, y… y…

Tomé sus manos y las coloqué en mi rostro. Necesitaba sentir su tacto. Recé porque no viese las lágrimas acumulándose en mis párpados. Jessica me sonrió con ternura.

—Ya, pero es que no soy yo la que tiene la pitopausia, peque.

Los dos reímos, la abracé. Dios, llevaba casi diez años con aquella chica y aún se me aceleraba el corazón a su lado.

Entonces trató de besarme. Tuve que apartar la cara de inmediato.

—T-todavía no me he lavado los d-dientes…

Salí apresurado de la habitación. Sentí la mirada de Jessica clavada en mí.

Capítulo 16

16.

Jessica dormía a mi lado, en el sofá. Había bajado el volumen de la película para no despertarla y poder concentrarme en el portátil. Llevaba más de una hora en la misma página web. Miraba la pantalla y tenía que apartar los ojos de inmediato.

Había encontrado el anuncio.

Me sentía extrañamente perturbado y atraído por él. Miré a Jéssica. Eso me hizo sentirme aún más confuso.

VIH. Exnovia. 15.000 euros.

Coloqué el cursor sobre «Contactar con el anunciante».

Capítulo 17

Clic.

Capítulo 18

18.

Pasé el día en el trabajo, montando algunas imágenes de la cabalgata, tenía mi email abierto en otra ventana, «Mensajes nuevos: 0».

Intenté concentrarme en el vídeo y en terminarlo lo antes posible para volver a casa.

Alt+tab. «Mensajes nuevos: 0».

…

No paraba de consultar mi blackberry mientras veía la tele con Jessica y su hermano. «Mensajes nuevos: 0».

…

Ya en la cama, Jessica chateaba con sus amigas mientras yo seguía consultando mi email en el portátil.

«No sé si has visto mis anteriores emails. Ponte en contacto conmigo cuanto antes, por favor».

No me di cuenta de que Jessica me estaba vigilando de reojo.

Capítulo 19

19.

«Mensajes nuevos: 0».

Tenía ganas de reventar la pantalla del ordenador de un puñetazo.

Copié la dirección del anunciante en Google. Los resultados relacionados con ese email eran otras páginas de anuncios de compra y venta. Las abrí todas. Las revisé una a una. Encontré un anuncio antiguo, para vender juegos de la PlayStation uno. Cliqué en «Ver perfil del anunciante». Bingo.

Allí había una cuenta de correo alternativa. Crtl + c, crtl + v. Una sonrisa victoriosa se dibujó en mi rostro. Los resultados de la nueva búsqueda eran a un perfil de Tuenti:

Carlos Homerhef. Vive en Madrid, en el barrio de El Viso.

Entré en la sección «Fotos». Me quedé de piedra.

Era un chico de tan solo quince años. Aparecía posando en su scooter Piaggio «¡Best regalo de kumple ever!». También tenía fotos de una fiesta en la piscina de su chalet, de viaje por EE. UU. y Japón…

Pero la foto más interesante de todas era la de una reunión de los miembros de las Juventudes de Alianza Nacional. Saqué mi blackberry y le hice una foto a la pantalla del ordenador.

Capítulo 20

19.

Me planté en la sede de Alianza Nacional y me acerqué a hablar con la principal responsable de grupo de juventud. Fui cargando con todo mi equipo de cámara y me aseguré de que lo viera bien.

—¡Buenos días! ¿Qué tal?

—Muy buenas.

La mujer tenía un buen apretón de manos. Me hizo polvo. Fue directa al grano:

—Me han dicho mis compañeros que estás preparando… ¿una entrevista o algo así…?

—Sí, bueno, es solo un pequeño reportaje sobre el papel de los jóvenes en la política actual. Buscamos un perfil muy concreto, ¿sabes? Necesitamos…

—¿De qué canal eres?

—Mmm, de Informativos Telecinco. Bueno, yo trabajo para Atlas, es una agencia de noticias que…

—Conozco Atlas.

—Ah, perdona. Genial.

—Bueno, si quieres, la presidenta de juventudes está ahora mismo en el edificio. La llamo y la tienes aquí en un periquete.

—¡No! Verás, muchas gracias, pero es que buscamos un perfil muy concreto, tiene que ser un chico. Un chico de unos quince años, de…

—¿Por qué no puede ser una chica?

La mujer se cruzó de brazos y se apoyó sobre su escritorio. Su mirada era gélida.

—A-a mí no me mires, yo soy un mandado.

—Puedes hacerles la entrevista a los dos. Nuestra presidenta de

juventudes es superguapa, queda genial en cámara.

—Mmm, si es que ahora no es buen momento, solo venía a consultaros el tema y poco más.

—Entonces… ¿solo has venido a preguntar cuándo podíamos hacer la entrevista?

—Exacto, sí. Je, je…

—¿Y por qué vienes cargando con… todo eso?

Señaló mi equipo de cámara y todos mis trastos.

—Vienes sudando y todo.

Aquel comentario me hizo sudar el triple.

—Mmm… Es que… pues una vez me lo robaron del coche, ¿sabes?, y me quitaron del sueldo la compra del nuevo. ¡Uf! ¡Menuda clavada! Desde entonces, siempre va conmigo, vaya a dónde vaya. Je, je…

—Ya… ¿Entonces esa cámara pegada entera con celo se supone que es nueva?

Un sudor frío me recorrió la espalda.

—S-sí…

La mujer me miraba fijamente, con rostro inescrutable.

—Chico… ¡Qué puteados os tienen siempre en informativos! Si trabajaras en Gran Hermano, te comprarían una cámara con… efectos especiales y toda la pesca.

Suspiré aliviado.

—Je, je, je… Y-ya te digo.

—Escríbeme en un papel el perfil que necesitas y te llamo después de comer, ¿te parece?

—Gracias, muchísimas gracias. ¿Tienes un bolígrafo?

—Por Dios, ¿ni un bolígrafo os dan?

—Je, je…

—Toma, puedes quedártelo.

—M-muchas gracias.

Capítulo 21

1.

Crucé la puerta de la cafetería. Habían pasado horas, pero seguía sudando. Localicé a Carlitos enseguida, llevaba la misma gorra de rapero mal puesta que en las fotos. Cuando vio que me acercaba, se levantó para saludarme. Me quedé de piedra al ver que me sacaba más de una cabeza de alto.

Carlitos hablaba y hablaba sin parar. Yo me tomé mi expreso de un sorbo.

—…y, bueno, en la sede me estuvieron comiendo la cabeza con que te tenía que soltar todo el rollo de «Alianza Nacional es la polla», «Alianza Nacional patatim», «Alianza Nacional patatam», ¿sabes? Son un poco plastas.

Pedí otro. Carlitos me preguntó mientras señalaba lo que habíamos pedido:

—Oye, esto lo paga la tele, ¿verdad?

Asentí y de inmediato pidió un capuchino, un zumo de naranja exprimido a mano y un trozo de tarta de chocolate.

—A ver, que yo entiendo eso de que la gente fuera de España bien no está, que sí, que la vida no es un camino de rosas, ¡pero para nosotros tampoco! ¿Y cuántos de ellos se paran a pensar en nosotros, eh?

Trajeron las cosas de Carlitos y mi nuevo expreso. Me lo acabé de otro trago. Pedí un tercero. Carlitos se esforzaba mucho por parecer muy inteligente y maduro.

—Y es que después de que vienen y les ayudamos, se guardan toda la pasta a cara perro y no comparten ni las migajas los tíos.

Abrí mi mochila y empecé a trastear dentro de ella. El chico pensaba que no le prestaba atención, eso le ponía nervioso.

—P-pero cuando somos nosotros los que queremos guardarnos la pasta y no compartirla, ya salta el típico: «¡Facha! ¡Facha! ¡Fa…!»

Carlitos quedó sin habla. Congelado.

Puse ante sus narices su anuncio del VIH. Sus manos comenzaron a temblar. Sonreí para mis adentros.

—¿Y… y eso?

—Esto es algo por lo que te puede caer una multita bien guapa. Bueno, no a ti, sino a tus padres.

Se puso en tensión al oír como mencionaba a sus padres. Asentía moviendo exageradamente la cabeza. Estaba tan alterado que empezaba a atraer miradas en el restaurante.

—Eh, eh, oye. Que no pasa nada. Escúchame… escúchame.

Le miré fijamente, mi inseguridad desapareció por completo.

—Yo tengo VIH…

Carlitos quedó lívido.
—…y quiero aceptar el encargo.

El chico se levantó de golpe. Salió de allí con paso apresurado. Apenas pude reaccionar.

—O-oye... ¡Espera! ¡ESPERA! Mierda, coño…

Corrí a la barra y empecé a sacar monedas de los bolsillos, pero, con las prisas, bailoteaban en mis manos y no había manera de dar con la cantidad exacta. Con gran dolor de mi corazón, tuve que dejar un billete de diez euros y salir disparado tras Carlitos.

—¡A-ahora vengo por el cambio! ¡Quédate con mi cara!

Empecé a correr tras él.

—¡Espera!

—¡Qué te pires, tío!

—¿Me quieres escuchar? ¡Me quieres escuchar! Un minuto, coño. ¡Un minuto!

—Mira… Lo siento, pero… pero yo ya borré el anuncio, ¿vale? Se acabó.

—Vale, vale, mmm… Si ya no te interesa, no te interesa.

—Pues no me interesa.

Apretó más el paso, yo también.

—¿Y… y vas a dejar que la tía esa se ría de ti y ya está?

—Oye, tío, esto… esto es una ida de pelota, ¿vale? Por favor, déjame en paz. Por favor.

—De acuerdo, de acuerdo.

Me detuve en seco. Carlitos hizo lo mismo, desconfiado, manteniendo las distancias. Le dije para finalizar:

—Entonces… aquí no ha pasado nada. ¿De acuerdo? No pasa nada.

Y le extendí una mano. Él la observó, reticente. Ni siquiera hizo amago de estrecharla o de pensar en hacerlo.

Retiré mi mano, ofendido, y me alejé bajo su atenta mirada.

Capítulo 22

21.

A continuación, Carlitos entró en el metro y se acercó a una máquina expendedora de billetes que se encontraba alejada del resto, oculta tras una esquina. Se aseguró de que nadie le veía y metió un alambre en la rendija de las monedas. Con la otra mano, empezó a escarbar en la bandeja por la que salen los billetes. Pegó un tirón y sacó un billete gratis. Hizo un gesto triunfal mientras se dirigía a los torniquetes.

Después, se fue a casa he hizo los deberes. A continuación, al club deportivo a practicar tenis hasta que se ocultó el Sol. Cenó y se acostó. Al día siguiente, fue a clase, a comer, a la academia de refuerzo, a tenis, a chino y, antes de cenar, a tomarse unas cervezas con su grupo de amigos a su bar de siempre a un antro llamado Fraggel Rock. Nunca se perdía el ratito de las cervezas, aunque no tenía demasiada cercanía con nadie de su pandilla, no tenía tiempo para eso, sino porque en su grupo estaba Pita, con quien intentaba pasar todo el tiempo posible.

Y ese era su día a día: estudiar como un cabrón, dar raquetazos como un cabrón y adorarle la píldora a Pita como un cabrón. De vez en cuando, se relajaba fumando un cigarrito. Solo fumaba cuando estaba solo. Si sus amigos salían a fumar, él se esperaba hasta que volviesen para salir. Ese día en concreto, Pita estaba especialmente atenta con él, así que disfrutó aún más su pequeño descanso en la puerta del Fragguel Rock, a pesar de la nevada que estaba cayendo. Pisó la colilla y volvió al bar. Se abrió paso a empujones entre la gente, hasta volver con su grupo. Vio, sorprendido, que uno de ellos estaba fumando un porro dentro del bar.

—¡¿Pero a ti se te va la pinza o qué?!

—Tranqui, que no pasa nada.

—¿¡Que no pasa nada?! ¡Cómo te vea el Samu te va a crujir!

—Que aquí mi coleguita se ha camelado al Samu, pero bien. ¿Cómo te llamas, tío?

Los ojos de Carlitos comenzaron a moverse, entornó la vista en dirección a donde señalaba su amigo. A continuación, sus párpados se estremecieron, los ojos casi se le salieron de las órbitas. Entre la mala iluminación, el humo y la marea de gente del bar, Carlitos se encontró frente a él con mi rostro apareciendo de la nada.

Capítulo 23

22.

Naturalmente, yo había hecho mis deberes, aunque tampoco es que él me lo pusiera demasiado difícil. En su cuenta de Tuenti, Carlitos había puesto fotos de su parada de metro, de su colegio, de su casa, jugando al tenis, del Fragguel Rock… Y sus amigos habían hecho exactamente lo mismo. Antes de poner un pie dentro de aquella cafetería e invitarle a zumo de naranja recién exprimido, yo ya sabía cuál era su comida favorita, el segundo apellido de su madre, en qué ciudad había nacido, el nombre de su profesor de gimnasia en el instituto, el nombre de su primera mascota… y que estaba intentando volver con Pita desesperadamente porque no paraba de poner mensajes en el muro de la chica.

Con todos esos datos, me fue fácil seguirle después de que se negara a darme la mano. Le estuve siguiendo durante varios días a todas partes: cuando fue a los salones recreativos con sus amigos (aunque él solo se dedicó a buscar monedas en los huecos de las vueltas) y hasta le seguí cuando fue al centro comercial a devolver todos sus regalos de reyes (para, de inmediato, volver a comprar exactamente los mismos regalos, pero con el descuento de las rebajas de enero y embolsarse un dinerito).

De todas maneras, la información más importante la obtuve el día que le seguí al Fragguel Rock:

Ante mí, estaba la fachada de un verdadero antro de mala muerte. No entendía muy bien por qué demonios un chico con pasta iría a semejante garito hasta que entré y vi que aquello estaba lleno de adolescentes con cubatas y botellines de cerveza. Todos ellos se quedaron mirándome, extrañados. Era evidente que no encajaba con el ambiente.

No tardé en localizar a Carlitos, estaba sentado en una de las mesas del bar, riendo y charlando con sus amigos. Se pasó el rato tonteando con una chica morena con piercing en la nariz y en el entrecejo.

Empecé a pensar. Me acerqué a hablar con el chico que había en la barra, un gitanillo de unos diecisiete años con el pelo de punta y teñido de rubio pollo solo por la arriba.

—Oye, perdona, ¿tenéis wifi?

—¿Wifi?

—Sí, o sea, internet.

—Hombre, tener tenemos, pero, como tú comprenderás, yo no te puedo dejar usar el ordenador del bar.

—No, no…

Saqué la blackberry.

—Me conecto a internet con el móvil.

—Aaah… ¿Y el wifi ese es como el cable para conectarse o qué?

—Que va, que va, es… mmm… que no necesita cable ni nada.

—¿Pero cómo que no necesita cable? ¿Y entonces cómo te vas a conectar?, ¿por el aire? ¡JA, JA, JA, JA!

Por algún motivo, aquello le hizo mucha gracia.

—Mira, con que me enseñes el rout… el cacharrito con el que os conectáis a internet, yo me apaño.

Me llevó hasta el router e introduje la clave del wifi en mi blackberry.

—¿Tenéis Alhambra?

Chasqueó la lengua en señal de afirmación y fue a buscarme una cerveza.

Volví a meterme en el perfil de Tuenti de Carlitos. Vi su historial y comprobé que su estado cambiaba constantemente de «soltero» a «en una relación». Y siempre con la misma chica: una morena con piercing en la nariz y en el entrecejo llamada Lupe.

—Será cabrón…

Era evidente que todo había acabado antes de empezar. Guardé mi blackberry y me dispuse a marcharme antes de que, encima, me cobraran la cerveza.

Pero me detuve al primer paso, una idea cruzó mi mente: tanto en el perfil de Lupe como en el de Carlitos, su estado actual era «Soltero/a». Eché un vistazo rápido a los tíos del bar: uno desgarbado… otro con acné… la ostia, que cacho tocha tiene ese…

—Son dos euritos, chacho.

El gitanillo me trajo mi cerveza. Ahora que lo miraba bien, la verdad es que el chico tenía su punto. Le metí un buen escaneo: pinta de chulito,

atlético, descarado… Perfecto para una niña de quince años.

Le entregué un billete de veinte euros.

—Quédate con el cambio. Por lo del wifi y eso.

—¡Se agradece, primo!

—Oye, vaya pibitas os gastáis aquí, colega.

—Hay algún pepino güeno, sí.

—Pero, vamos, unos putos mandriles comparados con la morena esa.

Le señalé a Lupe, que aún estaba abrazada a Carlitos. El gitano me miró extrañado.

—¿Quién? ¿La Pita?

—¿Pita?

—La Pita es lo más grande y lo más bonito de este bar. Y del mundo entero.

Se me escapó una pequeña sonrisa, aquello iba viento en popa.

—¡Coño, tío! A ver, yo porque… le saco doscientos años, pero si fuera tú, vamos, no la dejaba ni un segundo más con el pelao ese.

—Tú tranqui, que yo a esa niña le hago así —chasqueó los dedos— y la tengo en casita del tirón. Como Samuel que me llamo.

Lo cierto es que me impresionó su confianza. Le estreché la mano con gran sinceridad.

—¡Sí señor, tío! ¡Qué bien puestos!

—Qué bien puestos ni que ná… ¡que esa chavala es mi hermana, cojones! ¡JA, JA, JA, JA!

Me quedé mudo, no tenían ni el más mínimo parecido. Pero vi que aquello me venía que ni pintado.

—¿Qué? ¿Quieres que te la presente, o qué?

—Oye, Samuel, y… ¿qué tipo tíos le gustan a tu hermana?

Y así fue como descubrí que, cada vez que Pita cortaba con Carlitos, se pasaba un tiempo de rollo con el chico con el que yo estaba hablando justo en el momento en el que Carlitos me vio y casi le da un infarto. Como el otro día no quiso ni darme la mano, me levanté y le di un grandísimo abrazo, como venganza.

—¡Coño, Carlitos! ¿Qué haces por aquí, chavalote?

Se quedó con la boca abierta, sin emitir un sonido. Su amigo preguntó:

—¡No me jodas que os conocéis!

—¡Pfff! ¿Al Carlitos? ¡Desde que era un mico! ¡Cuánto tiempo, colega!

En ese momento, Pita llegó de la pista de baile y le soltó al chico del porro un grito endemoniado en toda la oreja. Este pegó un bote y le lanzó una mirada de odio mientras se llevaba una mano al pecho.

—¡Joder, tronca! ¡¿Pero tú de qué vas?!

Ella estalló en carcajadas. Cogió de la mano a Carlitos mientras se ponía de rodillas en la silla que estaba a mi lado. Se me quedó mirando, fijamente, durante un rato, sin decir nada. Yo lancé un par de miradas interrogativas a Carlitos y a su colega del porro, en busca de algún sentido a aquello. Por fin, ella me dijo.

—¡Qué tal!

Yo estaba un poco descolocado.

—Muy bien, gracias.

—¡Yo soy Lupita!

—¡Yo, Jose! ¡Encant…!

No me dejó terminar. Me estampó un pico en los labios.

Me quedé de piedra. Carlitos también.

La apartó de mi boca de un tirón, asustado. Ella siguió riéndose mientras se limpiaba la boca con la manga. Se abrazó al cuello de Carlitos.

—¡Qué pasa! ¿Estás celoso del puretilla o qué?

Carlitos pasó de estar pálido a quedar completamente lívido. Y no era el único, la chica me había dejado completamente petrificado. Ella era la única a la que no parecía importarle demasiado todo aquello, se dedicaba

a revisar los vasos de bebida de sus amigos.

—¿No queda kali o qué?

La chica cogió a Carlitos del brazo y empezó a tirar de él en dirección a la barra. Carlitos, desconfiado, se acercó a mí y me dijo antes de alejarse.

—Por favor, tranquilito hasta que yo vuelva, ¿eh? Te lo pido por favor.

Miré descaradamente el culo de Pita mientras los dos se alejaban y le dije a mi compañero de porro.

—Jesusito de mi vida… ¿Tú has visto que Señor Culo?

—¡Ja, ja, ja!

—A ese culo hay que hablarle de usted y hasta hacerle una reverencia cuando pasa, ¡mamma mía!.

—Ay, estás un poco pa'llá, tío. ¿Cómo te llamas?

—Joder, ¡que ni me he presentado! Soy Jose, colega.

—Yo soy Goku.

Sabía perfectamente quien era. Cuando vi su cuenta de Tuenti, pensé que era falsa. El noventa por ciento de su lista de amigos eran pibones de entre quince y veinte años.

—¿Goku? ¿En serio?

—Nah, es un mote.

—¿Y eso?

—Bah, las tonterías de los críos… ¿Entonces te mola Pita o qué?

—¡Nos ha jodío! A mí, y a ése, y a aquél… Pero esa pava juega en otra liga, a ti y a mí… no nos da ni la hora.

—¿Qué dices, chaval? Yo tengo más babas de esa tía en la polla…

—¡¿De ESA tía?! ¿Estamos hablando de la misma tía? ¡¿Estás de coña?!

—Para nada.

—¡Eres un puto crack, cabrón! Y follar follará… ¡Ufff!

—Que va, es de las que… que si solo folla con novio y tal… Las cosas de las gitanas. Y yo paso de que me calienten el rabo.

—Joder, tío, pero tú le sigues el rollo y te la tiras cuando quieras. ¿Qué es lo peor que puede pasar, que corte contigo? ¡Pues te quedas como estás ahora! ¡Que a un pibón así no se le puede dejar escapar, hombre! ¡Que no, hombre, que no!

Goku quedó pensativo. Le pasé un brazo por el hombro y le susurré al oído.

—Además, que en cuanto Carlitos se la folle… Despídete. A esa no vuelves a tocarla. ¡Menudas son las gitanas para esas cosas! ¡Para que todo el barrio piense que es una guarra! ¡Enseguida! Aquí el que meta primero… se lleva el premio.

La manaza de Carlitos se estampó en mi hombro, sacándonos a ambos de la microburbuja en la que nos encontrábamos.

—¿De qué habláis?

Los dos nos encogimos de hombros.

—De… fútbol.

Él me miró con ojos inescrutables.

—Vente a echarte un piti, anda.

Salimos del bar. Carlitos estaba temblando. Apretó los puños con furia. Pasé a la defensiva.

—Oye, tío… que yo solo me estoy tomando una cerveza, sin meterme con nadie, ¿vale?

Se giró lentamente y me miró a los ojos. Estaba llorando.

—¡Q-q-quiero que te f-f-folles a esa puta! ¡Q-quiero que… que…! ¡que la revientes! ¡QUE LA REVIENTES, JODER! ¡JODER! ¡ME CAGO EN LA PUTA!

Intenté que bajara el volumen.

—Eh, eh, tío. Tranquilo. Tranquilo, hombre.

—M-me… lo ha vuelto a hacer… Me lo ha vuelto a hacer… Dios… ¡DIOS! ¡Pero cómo puedo ser tan gilipollas! ¡Cómo puedo ser tan… tan…! M… Mierda…

Empezó a llorar. Yo me sentí un tanto incómodo, sin saber que se suponía que debía hacer. Me limité a decirle:

—Bueno, entonces… ¿Adelante? ¿Vamos a ello?

Carlitos asintió, con la cara llena de churretes. Le di algunas palmaditas en el hombro para animarle, sin demasiada convicción. Una voz sonó tras nosotros.

—¿Carlitos, estás bien?

Era Lupita. Había salido del bar acompañada de Goku. Carlitos asentía mientras les daba la espalda, para que no pudieran verle llorar. Pita se sentía fatal.

—Mmm, llámame cuando llegues a casa, ¿vale?

La chica y Goku se alejaron. Yo me quedé consolando a Carlitos y Goku a Pita:

—Tú tranquila, que Carlitos es un tío duro. En cinco minutos va a estar como nuevo, ya verás.

Goku se giró e hizo contacto visual conmigo. Aprovechó que yo era el único que podía verle para enseñarme el pulgar en señal de victoria. Después, empezó a mover las caderas en dirección a la afligida Pita, fingiendo echar un polvo muy escandaloso.

O, dicho con otras palabras: mi plan había funcionado a la perfección y ahora la chica que debía que follarme tenía novio.

—Me cago en mi puta madre…

Capítulo 24

23.

Me reuní con mi jefe y con Marta, la realizadora, en uno de los despachos de Localia. El productor estaba contrariado.

—Pero… vamos a ver, Jose… Pero ¿cómo que te vas?

—Pues que… eso. Que me han surgido unas cosas…

—Ah, y te han surgido así, de repente.

—Bueno, siento no haber podido avisar antes, de verdad.

La realizadora era la más molesta.

—¿¡Pero tú te crees que te puedes largar de tu trabajo de un día para otro, eh!? ¿¡Que chasqueamos los dedos y nos salen cámaras de debajo de las piedras!?

—Mira, lo siento mucho, pero… las desventajas de tenerme sin contrato…

—¡Ja! ¡Ya estamos! Pero que pesadito con la tontería del contrato…

—¿Tontería? ¡¿Cómo tontería?! ¡Que llevo aquí currando más de cuatro años y no tengo ni paro!

—Mira, Jose, cuando te contraté estabas tan desesperado que hasta me abrazaste, ¡me abrazaste!

Me levanté.

—Bueno, que yo no tengo más que decir. Que conste que me quería ir de buenas, ¿eh? Que conste.

—Por lo menos diles adiós a tus compañeros antes de irte, ¿no? Qué menos.

—Tranquila, que me voy a despedir de todo el mundo. Bueno, de todos menos de una, porque yo con putas no hablo.

El enfado de Marta pasó a convertirse en pura cólera. Sus manos se pusieron rojas. Hasta el jefe hizo rodar su silla para alejarse lo máximo posible de ella.

—¡QUÉ NO SE TE OCURRA PONER EN EL PUTO CURRÍCULUM QUE HAS TRABAJADO AQUÍ! ¿ME HAS OÍDO, DESGRACIADO? ¡A VER SI ENCUENTRAS OTRO CURRO DONDE PILLEN A UN CÁMARA SIN EXPERIENCIA!

Me di la vuelta para que pudiera mirar mi rostro. Me llevé una mano a los labios y le lancé un besito.

—¡NOS VEMOS EN UN PAR DE MESES! ¿TE ENTERAS, MUERTO DE HAMBRE? ¡VAS A VOLVER DE RODILLAS!

Capítulo 25

24.

Fui al Fraguel con Carlitos y me presentó a las mejores amigas de Pita. Las invité a una ronda de minis de cerveza y me mostré lo más simpático que pude durante toda la tarde.

…

Fregaba los platos en casa cuando una mano me cogió el culete. Me di la vuelta con una sonrisa, pero no esperaba encontrarme allí al hermano Jessica, mirándome insinuante.

Mientras rogaba que me tragase la tierra, oí el inconfundible sonido de las carcajadas de mi novia, escondida tras su hermano.

Cogí un buen montón de agua del fregadero y los salpiqué con ella mientras huían entre risas.

…

Carlitos y las amigas de Pita esperaban en la parada de autobús. Paré el coche frente a ellos, fingiendo que me los había encontrado por casualidad, y me ofrecí a llevarles.

…

Hacía ejercicio con mis compañeros y la entrenadora de la asociación de enfermos de VIH todos los martes y jueves por la noche.

…

Esperé a Carlitos en la entrada del instituto. Mientras estaba allí, varios de sus compañeros se acercaban a saludarme o me decían adiós con un gesto. Muy buena gente los chavales.

Carlitos me recibió con un abrazo y nos fuimos con su grupo a dar un voltio.

Capítulo 26

25.

Hace años que no hacía botellón. El parque estaba lleno de pequeños grupos de adolescentes. Vi que unos chicos se hacían un porro.

—Señores, que rule, que rule.

Di varias caladas rápidas.

—¡Esto es crema, chavales!

Goku llegó en moto, una moto que era una verdadera pasada, la verdad. Hizo todo el ruido que pudo antes de aparcar junto a nosotros, para atraer las miradas de todos. A Carlitos se le cayó la baba.

—¡Hostia, tú! ¡¿Te ha dejado tu abuelo cogerle la Kawasaki!?

Goku respondió con una sonrisa socarrona.

—Más o menos… Le han cambiado la medicación y está durmiendo como un bendito.

—¡Ja, ja! ¡Qué crack!

Yo le pregunté extrañado.

—¿Oye? ¿Y Pita?

—¿Y Pita qué?

—Que… por qué no ha venido en la moto contigo.

Goku se encogió de hombros.

—¡Si quiere venir en moto, que se compre una! ¡No te jode! ¡Ja, ja, ja!

Carlitos y Goku soltaron una gran carcajada. Uno de sus amigos, un chaval muy majete llamado Gus, trató de tocar la moto, pero Goku le pegó un tortazo en la mano.

—¡Ahu!

—¡Las manitas quietas, Gus!

—¡Pero que no he hecho nada!

—¡Que la moto no se toca, ¿te enteras?!

—Relájate un poquito, ¿quieres?

Gus alzó las manos con gesto exagerado mientras volvía sobre sus pasos.

Goku y Carlitos se dedicaron a fumar petas creando minisubmarinos dentro de los cascos de la moto mientras yo charlaba con Gus. El pobrecito iba tan pedo que no podía ni mantener los ojos abiertos.

—Gus, colega… ¡pero qué careto me traes!

—¡Uuuf! Voy más cebado…

—¡Ja, ja!

—Pero eso… eso se arregla rápido, con una copita de mi amigo Jose, que tiene mucho arte poniendo copas.

—La madre que te parió… ¡La última, eh! ¡La última y cerramos!

—Vale, vale… La pen-última. Je, je… pen-última… je, je. Si es que… hasta borracho tengo gracia.

Gus continuó riéndose de su propio chiste, pero hacía rato que yo ya no lo escuchaba: había llegado Pita.

Venía seguida de un cachorro de bulldog francés y su corro de amigas fue a jugar con el perrito de inmediato. Goku la saludó con un beso en los labios, le cedió su copa y fue a servirse otra.

Yo la observaba fijamente. Nervioso. Expectante. Y no era el único: los ojos de Carlitos la devoraban con la misma ansia contenida.

Los dos nos sentimos un poco incómodos cuando nos dimos cuenta de cómo la miraba el otro. Me preparé para levantarme y acercarme a hablar con ella, pero Carlitos me detuvo.

—Eh, eeeh… ¿qué haces, tío?

—Pues… Habrá que hablar un poco con la chica, digo yo.

—A ver, vamos a sentarnos un ratito y a dejar que las amigas le hablen bien de ti, del chico nuevo, maduro, misterioso… Que para eso nos las hemos estado currando. Hay que hacerse un poco el interesante, hombre.

Gus vio que yo no le iba a servir su deseada copa, así que se la pidió a Goku.

—¡Goku, Goku! ¡Psss! Anda, ponme la pen-última. Je, je… la pen-última…

—¿Quieres la penúltima, chavalote? ¡Toma penúltima!

Goku le cogió la cabeza y la colocó en su entrepierna mientras imitaba el sonido de una felación.

—¡Toooma copazo! ¡Shhhuuup! Está bien cargadita, ¿eh? ¡Shhhuuup!

Gus no tenía fuerzas ni para defenderse y Goku lo movía como a un pelele. Carlitos se partía de risa, pero a mí aquello me estaba poniendo de mala hostia.

Como Carlitos estaba sentado al lado de Gus, Goku le dijo.

—Tú tranquilo, Carlitos, que aquí hay para todos.

Soltó la cabeza de Gus y la sustituyó por la de Carlitos.

—¡Esta noche, barra libre! ¡Shhhuuup! ¡Etiqueta negra!

Aquello ya no le hacía tanta gracia a Carlitos.

—Ja, ja… Que sí, Goku, que vale, que eres la hostia de cachondo, que sí.

Vi que Goku estaba logrando atraer la atención de Pita y sus amigas. Y le encantaba.

Pero también se había dado cuenta de que yo estaba mirando demasiado a su novia.

Mierda.

Reconocí ese brillo en sus ojos. El mismo brillo que tenían todos los tíos

que me amargaron la vida en el instituto.

—¡Eh! Que todavía no te hemos dado la bienvenida al grupo, hombre. ¡Únete a la fiesta!

Me cogió la cabeza y la pegó fuerte contra su entrepierna, empezó a gritar como si tuviera un gran orgasmo. Estaba siendo mucho más escandaloso que con Carlitos y Gus.

—¡Shhhhhuuuup! ¡Joder, cabrón! ¡Shhhhhuuuup! ¡No es tu primera polla, ¿eh?!

Vi que Pita cuchicheaba entre risas con sus amigas. Comencé a acalorarme.

—¡Shhhhhhhuuuuup! ¡Que vicio tienes, cabrón! ¡Shhhhhuuuup! ¡Deja un poco para Pita, egoísta!

No aguanté más:

Le di un mordisco en la polla.

Goku dio un gran salto mientras Carlitos y Gus estallaron a carcajada limpia.

—¡¿P-P… PERO QUÉ COÑO HACES, LOCO DE MIERDA?!

—Venga, ¿no tenías tantas ganas? Ven aquí, machote, que te voy a dar lo tuyo, ven.

—¡¿Pero a ti se te pira o qué coño te pasa, pureta de mierda?! ¡Tú estás fatal de la puta cabeza!

Le lancé una mirada llena de superioridad y le dije con desprecio:

—Será calientapollas el hijoputa este…

Las carcajadas de Carlitos y Gus aumentaron. Yo empecé a reír también. La cara le cambió al pobre chico. Lo sentí un poco por él, pero no dejaba de ser un crío de quince años y un puto capullo. Le venía bien que le bajaran un poco los humos.

Aunque mis risas cesaron cuando sentí la mano de Goku en mi cuello. Intenté levantarme, pero había colocado una rodilla en mi estómago, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre mí.

—¡¿Qué mierda has dicho de mi madre?! ¡Repítelo! ¡REPÍTELO SI TIENES

HUEVOS!

Todo el mundo quedó en silencio. Goku estaba rabioso. Con los ojos inyectados en sangre. Apenas vocalizaba, gritaba tan cerca de mi cara que sentía su aliento y sus esputos en mi piel.

Y empecé a acojonarme de verdad cuando vi como introducía su otra mano en el bolsillo de la chaqueta.

—¡¡¡DÍMELO A LA CARA SI TIENES HUEVOS, MARICÓN DE MIERDA!!!

Evidentemente, no los tuve. Pero sí suerte. Una voz sonó tras él.

—Como te gusta hacerte el chulito delante de las niñas, ¿eh, Goku?

Goku se giró y vociferó.

—¡¡¡TÚ TE CALLAS, GILIPO…!!!

Dejó la frase a medias al ver que era Samuel quien le habla, el hermano de Pita.

—¿Gili qué? ¿Qué ibas a decir? Venga termina la frase.

Goku se tragó su rabia de mala gana y se levantó del banco.

—¿Qué pasa, chacho? ¿Dónde están ahora todos esos cojones?

Goku quedó con la cabeza gacha.

—Anda, coge puerta, mamarracho. Que estás haciendo el ridículo.

Goku permaneció en su sitio, asustado, pero con el orgullo demasiado herido como para obedecer. Samuel comenzó a dar fuertes palmadas a pocos centímetros de su cara.

—¡¡¡DESPEJANDO, HOSTIA YA!!!

Goku recogió sus cosas y se montó en la moto. Pita corrió a detenerle.

—¡Goku! ¡Espera, tío! ¡Goku!

Samuel la cogió del brazo.

—¡Me duele la boca de decirte que no te quiero ver con el carajote ese, Lupe!

Goku arrancó la moto y se marchó. Pita se zafó de su hermano pegándole un fuerte empujón.

—¡GOKU!

Este ni siquiera miró atrás. Samuel volvió a acercarse a su hermana.

—Enga, tira pa’ casa.

—¡Me iré a casa cuando me salga del coño!

—¿Hace dos días con Carlitos y hoy con el polla gorda ese? ¿A ti no se te cae la cara de vergüenza?

—¡Lo que me da vergüenza es tener un hermano subnormal!

Los dos hermanos se alejaron juntos, riñendo.

Yo intenté recuperar la respiración, el corazón me seguía latiendo a mil por hora. Carlitos me ofreció una copa:

—Te has lucido, macho.

Capítulo 27

26.

Jessica estaba trabajando, así que me quedé tirado en la cama todo el día. Recibí un mensaje de Carlitos preguntándome qué tocaba hacer hoy. Ni le contesté. La verdad es que entre mis planes no entraba que un chaval al que le saco casi diez años me pusiera los huevos de corbata. Dios, ¿se puede ser más patético? Espera, espera… ¿acababa de pasar la noche de botellón con un puñado de niños de quince años? Me cago en todo... ¿Pero qué coño estaba haciendo?

Busqué el número de Carlitos en la agenda de mi móvil. Opciones. Bloquear número.

Me di una larga ducha. Mientras me secaba, vi que me había salido un grano en un hombro. Lo exploté. Salió sangre.

—Mierda…

Cogí un pequeño botiquín con agua oxigenada, tiritas y antisépticos. Limpié la herida y toda la sangre con cuidado. Coloqué una tirita.

…

Tomé tres pastillas mientras almorzaba. Traté de arrancarme un padrastro y volví a hacerme sangre.

Limpié la herida, la desinfecté y le coloqué una tirita.

…

Aplasté un mosquito que me picó mientras dormía junto a Jessica. Una gota de sangre salió de la picadura.

—Mierdamierdamierda…

Limpiar la herida. Desinfectarla. Colocar una tirita. ¿Había caído sangre? ¿Le había caído sangre a Jessica? No, no, no, no, no… Uf… Todo estaba

bien, todo estaba bien…

…

Me corté al afeitarme.

Limpiar. Desinfectar. Tirita.

…

Leía una revista en la sala de espera del hospital. Me corté al pasar una página. Cayó una gota de sangre en el suelo.

Limpiar. Desinfectar. Tirita.

…

Me frotaba los ojos mientras esperaba en la farmacia. La farmacéutica volvió del almacén cargada con una docena de medicamentos. El resto de los clientes me observan de reojo. Cogí mis cosas, pagué y me fui de allí en cuanto pude.

¿Qué coño estaba haciendo? ¿Que qué coño estaba haciendo? Estaba haciendo lo mismo que hacía siempre: acojonarme en cuanto las cosas se ponían un poco en mi contra. ¿Aquel niñato quería jugar? Se iba a cagar.

Capítulo 28

27.

Goku y Pita se besaban en la entrada del chalet de ella. De repente, ella le agarró el paquete.

Goku dio un salto. Le riñó mientras señalaba la casa.

—Tía…

—¿Tía, qué?

Ella intentó desabrocharle el pantalón, Goku forcejeaba para evitarlo.

—¡Q-que nos van a pillar tus padres!

—¿Y a ti qué?

La puerta del chalet se abrió en ese momento. Los dos pegaron un brinco mientras se colocaban bien la ropa. La madre de Pita salió tirando de un carro de la compra, una gran sonrisa se dibujó en su rostro al ver a Goku.

—¡Hombre, Juku! ¿Qué tal estás?

Goku corrió hasta ella y le dio dos sonoros besos.

—Muy buenas, doña Carmen. Deje que la ayude con el carro.

—Ay, muchas gracias, niño. Me vienes de perillas porque tengo la espalda…

Pita intervino.

—¿Te duele la espalda y sales cargada con el carro? ¿Pero tú estás tonta o qué, mamá? Que tenemos dos asistentas, ¿sabes?

Goku le chistó:

—¡Shhh! ¿Así se le habla a una madre, eh? ¿A ti te parece bonito?

—Disculpe usted, señora, pero con una madre me sobra, ¿se entera?

Yo observaba la escena desde la acera de enfrente, tratando de no ser visto.

…

Carlitos me mandó una invitación y me hice una cuenta de Tuenti a nombre de Jose Periodista. La adorné un poco e invité a Gus, a Carlitos y a varios de sus amigos y amigas. Por último, invité a Samuel.

…

Goku escribía un SMS mientras conducía su moto por la calle. Carlitos yo le seguíamos en mi coche, manteniendo las distancias. Goku se detuvo y una espectacular pelirroja se le subió de paquete. Carlitos y yo observamos la escena y chocamos las manos en señal de triunfo.

…

A ver, seamos serios, ¿un chaval de diecisiete años que no tiene nada mejor que hacer un viernes por la noche que ir al botellón de su hermana a vigilarla? Tal y como esperaba, Samuel aceptó mi invitación de amistad en Tuenti en un plis plas. Me puse a ojear su perfil.

…

Carlitos y yo comíamos pipas en el coche, mientras vigilábamos a Goku y a la pelirroja. Los dos estaban tomando unas cervezas en la terracita de un bar, magreándose que daba gusto. Carlitos no hacía más que resoplar y removerse en el asiento.

—Puto Goku, tío.

—Ya te digo.

Bajó la mirada mientras añadía:

—Pobre Pita, chaval.

…

Encontré lo que esperaba en el perfil de Samuel: muchas fotos de él, Pita y sus padres. Muchas fotos de sus amigos y vecinos de su antiguo barrio gitano. Y nada más. La foto más actual era de todos ellos posando delante de un cheque gigante de lotería, abriendo botellas de champán de fondo.

Fecha de la foto: hace 2 años.

Ni una sola foto de su nueva casa ni de su nuevo barrio.

Capítulo 29

28.

Samuel cargaba cajas de cerveza de un lado a otro del bar. Me acerqué a saludarle.

—¡Qué pasa, Samuel!

—Hombre, artista, ¿cómo va la cosa?

—Nada, que estaba por aquí y me he dicho, vamos molestar un ratito al Samuel.

—¿Una cervecita o qué?

—Estoy de servicio, tío. Vengo a hablar de negocios. Mira que… me gustó como manejaste el otro día a los chavalitos estos.

—Si son unos pijillos de mierda, chacho. Les pegas dos voces y se les quitan rápido todas las pampli…

Samuel quedó mudo al ver cómo le puse delante un fajo con más de dos mil euros.

***

Yo conducía mientras Samuel iba de copiloto. Ya estábamos llegando a su antiguo barrio. El coche avanzaba dando tumbos por una carretera llena de agujeros y hecha polvo, con gitanos sentados en sillas de playa en la puerta de sus chabolas y sus bloques de pisos cochambrosos. Samuel llevaba la ventanilla bajada, llamaba absolutamente a todos por su nombre y los saludaba con gran entusiasmo. Éstos le devolvían el saludo con una sonrisa.

—¡SEBAAAAAS! ¡No veas qué bien se está al solecito, ¿eh, figura?! Hostia, mira la Paqui, cómo está ahí, ¡PAQUIIIII! ¿Dónde vas provocando,

monumento?

Aparqué donde Samuel me indicó, entre un mercedes y un deportivo. Antes de salir del coche, el chico me advirtió:

—Jose, tú chitón, déjame hablar a mí, ¿vale? Y ni se te ocurra sacar un duro hasta que yo lo diga, la boquita y los bolsillos bien cerrados.

Asentí y salí del coche. No me dio tiempo ni a cerrar la puerta: un grupo de niños de cinco y seis años me saltó encima.

—¡Payo, ame argo, que tú tienes mucho y yo no tengo na!

Me rodearon, hasta me metían las manos en los bolsillos.

—¡Échame argo, ampare, aunque zea la zoga al cuello!

Yo intentaba mantenerlos a distancia, pero me tenían acorralado.

—¡Un cigarrito, payo, un eurito, un…!

Samuel le dio un buen collejón a uno de los niños.

—¡Al carajo ya! ¡A dar por culo a vuestros padres!

Los niños salieron disparados mientras los vecinos se reían. Dios, no llevaba ni diez segundos en aquel lugar y ya me encontraba completamente superado. Me mantuve lo más cerca que pude de Samuel y con la cabeza bien gacha.

Entramos en una parcelita donde había un gitano adolescente sentado en la entrada de una casa. El chico se levantó de golpe al ver a Samuel.

—¡Illoooo! ¡Qué pasa, Bonoloto!

Ambos se dieron un fuerte abrazo entre risas. Mis ojos estaban fijos en la silla del gitano porque, a su lado, en el suelo, había una yonki dormida y babeando. Pero parecía que yo era el único que se fijaba en ella, Samuel y su amigo estaban como si nada.

—¿Has venido aquí a darnos unas limosnillas a los pobres o qué?

—¡Más quisieras, matao! ¿Está el Vice por ahí?

—Ahí anda, con sus cosas. Dale, dale. ¡Qué alegría verte, cohoneh!

El gitano nos abrió la puerta y nos invitó a entrar en la casa. En cuanto puse un pie en aquel lugar, empecé a echar de menos a los niños

atosigadores y a la yonqui: la casa se encontraba en un estado deplorable, había más trozos de techo y pared en el suelo que en su sitio. Varios adultos se amontonaban de cualquier manera en los sofás sin cojines, o sobre los cojines del sofá, que estaban tirados por el suelo. Todos los rincones del salón estaban infestados de basura, hipodérmicas usadas y, en medio de todo aquello, varios niños jugaban a una flamante PlayStation 3 en una tele de cincuenta pulgadas.

Sentí como la sangre se me iba del rostro, me costaba avanzar sin pisar algo afilado o una parte de algún ser humano. Sin embargo, Samuel se movía como pez en el agua.

—¡Viceeeeeee! ¡Dónde está la mamona más grande de la raza gitana!

—¿¡Bonoloto?! ¡Ja, ja, ja! ¡Tira pa' la cocina, cacho maricona!

Pero ni siquiera aquello me había preparado para lo que encontré en la cocina: la mesa y las alacenas estaban rebosantes de pastillas, marihuana y paquetes de heroína. O quizás era cocaína, o speed, yo qué sé. Media docena de gitanos, de apenas quince años, dieron una efusiva bienvenida a Samuel con fuertes abrazos. Media docena de gitanos de apenas quince años que iban armados hasta los dientes con escopetas de caza, cuchillos de cocina y cadenas de motos.

—¡Compadreeeee!

—¡Qué haces, socio!

Vice se levantó de un salto y le dio un gran abrazo y dos besos. Samuel señaló las armas entre risas.

—¿Pero esto que es, chacho? ¿La tercera guerra mundial o qué?

—Na', ampare, el puto Lipi, que coge el tío y le vende a mi zaga' unos paquetes de gusanitos caducados. Y, claro, voy al kiosco, se lo enseño y me suelta que eso los tendría yo por casa y que se los quería colar, que no me devolvía el dinero. ¿A ti te parece eso ni medio normal? Pero que me lo dijo así el tío, con sus dos cojones.

—¡Uoooh! ¡No le van a salir caros los gusanitos a ese!

Los dos soltaron una carcajada mientras yo me esforzaba por permanecer lo más invisible que podía, bañado en un sudor que se estaba convirtiendo en puro hielo. Uno de los gitanillos me estrechó la mano.

—Primo, ¿quieres beber algo o…?

Yo negué con rapidez y permanecí lo más pegado que pude a la puerta.

—Tú pide por esa boca, ¿eh? Que los amigos del Bonoloto son nuestros amigos.

Samuel decidió ir al grano con Vice.

—Queee… na’, hombre, que vengo a hablar de negocietes. Que estoy pensando en… volver a lo mío, tú sabes.

—¡Pero será cabrón el tío! ¡Ja, ja, ja! ¿Más viruta quiere’, hijoputa?

—¡Hombreeeee! ¡Por pedir…!

—¡Pero deja algo pa’ los demás, cohone’!

Ambos reían a carcajadas.

El gitano de la entrada se despidió de Samuel con otro abrazo.

— Pues na’, ampare. A ver si te dejas caer por aquí otro día, que se te echa de menos.

Samuel y yo llevábamos dos mochilas a la espalda, llenas a rebosar de marihuana, polen y pastillas.

Fui a meter las llaves en el coche, pero no lograba acertar en el cerrojo.

—¿Jose?

Tuve que concentrarme con todas mis fuerzas. Un extraño pitido invadió mis oídos. Me apoyé en el coche, con los ojos cerrados.

—¿Tás bien, primo?

Asentí con la cabeza mientras intentaba recuperar la respiración.

Me desplomé.

—¡Jose! ¡Jose!

***

Samuel conducía mi coche. Yo llevaba la ventanilla bajada, dejando que el aire me diera en la cara. Noté culpabilidad en la voz de Samuel:

—Illo, Jose… eres buena gente, chacho. Por eso te tengo que decir una cosa que no te va a gustar.

Su tono se volvió serio.

—No te juntes con mi hermana, primo.

Aquello me dejó completamente contrariado.

—A ver, yo porque es mi hermana y la quiero con to'a mi alma… pero esa niña… te va a amargar la vida. Te va a amargar la vida, te lo digo yo.

Permanecí en silencio, escuchando con atención las palabras de Samuel.

—¿Tú quieres acabar como el desgracia'o ese de Carlitos? De verdad, chacho, pasa de esa niña.

Capítulo 30

29.

Pita estaba sentada en un banco del parque, con el pequeño bulldog francés correteando entre sus piernas. Yo la observaba desde lejos, para no ser visto. Intenté acercarme a ella con discreción, simulando dar un simple paseo, mientras miraba al resto de la gente del parque, las flores, los árboles… pero me costaba mantener los ojos alejados de Pita. Mis pasos eran impacientes. Ansiosos.

Cuando por fin me encontraba cerca de ella, fingí que acaba de verla y fui a saludarla. Pero Pita se me adelantó, me dijo alzando la voz.

—¡Disculpe!, ¿tiene fuego?

Quedé un poco confuso.

—Fuego. Para el piti…

Saqué un mechero y le encendí el cigarro. La chica se volvió a recostar en el banco y se puso a toquetear su móvil. Yo no sabía muy bien qué hacer, traté de llamar su atención:

—Oye, perdona…

Me miró.

—Tú… tú eres amiga de Carlitos, ¿no?

—Mmm… sí…

—Es que… bueno, no sé si te acuerdas de mí. Soy Jose, el colega de Carlitos.

Pita se quedó mirándome, como si no supiese de qué le estaba hablando.

—Nos hemos visto en el Fragguel Rock, de botellón… también soy amigo de tu hermano.

Ella se encogió de hombros.

—Y… Y me diste un p-pico cuando nos presentaron…

La chica lanzó un largo resoplido mientras mantenía los hombros encogidos.

—Sí… Si sonarme… como que me suenas…

—Mmm, soy Jose.

—Yo Lupe.

—Sí, si ya lo sé, si... Bueno, je, je…

Me agaché y nos dimos dos besos. Ella se limpió las mejillas con la manga de inmediato. Aquella chica tenía una capacidad increíble para dejarme completamente fuera de juego.

—Pues encantada, ¿eh, Jose? Ya nos vemos.

Volvió a recostarse en el banco mientras toqueteaba su móvil. Yo continuaba plantado frente ella, sin saber qué hacer, dándole vueltas a la cabeza a toda velocidad para pensar en una excusa aceptable para poder alargar la conversación.

—Bueno, perdona otra vez, pero… es que he quedado aquí con Carlitos, ¿sabes? Estoy esperando a que salga del instituto.

—Ya.

Señalé al banco.

—Te importa si me…

Ella se volvió a encoger de hombros y me senté a su lado. La chica seguía haciéndole más caso al móvil que a mí.

—Bueno… qué tarda esta gente, ¿eh?

—Ya estarán al caer.

—Y… oye… Mmm… ¿Y ese es tu perro?

—Sí, bueno… A ver, es que el próximo finde es mi cumple, ¿sabes? y…

—¡Ah, felicidades!

—¡Gracias!, y… y mis padres pues me han regalado la perrita y un viaje a

Berlín.

—Ah, ¿es hembra?

—Sí, sí. Es perra. Bueno… ¡Como su mamá! ¡JA, JA, JA, JA, JA!

Aquella exagerada carcajada me cogió por sorpresa. Una sonrisa forzada y educada se dibujó en mi rostro.

—¡Pero ríete, tío! ¡Ríete! ¡JA, JA, JA, JA, JA! ¡Que es para reírse! ¡JA, JA, JA, JA, JA!

Yo luchaba por no perder la sonrisa, aunque cada vez me costaba más.

—Je… Je…

—¡Aich! Perdona, que soy más payasa…

—Mujer…

Quedamos en silencio, uno de esos terribles silencios incómodos que pueden resultar insoportables cuando estás con gente que no conoces de nada. Acaricié a la bulldog.

—Y… ¿y… cómo es que tú has salido antes de clase?

—Bueno, es que yo no puedo ir a gimnasia, ¿sabes? Soy alérgica a mi sudor.

Mi boca se abrió de par en par.

—¿¡En serio?! ¿Eres alérgica a tu sudor? ¿A tu propio sudor?

—Sí, hijo, sí…

—La hostia… ¿Pero se puede ser alérgico a eso?

Pita frunció el entrecejo, ofendida.

—¿P-perdona? ¿Y por qué no voy a poder ser alérgica a mi sudor?

—Mmm… No sé…

—¿A-algún problema con mis alergias?, ¿eh?

—No, no… Para nada.

—Vamos, es que… ¿Ahora me vas a venir tú a decirme a qué soy alérgica o qué?

—Pita, que yo no he dicho nada. Vamos, perdona si… Pero que, vamos, que no he dicho nada, de verdad.

Ella quedó en silencio, pero permanecía en tensión, desconfiada. Intenté reafirmarme.

—Si solo es que… Que me ha sorprendido mucho. Ya está. Y de verdad que siento que tengas algo tan jodido, tiene que ser… pues una mierda.

Volvimos a quedar en silencio. Aquello estaba siendo un verdadero calvario. Pita parecía arrepentida de su mala reacción.

—Mmm, Jose… ¿quieres ver un truco que le he enseñado a la perrita?

Yo asentí, más agradecido que interesado.

—¿Sí? Te vas a partir la caja, ya verás. Ven aquí, Pita. Ven guapa. La he llamado como yo, ¿a qué es una cucada? Ven con mami, guapa.

Pita cogió a la bulldog y la colocó en su regazo, boca arriba. Miré extrañado como la chica se chupaba el dedo corazón.

—¿Cómo está mi niña? ¿Cómo está mi niña guapa?

Y más extrañado quedé cuando vi como colocaba el dedo en la entrepierna del animal. Pita comenzó a hacer movimientos circulares sobre el sexo de la bulldog. La perrita puso los ojos en blanco y la lengua le quedó colgando.

—¡Ja, ja! ¡Mira que caretos! ¡Ja, ja! ¡Que caliente está la cabrona!

Yo no tenía ni la más remota idea de qué cojones estaba pasando.

—¡JA, JA, JA, JA, JA! ¡Pero ríete, hombre! ¡Ríete! ¡Si es para reírse! ¡Ríete, tío! ¡Ríete! ¡JA, JA, JA, JA, JA!

Me quedé allí plantado, con los ojos como platos, viendo como Pita masturbaba a su perra y le gritaba.

—¡Guarraaaaa! ¡Guarraaaaa! ¡JA, JA, JA, JA, JA!

Capítulo 31

30.

La perra correteaba por entre nuestras piernas, más feliz que una perdiz, mientras Pita y yo caminábamos.

—Sí, sí, si me pagan el billete de avión y tal, ¡que está que te cagas! Pero después… Que si hotel, que si alquilar bici, que si ñam, ñam… ¡No me quedan ni veinte pavos! ¿Qué hago yo en Berlín con veinte pavos?

—En Berlín con veinte pavos no compras… ni diez pavos.

—Oye, ¿está muy lejos la tienda esa de animales?

—No, no, ahí mismo. Pues mira, la última vez que yo fui a Berlín, con unos amigos y tal, también estábamos a dos velas, ¿sabes? Y…

Pita se detuvo. Vio algo que le cambió la expresión. En la misma terracita del otro día, Goku estaba tomando una cerveza y, otra vez, acompañado de la misma pelirroja.

Sonreí para mis adentros.

—Coño, mira, si es Goku.

—La madre que lo… Y qué bien acompañadito está el muy cabrón. ¿Tú has visto qué par de mamurcias que tiene la pelirroja esa?

No era el tipo comentario que esperas oír de alguien que está viendo a su novio ligoteando con otra. Y lo dijo con total y sincera admiración, casi felicitando a su novio por su buen gusto para ponerle los cuernos. De verdad que no le pillaba el punto a aquella chica. Tenía que ser más directo, así que avancé en dirección a Goku.

—¡Eh, Goku! ¡Goku!

Pita me pegó un tirón, para detenerme.

—¡Shhh! ¡Que te va a ver!

—Pero… ¿por qué no iba a querer que me vea?

—No, no, no…

Empezó a tirar de mí en dirección contraria. No entendía que estaba pasando, pero aquello no encajaba en absoluto con mis planes.

—¿P-pero qué haces?, ¿no es tu novio? Pues vamos a decirle hola, ¿no?

Pita quedó pensativa por un segundo.

—A ver, tú no has oído nada, ¿vale? Nada.

Empezó a hablar con cara de arrepentimiento.

—Mira, ayer le cogí el móvil a Goku mientras estaba meando… que sí, que ya sé que esas cosas no se hacen, que sí… pero bueno, total, la cosa es que le vi una conversación con un colega por SMS y… pues que resulta que esa es una ex que le debe mogollón de pasta.

—Ajá, ajá.

—Pero, ¿qué pasa?, la tía petarda es que sigue coladita por él y no para de escribirle en plan «vuelve conmigo, dame un poco de rabo, etc.».

—Ajá.

—Y, claro, el pobrecito sabe que soy «pelín» celosa… y no quería contarme que había quedado con ella para no rallarme y tal, ¿sabes? Y lo estaba pasando fatal.

—Ajá, fatal, ajá.

—Y, encima, es que… bueno, ¡que quiere darme una sorpresa!, ¡que se va a venir a Berlín conmigo, tío! Para que no esté allí toda sola y eso, ¿sabes?

Mierda. Mierda puta. Me cago en la puta mierda puta.

Saqué el móvil a toda hostia y empecé a marcar. Demasiado tarde.

—Si es que… Goku es un poco capullo, pero cuando quiere, pero…

P-pero… ¡¿pero qué cojones hace ese ahí?!

Justo en ese instante, Samuel entró en la terraza del bar. Y vio a Goku sentado con aquella chica que no era su herana.

La respiración de Samuel empezó a acelerarse. Cogió una de las sillas del local y se la tiró a Goku directamente a la cabeza.

Pita salió corriendo en su busca y yo detrás de ella.

—¡¡¡SAMU!!! ¡¡¡PARAAAAA!!!

La pelirroja se quitó de en medio como pudo. Goku daba vueltas alrededor de la mesa mientras Samuel le perseguía, como si fuesen dos niños pequeños.

—¡Goku, ven pa'cá! ¡Ven pa'cá o te juro que va a ser peor!

Goku solo negaba con la cabeza, estaba demasiado asustado para hablar. Pita gritaba a su hermano para detenerle.

—¡¡¡Samu, para!!! ¡¡¡Que me lo mata, Jose!!! ¡¡¡Párale!!! ¡¡¡Párale, por Dios, que me lo mata!!!

Yo vi como Samuel cogía de las mesas un cenicero de cristal del tamaño de un ladrillo y miraba a Goku con ojos sedientos de sangre. Empecé a retroceder lentamente.

—Bueno, t-tampoco nos precipitemos… A lo mejor el chaval tiene sus motivos para ponerse así…

Samuel apartó la mesa de un manotazo y se abalanzó sobre Goku.

—¡¡¡SAMUUUUU!!!

De algún modo inexplicable, misterioso y muy estúpido, aparecí justo entre Goku y Samuel, quien estaba a un paso de empezar a echar espuma por la boca.

—¡¡Jose, quita!! ¡¡Quita de enmedio o te quito yo!!

AyDiosayDiosayDiosayDiosayDios…

—S-Samuel… q-que te pierdes, tío… Q-que no es lo que tu cre…

Pita lanzó una especie de grito de guerra y se abalanzó sobre la espalda de su hermano. Se suponía que su intención era detenerlo, pero su impulso lo tiró sobre mí y sobre Goku. Los cuatro nos convertimos en una

especie de bola de golpes, arañazos y muchos gritos.

***

Acabamos en el bar de Samuel. El local estaba cerrado, así que teníamos todo el sitio para nosotros solos. Pita curaba las heridas de Goku. Estaba más cariñosa y acaramelada con él que nunca.

—¿Te duele mucho, bebé?

—Sí.

—¿Sabes que eres muy valiente? ¿Lo sabes?

—Sí.

Mientras, yo curaba a Samuel en el baño. El chico se sentía fatal.

—Buuuuf… La que'e lia'o, primo…

—No pasa nada, hombre.

—No, tío… No. Tú has confiado mucho en mí, ¿vale, tío? Y lo primero que yo hago es… es…

Tiró uno de los trozos de papel higiénico con el que se estaba limpiando la sangre al retrete con rabia.

—Bueno, ya está, tampoco ha llegado la sangre la sangre al río.

—No, Jose, en serio. Tú imagina que viene la poli, ¿eh? Y pilla a un gitano dándole una paliza a un payo y con to' esto encima.

Se sacó un sobre de dentro de los calzoncillos. Me quedé pasmado al ver que allí había más de trescientos euros.

—E-esto… ¡¿Esto es de un fin de semana?!

—Ya, chacho… perdona. Es que es puente y Madrid se queda vacío.

Me guardé el dinero de inmediato.

—Pero Jose, por estas —formó una cruz con sus dedos y la besó— que a

partir de ahora el negocio es sagra'o, ¿vale? Con el parné no se juega.

Salimos del baño y Samuel fue hasta donde estaban su hermana y Goku. Al verle, Pita se puso en pie, con los brazos cruzados. Samuel bajó la cabeza antes de hablar.

—Oye, Goku que… tío, que lo siento, tío. Que, a ver, que te he juzgado mal, ¿sabes? y, en fin, que manda huevos que precisamente yo vaya prejuzgando por ahí a los demás, ¿sabes?, que… en fin…

—Ya…

—Y que… lo de Berlín mola. Mola un cacho, primo. Estaba un poco raya'o pensando que mi hermanita iba a estar por ahí to' sola. Gracias, tío.

Los dos se dieron un respetuoso apretón de manos. Pero Pita seguía echa un basilisco, le pegó un fuerte empujón a su hermano.

—¡Pedir perdón en muy fácil, Samu! Tú primero te lías a hostias con todo el mundo y, si metes la pata, pues después se pide perdón y ya está, que es gratis, ¿no? Qué cara más dura… ¡Pues así no se puede ir por la vida, guapito de cara! ¡Puede que Goku te haya perdonado, pero yo no te perdono!

Samuel agachó aún más la cabeza. Pita y Goku salieron del bar, abrazados.

Samuel se puso a recoger algunas cosas y yo aproveché para descansar un poco y apurar la cerveza. La había liado pardísima, nada podría haber salido peor.

Mi móvil sonó. Tenía un mensaje en Tuenti:

Un mensaje de Goku.

Quedé sorprendido, pero más sorprendido quedé al ver el mensaje:

Eran fotos mías y de Carlitos, sentados dentro mi coche y comiendo pipas. Después, Goku me escribió «Buen intento, pelao □□».

Puede… Quizás eran cosas mías, pero… para mí que el cabronazo este se lo estaba pasando teta.

Capítulo 32

31.

Entré en el piso con la moral por los suelos. Jessica estaba sola en el salón, haciendo aeróbic a todo volumen con una música estruendosa. Sonó mi teléfono. Vi extrañado que era un número desconocido, así que colgué. Jessica me preguntó.

—¿Quién era?

—No sé, un número desconocido.

—Ya…

Me dirigí al baño y metí la cabeza bajo el grifo. Dios, que alivio. Mi móvil volvió a sonar. Cuando iba a descolgar, vi mi cortaúñas en el lavabo; era evidente que lo acababan de usar.

Salí del baño, rojo de furia y coloqué el cortaúñas frente al rostro de Jessica:

—¡¿TÚ HAS USADO MI CORTAUÑAS?!

Ella quedó tan descolocada que no supo ni reaccionar.

—¡QUE SI HAS USADO MI CORTAUÑAS!

—Pero… ¿cómo que tu cortaúñas? Si es el único que tenemos en toda la casa…

Di un brutal palmetazo a la mesa. Jessica dio un respingo.

—¡¿PERO TÚ ERES TONTA PERDIDA O QUÉ TE PASA?! ¡¿Y SI YO… YO… TENGO PIES DE ATLETA!? ¡¿EH?! ¡¿TÚ SABES LO QUE DUELE ESO?!

Jessica me miraba fijamente, sin decir nada. El volumen de mi voz seguía subiendo y subiendo:

—¡QUE NO SE PUEDE SER TAN INCONSCIENTE, JESSICA! ¡NO SE PUEDE! ¡QUE VAS POR AHÍ PENSANDO QUE… QUE TE VAN A REGALAR UNA PASTELERÍA Y… Y QUE TE PUEDES PONER A HACERTE PAJAS EN TU TRABAJO! ¿¡SABES QUIÉN PIENSA ASÍ, EH?! ¡¿SABES QUIÉN!? ¡UNA NIÑATA! ¡UNA NIÑATA INMADURA, IRRESPONSABLE, MALCRIADA E INCONSCIENTE!

Estaba agotado de tanto gritar, hasta jadeaba.

—¿¡Y… Y TÚ ME HABLAS DE TENER HIJOS, EH?! ¡¿TÚ?! ¡PARA SER MADRE HAY QUE SER MUY MUJER, JESSICA! ¡Y TÚ ERES UNA PUTA CRÍA!

Jessica seguía mirándome. En silencio.

Quitó la música del aerobic y volvió a colocarse frente a mí. Me miró a los ojos.

—Siento haber cogido tu cortaúñas, peque. No volverá a pasar.

Su tono era extrañamente calmado.

—V-vale… Mmm… Vale… G-gracias.

—De nada. ¿Hay algo más que te moleste de mí? ¿Algo que… Quieres que cambie algo más?

Poco a poco, estaba volviendo en mí. Comencé a darme cuenta de lo que le había dicho a Jessica y cómo se lo había dicho. La cabeza me daba vueltas.

—¿Q-qué…? ¿Cómo?

Jessica me tomó de las manos.

—¿Tú te crees que no veo cuando estás mal, eh? Dios mío, perdóname… Tienes que estar destrozado, mi niño. Mi pequeño.

Cuanto más me consolaba Jessica, cuanto mejor me trataba, más me odiaba a mí mismo. Le había gritado, le había faltado al respeto, había tratado de hacer daño a la persona que más me quería y más se preocupaba por mí en este mundo.

—Nos iremos a dónde tú quieras, mi niño, ¿vale? Pero no ahora, solo olvídate de eso. Primero nos vamos a tomar un par de semanas de vacaciones, ¿sí? Nos vamos a pillar una casita, en el norte y… y vamos a pasear, y a hacer el vago, y… y a estar juntos. Solo a estar juntos.

Me secó las lágrimas. Yo retrocedí algunos pasos, empecé a balbucear.

—L-lo siento… L-lo s… N-no sé que…

Mis pies continuaban retrocediendo. Jessica me tomó de la mano, con mucha suavidad.

—Shhh… Ya está, mi niño. Ya está. ¿Quieres tomar un poco el fresco, sí?

Asentí de inmediato.

—Venga, vamos a dar un paseo muy largo y muy tranquilo, ¿vale? Vamos a respirar un poco y relajarnos. Verás que bien nos sienta.

Fue a coger su chaqueta, pero negué con las manos, me seguía costando vocalizar.

—T-tengo que irme. Te juro q-que… que cuando vuelva hablamos. T-te lo juro…

—No tenemos que hablar, peque, solo…

Mi teléfono volvió a sonar. Jessica me miró muy interrogante mientras señalaba el teléfono.

—¿Jose?

—L-lo siento. Lo siento… Y-yo… Lo siento…

Me marché.

Capítulo 33

32.

Desperté con una resaca de mil demonios. Al intentar incorporarme, mi cabeza dio de bruces contra una pared. Me resentí del cabezazo mientras echaba un vistazo alrededor: alguien había cambiado de sitio la pared que está junto a mi cama. No, espera…

Aquella no era mi habitación.

Me levanté y abrí la puerta, cohibido. Asomé la cabeza por el pasillo.

—¿Hola?

Nadie respondió. Vi luz bajo una de las puertas. Llamé lo más educadamente que pude.

—¿Hola?

Una voz femenina sonó al otro lado:

—Ocupado.

—Mmm… Eh… Perdón.

—Baja a la cocina, que te están esperando.

—Mmm… G-gracias.

Había unas escaleras al final del pasillo, me dirigí hacia ellas. Desde lo alto, podía ver parte de la planta baja y una cocina que era más grande que todo mi piso. Carlitos estaba almorzando con su hermana pequeña mientras su padre jugaba al ajedrez en su tablet. Carlitos me indicó que bajara con un gesto.

—¡Hombre! ¡Bienvenido al mundo de los vivos, bella durmiente!

Había estado tan pendiente de descubrir dónde estaba que ni siquiera me había peinado ni fijado en la ropa que llevaba. Ellos, sin embargo, estaban hechos unos pinceles.

—Papá, este es Jose. Jose, este es Carlos, mi padre.

—Encantado.

—¿Qué tal, chaval?

El padre me dio un fuerte apretón de manos y dos sonoros cachetazos en la cara sin apartar la vista de la tablet.

—Y esta es mi hermanita, Clara.

—¿Qué tal?

—Tío, roncas mazo.

—P-perdona…

Carlitos y ella empezaron a reír. Carlitos me invitó a sentarme y me ofreció un plato.

—¿Te gustan las anchoas, Jose?

Mi teléfono empezó a sonar mientras le indicaba a Carlitos que no quería comer nada, aquella resaca me estaba perforando el estómago y el cerebro. Era una llamada de otro número desconocido. Cuando colgué, vi que tenía más de cincuenta llamadas perdidas y más de cien SMS. Mientras comprobaba mis mensajes, el padre de Carlitos le enseñaba su partida de ajedrez a su hijo. Ambos se miraron con complicidad.

—Dios… ¿Una apertura Trompowsky? ¿En serio?

—Menudo pardillo, ¿eh?

—Eso se merece una celada como una casa.

Yo no daba crédito: todos los SMS eran invitaciones sexuales de gays. Carlitos, que me estaba sirviendo un vaso de agua con mucho hielo, vio mi teléfono.

—¡Dios! ¡Ja, ja, ja! Puto Goku…

Su hermana empezó a reír.

—Goku… ¡Ja, ja, ja!

Yo le miré sin entender. Carlitos cogió uno de los portátiles y escribió mi número de teléfono. El primer resultado, era a una sección de citas «chico-chico» en la web Loquo.

—Se lo hace a todos los profes nuevos, ¡qué grande es el muy cabrón!

Yo me quedé de piedra.

La hermana me dijo:

—¿Sabes que fue el hijoputa este el que le puso lo de Goku?

—¡Eh! ¡No, no te equivoques! ¡Que yo lo solté en plan comentario entre colegas!

—¡Lo dijiste y ya está!

—No, no, no. Fueron el Gus y los otros los que estaban todo el día «Goku, patatim, Goku, patatam».

Intervine.

—Mmm, pero… ¿por qué le decís Goku?

Los dos se miraron, volvieron a reír.

—Pues, a ver… ¿Recuerdas Dragon Ball? ¿Que Goku tenía que vivir con su abuelo porque no tenía padres?

—Ajá, sí.

Carlitos se quedó mirándome en silencio.

—Pues… ya está. ¿Qué más quieres?

Los dos seguían riendo. Yo me quedé completamente conmocionado.

—¿Y eso le hacía gracia a tus amigos?

—Buenooo… ¡se partían los muy cabrones!

La madre de Carlitos bajó en ese momento por las escaleras.

—¡Buenas tardes! Jose, ¿verdad?

Era despampanante, y su ropa aún más. Yo me levanté de la silla para recibirla. Creo que hasta hice una leve reverencia.

—B-buenas tardes. Muchas gracias y perdón por todo el lío…

—No pasa nada. ¿No te han puesto nada de comer? ¡Carlitos!

La mujer me dio dos besos mientras yo le respondía:

—No, no, muchas gracias. Es que tengo el estómago fatal.

Ella me echó un buen vistazo, de arriba abajo, de forma descarada.

—¿Qué edad tienes, Jose?

Necesité tragar saliva para poder responder.

—V-veinticuatro.

—Ya… Carlos. ¡Carlos!

El padre respondió sin levantar la vista.

—¿Sí?

—¿Sabes que el amigo de tu hijo tiene veinticuatro años?

—Sí, sí.

La mujer se dio la vuelta y le lanzó una mirada fulminante. El hombre levantó la cabeza de la tablet y me miró de verdad por primera vez. Y no le gustó lo que vio.

—¿De qué conoces a mi hijo?

Empecé a gesticular con las manos, para ganar algo de tiempo mientras pensaba algo. Afortunadamente, Carlitos se me adelantó:

—Jose es mi coordinador en las Juventudes de Alianza Nacional. Es el coordinador que más mola.

Todos en la mesa quedamos muy complacidos con aquella respuesta. Suspiré extremadamente aliviado.

Capítulo 34

33.

Sonia soltó una sonora carcajada tras oír mi pregunta.

—¿Pero cómo coño se va a contagiar alguien de VIH por usar un cortaúñas, Jose?

—Pues… Porque… Las uñas también tendrán sangre… o algo, ¿no? Yo que sé…

—Que no, Jose, que no. Anda, relájate y alégrate un poco la vista, que se nota que te hace falta.

No comprendí el comentario hasta que miré hacia donde ella me señalaba: un grupo de jóvenes voluntarios muy guapos, con una gran sonrisa y pequeños crucifijos colgando del cuello entraron en la sala. Los enfermos cuchicheaban mientras les echaban un buen vistazo.

Y, al frente de los voluntarios, como cabecilla del grupo:

Pita.

Recé para que me tragase la tierra en ese mismo instante. Busqué a mi alrededor algún sitio donde esconderme o pasar desapercibido. Ni uno. Y Pita se encontraba al lado de la única salida de la sala.

Los voluntarios se desperdigaban y se acercaban a los enfermos para hablar con ellos. Me fui a toda prisa al otro extremo del salón. Fingí estar leyendo las opciones de una máquina expendedora mientras vigilaba los movimientos de la chica de reojo y sentía las gotas de sudor caer por mi frente. Sonia empezó a hablar con ella: «¡Cómo está la voluntaria más guapa!». Aproveché para acercarme disimuladamente a la salida. Caminaba con pasos cortos, nerviosos. Mis ojos iban de Pita a la salida, de la salida a Pita. Estaba solo a un paso del pasillo…

—Perdone, ¿tiene cambio?

Di un respingo. Me serené un poco antes de responder al joven con un gesto negativo. Intenté recuperar el aliento y controlar mis nervios. Volví

mi atención a Pita.

La chica había desaparecido.

Miré en todas direcciones, por todas partes. Hasta que oí un ruido tras de mí. Un portazo. Pita estaba cerrando la puerta de la sala frente a mis narices. Ambos quedamos atónitos al vernos.

—¿Jose? Qué… ¿Qué haces tú aquí?

Hasta mis labios perdieron su color. No sabía qué hacer. Una sonrisa nerviosa, incómoda, se dibujó en mi rostro.

—Y-yo… yo… soy voluntario.

A Pita le extrañó mi respuesta.

—¿En serio? Pues… nunca te había visto por aquí.

—Ya… sí… es que suelo ir más a la asociación de Plaza Castilla o a la de San Blas, ¿sabes? Pero me gusta más la gente de aquí.

—Ya, claro…

Señaló a una pareja de una esquina.

—Entonces conocerás a Jaime y a Víctor, ¿verdad?

Solté una leve risita, me estaba poniendo a prueba.

—Esos son Guzmán y Santi. Jaime y Víctor son aquellos.

Ella quedó gratamente sorprendida. Le dije en tono confidencial.

—¿Sabes que Guzmán tiene un amante?

Pita puso los ojos como platos.

—¿Qué me dices?

—Es que Santi no quiere contagiarle, así que llevan más de diez años sin acostarse juntos… Y, bueno, pues Guzmán se ha tenido que buscar la vida.

—¡Ala!

—Pero que, no te lo pierdas, que el amante vive con ellos y todo.

—¿¡Qué?! Pero que canteo, ¿no?

Algunos de mis compañeros pasaron frente a nosotros.

—Hasta mañana, Jose.

—Hasta mañana, Esteban. Y… bueno, que ahora viene lo mejor. Vuelven el otro día los dos a casa y adivina, adivina… adivina a quien se encuentran en su salón…

Era la primera vez que Pita me escuchaba con tanta atención. De hecho, era la primera vez que veía a Pita prestar algo de atención a alguien.

Capítulo 35

34.

Llegué a casa muy tarde, cuando todos estaban dormidos. Quería evitar hablar con Jessica, así que coloqué unas mantas en el sofá y me puse a toquetear el móvil mientras me venía el sueño. Chateé con Carlitos por Tuenti.

Carlitos si quieres hacer esto

Hay que llegar hasta el final

Hay que mojarse

Que si Jose

A tope

Seguro?

Que es tu amigo

A por todas tio

Entonces, en la pantalla del móvil, apareció un nuevo mensaje de chat de alguien que no conocía:

Hola, guapo

Ojeé el perfil de la chica. ¡Guau! Me quedé con la boca abierta, era despampanante. Demasiado. Era evidente que se trataba un perfil falso. A ver dónde iba aquello:

Además de guapa tienes buen gusto ;D

Jaja!

Xq has tardado tanto en responder?

Estabas mirando mis fotos?

;p

Se supone que no podía mirar?

No guapo
Lo q no puedes hacer

Es dejar de mirar

;)

¡Toma ya! Aquello se ponía interesante. Pero, entonces, pasó algo que de verdad me dejó con la boca abierta.

Toc, toc

Recibí un mensaje de Pita.

Me emocioné tanto que hasta me incorporé en el sofá. Escribí de inmediato a Carlitos, para contárselo:

Hostia tú!

Q Pita me ha mandado un mensaje! :D

Pero mis dedos se detuvieron antes de pulsar la tecla «Enviar». Quizás… quizás sería mejor contárselo en persona. Mañana. Sí.

Centré mi atención en el mensaje de Pita ¿«Toc, toc»? Mmm… No podía responderle de forma normal, aquel era saludo con encanto. Dios, era un gran paso, me la estaba jugando, tenía que escribir algo que la dejase con ganas de responder, aunque ella ya sabía que yo había leído su mensaje, el tiempo jugaba en mi contra, ¡iba a pensar que le estaba dando mil vueltas a un mensaje de Tuenti!, tenía que escribir algo, ¡cualquier cosa!, ¡rápido!, ¡ya!

Enseña la patita por debajo de la puerta :P

Me pegué un enorme palmetazo en la frente, era imposible haber respondido algo más estúpido.

Pero Pita contestó de inmediato.

Jaja!

Si no abres
Soplaré soplaré y tu casa derribaré

XD

Vaya, ¿me estaba siguiendo el rollo? Aquello pintaba bien.

No merece la pena el esfuerzo

En esta casa solo hay un cerdito ;D

Jaja!

Pues a mí me pirra el jamón

Cuantas jotas tiene este cerdito?

XD

Solté una risita bobalicona al leer su mensaje.

Y a ti qué te gustan?

Las princesas?

;p

Mmm…

Me van más las lobitas XP

Empecé a emocionarme, aquello estaba yendo la mar de bien. Entonces, volví a recibir un mensaje del perfil falso.

Y este chico guapo tiene
alguna chica guapa esperándole?

Un momento, ¿Pita me escribe para coquetear conmigo justo al mismo tiempo que este perfil falso? Aquello era demasiada casualidad. Además, la verdad es que la forma de ligar de las dos… era muy parecida. Dios, sé que era una mala idea responder al perfil falso, pero… a la mierda, de perdidos al río.

jaja

Claro que no

Me estoy reservando

Para una princesa como tú ;D

Entonces, oí un descomunal grito procedente de mi dormitorio.

—¡¡¡HIJO DE PUTAAAAAAA!!!

Jessica salió de la habitación, roja de furia. Me pegó el portátil a la cara: allí estaba la conversación que estaba manteniendo con el perfil falso.

—¿¡Qué mierda es esta, Jose?! ¡¿Qué puta mierda es esta?!

Me quedé muerto. No sabía ni qué hacer ni qué decir.

—¡¡A quién te estás follando!!

—¿Q… qué?

Jessica entró en mi listado de amigos.

—¿Quién es? ¿Eh? ¿Es esta? ¿Es esta?

—¡No me estoy follando a nadie, Jessi!

—Pues no será por falta de ganas, «señor principito».

Dios, aquello iba de mal en peor.

—Si sé quién es de sobra… yo lo sé… Tú te crees que yo soy gilipollas, sí, pero te conozco como si te hubiera parido.

Pulsó un par de teclas y volvió a mostrarme la pantalla.

—Ahora ten los huevos de decirme que no te la estás follando.

De entre todas las chicas que había en mi listado, tuvo que escoger precisamente a Pita.

Necesité coger aire un segundo.

—Jessica, eres la única chica con la que me he acostado en toda mi…

Me agarró del pelo y tiró con fuerza, retorciéndolo.

—¡J-Jessica! ¡Para, joder!

Cuanto más intentaba zafarme, más daño me hacía.

—Jose, te lo voy a decir esto solo una vez: si me dices la verdad y confiesas que te la has follado, te juro que te perdono. Una cagada en

diez años, puedo… puedo…

—¡Suelta, cojones! ¡Que me estás haciendo daño!

—Puedo perdonarlo. No va a ser fácil, pero puedo. Ahora… tú vuelve a mentirme, ¡v-vuelve a tomarme por una puta pringada y… y… y t-te juro por Dios y por lo más sagrado que…! ¡QUE…! Dios, en serio, por tu propio bien… n-no me mientas.

—¡Hostia puta, Jessica! ¡Que me estás haciendo daño de verdad!

—¿Daño? ¿Que te estoy haciendo «daño»?

Jessica me pegó tal tirón del pelo que me tiró al suelo. Me soltó y se fue a la cocina.

—¡¿J-Jessica?!

Oí como abría un cajón.

—¡¿P-peque?!

Volvió empuñando uno de sus cuchillos de cocina. Avanzó hacia mí.

—¡AAAAH! ¡SOCORRO! ¡AYUDAAAAA!

Trepé por el sofá y la estantería que estaba a mi espalda. El hermano de Jessica salió de su habitación, frotándose los ojos de sueño.

—¿Pero qué coño hacéis por el amor de…?

Pero se espabiló rápido al ver a su hermana.

—¡M-ME CAGO EN LA PUTA! ¡¿PERO QUÉ HACES, PUTA LOCA?!

—¡De loca nada! ¡Esto es defensa propia!

—¡Q-q-que se cree que me estoy follando a otra!

El gesto del hermano de Jessica se relajó por completo, hasta soltó una risita.

—¿En serio, hermanita?

—¡Le he pillado una cuenta secreta en Tuenti! ¡Y estaba ligando con una pava!

—Ya, que tú nunca flirteas con ningún tío, ¿verdad?

Jessica desvió los ojos por un instante, quedó en silencio.

—Venga, que tire la primera piedra el primero que aquí no ha calentado alguna polla alguna vez, ¿vale?

Jessica empezó a bajar un poco el cuchillo. Dios bendiga a ese chico, les iba a dejar a él y a su novio el piso durante un puto mes.

—Mira, hermanita, vamos a hacer una cosa para que puedas relajarte del todo, ¿vale? Jose, anda: dale tu móvil a mi hermana.

Mis párpados cayeron lentamente. Cerré los ojos con fuerza mientras maldecía en silencio. Varias veces. El hermano de Jessica, extrañado al no ver ninguna reacción por mi parte, repitió la sugerencia.

—¿J-Jose?

Tragué saliva.

—No, no, no… Así no vale… U-una relación se tiene que basar en… la confianza mutua. Tienes que confiar en mi palabra. ¿A que yo no te pido el móvil a ti? ¿A que no?

—¡¿Pero qué pollas estás diciendo, imbécil?! ¡Dale el puñetero móvil, por el amor de Dios!

Jessica sacó su móvil y lo tiró frente a mis narices.

Yo no sabía qué hacer, mis labios temblaban. El gesto de Jessica se volvió a tensar, incluso su hermano quedó completamente contrariado. Ese fue el instante en el que mi único aliado cambió de bando. Y en el que la paciencia de Jessica llegó a su límite:

—¡HIJO DE PUTAAAAA!

Comenzó a apuñalar el sofá.

—¡HIJO DE PUTA!, ¡HIJO DE PUTA!, ¡HIJO DE PUTA!

Hui despavorido del piso.

Capítulo 36

35.

Desperté en el coché, muerto de frío y tosiendo. Con las prisas, no había cogido las pastillas ni el cargador. Mierda. No conseguía parar de toser.

***

Por la noche, fui a recoger a Carlitos. Me estaba esperando en la calle, se subió al coche.

—Hey.

—Hey.

Vi que la madre de Carlitos salía de su casa y me hacía gestos para que la esperásemos. Carlitos bajó la ventanilla, refunfuñando.

—¡Qué quieres, mami!

Dio a Carlitos una bolsa con bocadillos y agua.

—¡Buenas noches, Jose!

—Buenas, ¿qué tal está usted?

—Uy… tienes mala cara. ¿No preferís entrar y cenar en un momento?

—¡Mamá, no seas pesada!

—¡Shhh! Os caliento algo en un segundo y así coméis como Dios manda.

—Se lo agradezco mucho, pero es que nos están esperando. Otro día, encantado.

—Te tomo la palabra, ¿eh, Jose? Apuntado queda. ¡Ah! ¡Pero traeros a

Laurita! ¿Eh? ¡Esta vez no quiero excusas!

¿Laurita? No había ninguna Laurita en el grupo de amigos de Carlitos.

—Que solo es una amiga, mamá.

—¿Le has comprado algún regalo de navidad?

—Mamá, que nos están esperando.

La madre sacó un billete de cincuenta euros. Carlitos lo atrapó, pero la madre lo mantenía sujeto.

—¡Ni se te ocurra comprarle algo de diez euros y quedarte el resto! ¡No me seas cutre!

Carlitos le dio un beso en la mejilla y ella soltó el billete.

—Venga. Cuidadito en la carretera.

Nos alejamos calle abajo. En cuanto llegamos a la esquina, pregunté a Carlitos:

—¿Pero quién coño es la Laurita esa?

Él se limitó a responder:

—Nada, mi novia.

Capítulo 37

36.

Conducía riendo a carcajada limpia.

—¡Tío! Estás puto loco.

Carlitos también reía.

—Bueno, y no sabes la de regalos que le hago a la «Laurita» esta: que si cumpleaños, santos, graduación, que si nuestro aniversario…

—¿Cómo que aniversario? ¿Pero cuánto tiempo le llevas diciendo a tus padres que sales con la tipa esta?

—¡Pfff! Yo que sé… Pero, con la tontería, me saco como cien pavos extras todos los meses.

—¡¿C… Cien pavos?! ¡La puta! ¡Renta más una novia de mentira que una de verdad…!

—Ya te digo.

—¿Y qué va a pasar cuando cortes con ella, eh? Porque no vas a estar toda la vida mintiendo a tus padres.

—¡Uy! ¡Si ya hemos roto tres veces!

—¿¡Cómo que tres v…!? ¡Pero esto qué es! Menudo culebrón, chaval.

—Sí, bueno… es que corto con ella cada vez que mis padres quieren conocerla…

—¡Ja, ja, ja!

—Y la primera vez fue buenísimo, mi madre se pasó toooda la noche conmigo, consolándome, en plan «es que las mujeres son muy malas, hijo… tú solo te puedes fiar de tu madre».

—Joooder, tío… Vale que te rente, pero ¿cómo les haces eso a tus padres?

—Bueno… hay que buscarse la vida.

Aparcamos cerca del Fraguel Rock. Dentro, Gus y su novia charloteaban cogidos de la mano en una de las mesas. Goku pasó a su lado y golpeó la boquilla de la cerveza de Gus con la base de su botellín. Empezó a salir espuma del botellín de Gus a borbotones. Para cuando este se dio cuenta, la mitad de su cerveza ya estaba por la mesa.

—Coño, coño, coño…

Cogió unas servilletas mientras gritaba a Goku.

—¿¡Y esto quién lo paga, gracioso?!

Goku le dio la espalda mientras se reía de forma socarrona y le enseñaba su dedo corazón. Aproveché para acercarme a Gus y a su novia y les dije.

—¡Psss, psss! Chavales, ¿sabéis qué pide Goku cuando llama al Telepizza?

Los dos chicos se encogieron de hombros, sin entender.

—Pues pide una… «familiar».

La novia no pilló el comentario, pero Gus estalló en carcajadas al instante. A la chica le cambió el rostro cuando entendió la broma, empezó a reñirme.

—¡Tío! ¡Tío! ¡Por favor, hombre! ¡No tiene gracia!, ¿vale? ¡Ninguna! ¡Gus, no te rías, tronco! ¡Joder, Gus deja de reí…!

Pero se le contagiaron nuestras carcajadas y se le escapó una risita.

—¡Que no me hagáis reír, cabrones! ¡Que es muy cruel!

…

Después, fuimos de botellón. Tenía a casi todo el grupo de amigos de Carlitos a mi alrededor, descojonados de risa. La verdad es que con la tajada que llevaban encima, tampoco era demasiado difícil.

—¿Y…? Gente, gente… ¿Sabéis qué pide Goku cuando va de putas?

—A ver, a ver con qué sale ahora…

—Pues una… «mamaíta».

Carlitos empezó a reír y los demás le siguieron de inmediato. Aquello iba como la seda. Entonces Goku apareció de repente, para servirse una copa:

—¡Qué pasa, chavales! ¿Y todas esas risas, eh?

Todos quedamos en silencio por un instante, mirándonos los unos a los otros mientras conteníamos la risa.

—Eh… nada, nada, tonterías nuestras.

—Pues, nada, a pasarlo bien.

Entonces se hizo un silencio incómodo. Algunos murmuraban y soltaban risitas por lo bajini. Yo le dije a Goku:

—¿Otra copita, Goku?

—Y las que hagan falta, ¿no? Que para eso es viernes.

—Tú sí que sabes, cabronazo… Te das la vida «padre».

Se escaparon algunas risitas dentro del grupo, cosa que escamó bastante a Goku, aunque él solo dijo:

—Bueno, se hace lo que se puede.

—Pero recuerda que después tienes que conducir la moto, así que no te desmadres.

Algunos tuvieron que taparse la boca para contener las risas, otros tuvieron que alejarse de inmediato. Goku no entendía nada, así que se limitó a asentir un poco mi comentario y a volver con Pita. La chica le preguntó:

—¿Qué le pasa a esos?

—Yo que sé, están apollardados perdidos.

Goku le respondió mientras leía un mensaje que le había llegado al móvil.

—¿Y ese mensaje?

—¿Eh? Nada, nada. Vodafone.

Nada más responder, le llegó un segundo mensaje.

—¡Qué cariñosos están hoy los de Vodafone, ¿no?!

—Mira, si te vas a poner en ese plan, dímelo ya y me largo, que no tengo ganas de gilipolleces.

—¿Sí? ¡Pues despejando, ya estás tardando!

Goku cogió el casco de la moto y empezó a alejarse. Pita no daba crédito:

—¿¡Pero que te vas a pirar de verdad?! ¡Lo tuyo no tiene nombre, tío!

—¡P-pero si has sido tú la que me ha dicho que me pire! —Se mordió los nudillos mientras lanzaba un grito ahogado—. Mira, tronca, ¡me tienes la cabeza frita! ¿Te enteras? ¡Yo no te tengo que pedirte permiso ni para irme ni para nada!

—¡Que sí, que sí! ¡Que no me cuentes tu vida! ¡Agur, yogurt!

—¡Pues claro que me voy!

—¡Y recuerdos a Vodafone!

Goku se detuvo. Hizo amago de decir algo, pero se mordió la lengua y continuó su camino.

Carlitos y yo vimos que Goku se marchaba. Nos despedimos de la gente y nos montamos en mi coche.

…

Estábamos aparcados en una calle mal iluminada. Carlitos me hizo un gesto y nos escurrimos en los asientos del coche hasta quedar ocultos.

Goku detuvo su moto en la acera de enfrente, a pocos metros. Llevaba de paquete a una milf de casi cuarenta años con la que se empezó a dar el lote al bajar de la moto. Yo saqué el móvil y comencé a teclear un número. Cuando noté que descolgaban al otro lado de la línea, puse voz de ancianita:

—¿Señor Collado? ¡Ay, ay! ¡Ay qué susto más grande! ¡Ay, qué lástima, señor Collado!…

Carlitos se tapó la boca, luchando por contener la risa.

—¡Está pasando algo malísimo en su casa, señor Collado! ¡Malísimo!

¡CORRA! ¡CORRA, SEÑOR COLLADO!

Colgué. Los dos nos tapamos la boca con todas nuestras fuerzas, para que Goku no nos oyese descojonarnos de la risa. Él y la mujer cruzaron el portal mientras se magreaban a saco.

Nosotros esperamos un rato y salimos del coche. Abrí mi mochila y sacamos varias botellas de CocaCola y alfileres.

***

Faltaba poco para que amaneciera cuando Goku salió del portal, bostezando y con el pelo revuelo. Se llevó un susto de muerte cuando vio las botellas de CocaCola sobre la moto. Las cogió con la punta de los dedos, con muchísimo cuidado, y las arrojó lejos de la moto mientras las maldecía. Se preparó para montarse cuando vio algo que le hizo echarse las manos a la cabeza: había azúcar y cola reseca por toda la moto. El asiento, el manillar, el motor… todo estaba embadurnado en cola reseca. Intentó rasparla con la uña sin éxito. Después, probó a intentar quitarla con las llaves, pero tampoco salía.

—Mierda… ¡Mierda! ¡¡¡MIERDAAAAAAA!!! ¡¡¡LA PUTA QUE ME…!!! ¡¡¡ME CAGO EN DIOS!!!

Condujo la moto cubierta de cola. Al girar la esquina de su calle, se sorprendió al ver, frente a la puerta del garaje de su casa, a su abuelo hablando con una pareja de policías. Goku aparcó la moto de inmediato y salió corriendo en busca de su abuelo.

—¡Abuelo, abuelo! ¿¡Estás bien!? ¿¡Estás bien, abuelo!?

El anciano lo miró boquiabierto. A él y a la moto. La pareja de policías, también.

—¡Abuelo! ¡¿Qué ha pasado?! ¡Pero di algo, coño!

El anciano cogió a Goku de las solapas. Lo zarandeó con furia.

Carlitos y yo nos mofábamos mientras los policías forcejeaban con el hombre para que soltase a su nieto.

Capítulo 38

37.

A la noche siguiente, Carlitos, Goku, Gus y yo volvíamos de fiesta juntos mientras charlábamos y reíamos. Todos menos Goku, quien caminaba apartado y malhumorado. Solo se dedicaba a patear contenedores y papeleras. Al final de la calle, un travesti de espaldas gigantescas meaba en una pared con la falda remangada hasta la cintura. Goku le gritó:

—¡Señorita, señorita! ¡Buena tranca, enhorabuena!

Carlitos y Gus soltaron una carcajada, pero a mí la situación me daba mala espina. El travesti le respondió.

—¿Te gusta? ¿Quieres verla de cerca?

—No, déjelo, señorita. Seguro que le huele a mierda.

—Sí. ¡A la del culo de tu padre, bonito!

Sus amigos reían el comentario del travesti: «¡Uhoooo!» «¡Te ha dejado to' tirado, chaval!». Goku enrojeció de furia.

—¡QUE TE FOLLEN, MARICÓN!

—¡Dios te oiga!

Carlitos y Gus se echaron una mano al estómago. Goku miró al travesti con ojos desquiciados, apretó un puño dentro del bolsillo de su chaqueta.

—¡Ya te gustaría haberle comido la polla a mi padre, maricona de mierda!

—No, gracias… No me gustan las tapitas.

Las risas aumentaron. Goku perdió el control. Sacó la mano del bolsillo.

Estaba empuñando una navaja.

Todos quedamos en silencio. Carlitos, Gus y yo nos mirábamos, sin saber qué hacer. Goku se encaró con el travesti.

—¿Qué pasa? ¿Dónde están los chistes ahora? Ya no eres tan gracioso, ¿eh?

El travesti le miró con sorna, comenzó a reír a carcajada limpia.

—¡JA, JA, JA, JA, JA! ¡JA, JA, JA, JA, JA!

Todos quedamos desconcertados por la actitud del travesti. Este se subió la falda hasta el pecho: tenía todo el vientre lleno de cicatrices de navajazos.

—¡Adelante, valiente! ¡Busca un hueco! ¡Busca, busca un hueco!

Goku quedó tan impactado que bajó la guardia. El travesti aprovechó y le soltó un bofetón tan salvaje que lo estampó contra el suelo.

Gus, Carlitos y yo huimos despavoridos, dejamos a Goku completamente solo. Goku buscaba desesperadamente su navaja por el suelo de la calle cuando el travesti le atrapó el rostro con sus manazas.

—¡¿AHORA QUÉ, CHAVAL?! ¡¿ME QUERÍAS ACOJONAR, EH!? ¿¿¿A MÍ??? ¡¿ME QUERÍAS ACOJONAR A MÍ?!

—L-lo s-siento, lo s-sient-to mucho, lo sien-nto, de verdad, l-lo sient-to…

—¡MI POLLA PINCHA MÁS QUE ESA MIERDA! ¡¿TE ENTERAS?! ¡MI POLLA PINCHA MÁS QUE ESA MIERDA!

—L-lo s-siento, de verdad, lo s-sient-to, lo sien-nto un montón…

—¡¿QUIERES VERLO?! ¡¿QUIERES VER COMO PINCHA MI POLLA, DESGRACIADO?!

Goku empezó a gimotear, ya ni siquiera lograba vocalizar. El travesti le miró con asco y lo soltó.

Sin embargo, Goku dio un gran salto, estiró la mano para atrapar la navaja. El travesti le vio y fue más rápido. Pisó la mano de Goku justo cuando iba alcanzar el arma. La mano quedó atrapada entre el asfalto y el tacón del travesti. Goku gritaba. El travesti dejó caer su peso sobre el reverso de la mano, aumentó la presión. Goku gritaba, lloriqueaba. El travesti retorció el zapato, comenzó a brotar sangre. El chico pataleaba y se retorcía en el suelo, muerto de miedo y de dolor.

—L-lo s-siento, lo s-sient-to, por favor, lo sien-nto, l-lo sient-to…

El travesti le soltó. Pateó la navaja y se la puso delante. Miró desafiante a Goku. Pero este no la cogió. Se quedó lloriqueando y temblando de miedo.

El travesti volvió a reírse de él. Sus tacones resonaban con fuerza por toda la calle mientras se marchaba con paso tranquilo. Goku quedó tirado, gimoteando. Se sujetó la mano herida con impotencia.

Entonces regresamos. El chico tenía los ojos rojos y húmedos, no era capaz ni de alzar la mirada. Nadie sabía que decir. Yo fui el primero en romper el silencio.

—Goku, tío… Ese maricón te acaba de dar una paliza.

A Carlitos y a Gus se les escapó una risita. Goku nos miró con los ojos abiertos de par en par.

—¡¿QUÉEEEE?!

Carlitos puso voz de cachorrito desvalido.

—L-lo s-siento, l-lo s-siento t-tanto…

Le seguí el juego.

—S-s-siento no tener hu-u-uevos, señor travesti.

—¡JA, JA, JA!

Gus también puso la voz de cachorrito desvalido.

—S-s-s-siento que su polla se haya clavado en mi culito, señor travesti.

Más carcajadas. Goku explotó mientras se sujetaba la mano ensangrentada.

—¡NO TIENE GRACIA! ¡NO TIENE NI PUTA GRACIA, CABRONES!

—Siento ser más marica que usted, señor travesti.

—Siento haberme hecho caquita en su pene, señor travesti.

—¡QUE OS FOLLEN! ¡QUE OS FOLLEN A TODOS, HOSTIA! ¡ME CAGO EN LA PUTA!

Goku se quitó de en medio, gritando y dándole patadas a todo lo que encontraba a su paso.

—¡Goku, tío! ¡Que era coña!

—L-lo sent-timos…

—¡Ja, ja!

—Lo s-s-sentimos t-t-tanto…

—¡JA, JA, JA!

Capítulo 39

38.

Goku llegó a su casa, llorando. Cruzó el salón a toda velocidad, ni siquiera saludó a su abuelo. Este dejó de mirar el televisor y le llamó.

—¿Arturo? Arturo…

Goku no respondió, subió las escaleras tan rápido como pudo.

—¡Arturo!, ¿estás bien, Arturo?

—Por favor, déjame en paz, abuelo. Hoy no, de verdad.

—¿Eso… eso es sangre…?

Ambos se sorprendieron al oír el timbre de la entrada. Goku observaba desde lo alto de las escaleras como su abuelo abría la puerta. Y quedó estupefacto, completamente atónito, al ver que al otro lado de su portal estaba yo.

—Buenas noches.

El abuelo de Goku respondió desconcertado.

—B-buenas noches.

Goku bajó las escaleras y se acercó a nosotros. Yo hablaba nervioso, me temblaba la voz.

—Disculpe, espero no molestar, pero… bueno, su hijo, o su nieto, no lo sé, mmm… me… me ha amenazado esta noche con... con una navaja.

Ambos quedaron de piedra, pero por diferentes motivos. Goku se abalanzó sobre mí.

—¡¿PERO QUÉ COÑO ESTÁS DICIENDO, LOCO DE MIERDA?!

—¡ARTURO! ¡CÁLLATE AHORA MISMO, POR FAVOR TE LO PIDO!

Goku obedeció de mala gana, pero me miraba con ojos desquiciados. Yo seguí hablando.

—Mire, no voy a presentar ninguna denuncia, pero entenderá que la situación fue… muy violenta. Yo también he tenido quince años y he hecho

mis tonterías, pero… pero es que una navaja… son palabras mayores.

El hombre asintió y me estrechó la mano con firmeza.

—Le agradezco que haya venido y que sea tan comprensivo. Le aseguro que esto no quedará así.

—Eso es lo único que quería oír. Muchas gracias.

El abuelo cerró la puerta mientras Goku mantenía una mirada psicótica clavada en mí.

Me alejé de la casa del abuelo de Goku. Al llegar a una distancia prudencial, Carlitos salió de detrás de unos coches.

—Tú… Tú… Tú… ¡Eres el puto amo, tío! ¡Eres el puto amo, Jose!

Yo me llevé una mano al pecho mientras suspiraba aliviado. Carlitos me levantó en volandas:

—¡UUUUUUHHHHHEEEEEEE!

Capítulo 40

39.

Saqué algunas mantas del maletero y me preparé para dormir otra vez en el coche. Mientras las preparaba, noté que mi olor era repugnante, yo y mis ropas apestábamos a alcohol y a sudor. Entré discretamente en el piso, para no despertar a nadie. Al llegar al salón, vi que la puerta de mi dormitorio estaba abierta y que había una leve luz. Llamé un par de veces a la puerta, lo más flojito que pude. «¿Chiqui?». Jessica se había quedado dormida con el portátil en el regazo. Recogí sus cosas de la cama y la arropé. Entonces me di cuenta de que en el portátil estaba abierto el perfil de Tuenti de Pita.

Jessica había estado tomando notas sobre Pita, intentando averiguar más cosas sobre ella.

Afortunadamente, no había logrado averiguar su dirección. Empecé a buscar entre las fotos de Pita, por si hubiese alguna que pudiera delatarme o con alguna forma de contacto o… Vaya, esta chica es incapaz de salir en una foto sin hacer el tonto. Incluso pone caretos en las fotos en las que sale en bikini.

Dejé de pasar fotos.

L-la verdad es que… Mmm… Aquel bikini le quedaba… l-le sentaba…

Corroboré que Jessica estaba bien dormida y salí de la habitación con el portátil bajo el brazo.

Jessica abrió los ojos en cuanto crucé la puerta, solo fingía estar dormida. Se bajó de la cama y salió de la habitación con mucho sigilo, sin hacer ruido. El piso permanecía a oscuras, pero salía luz por debajo de la puerta del baño. Jessica se acercó de puntillas, pegó su oído a la puerta.

Yo jadeaba suavemente mientras me masturbaba con la foto de Pita. Mis gemidos y mi respiración se aceleraban poco a poco, «Dios… Dios… Sí, sí…». Jadeos que Jessica escuchó desde el otro lado de la puerta.

Mientras contemplaba el cuerpo de Pita, un mensaje de chat apareció en medio de la pantalla cortándome el rollo completamente. Era de Goku:

Mañana a las 6 en el Fraguel

No faltes

Dejé de masturbarme. Cerré el portátil y quedé pensativo. Mis ojos se posaron en el espejo.

Dios, tenía una pinta ridícula.

Capítulo 41

41.

Me quedé mirando la fachada del Fraguel Rock un buen rato. Esta vez no estaba asustado; estaba ansioso. Bueno, la verdad es que también estaba bastante acojonado… ¡A tomar por culo!

Crucé la puerta del local. Apenas había gente, no tardé ni un segundo en localizar a Goku.

—Buenas…

—¡Hombre! ¡El señor Jose! Siéntese, hombre, siéntese.

Tomé asiento. Los dos quedamos en silencio y eso aumentó mi inquietud. Goku le dio un trago a su tercio y vi que tenía la mano vendada. Decidí iniciar yo la conversación.

—Bueno… ¿Qué… qué querías? ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Cómo que «qué pasa»?

—A ver, tú me has escrito a mí, a mí que me cuentas.

—Mira, chaval…

—«Chaval» me dice el moco este…

—Que sí, que a mí se me fue la mano el primer día, en el botellón, que sí. Pero tú me la devolviste echándome al gitano psicópata ese encima. Y bien devuelta, ¿eh?, que me comí un par de hostias muy ricas. Pero si después yo intento bajar el nivel con… con una tontería como lo de los teléfonos de los maricones… pues baja tú también un poquito el ritmo, chaval. ¡O sea, yo intento hacer las paces y que nos llevemos bien y… y tú te vuelves puto loco y te dedicas a hacer añicos mi puta la vida!

Lo admito, no vi venir aquello ni a kilómetros, me pilló completamente desprevenido.

—Porque, a ver… ¿reventarle la moto a mi abuelo?, ¿plantarte en mi casa y soltarle que yo soy una especie de… de…, yo que sé, de asesino en serie?, ¿hacer bromas sobre mis padres muertos a mis espaldas?

—¿¡Qué dices, qué me estás contando!?

—Jose, por favor, déjate de teatrillos, ¿eh? Estoy hablándolo de buenas contigo, cara a cara, porque, aunque ahora mismo te tengo una mala hostia que… que ni te imaginas, por lo menos aún te respeto un poco. No hagas que también te pierda el respeto.

Quedé pensativo y asentí levemente. Él continuó.

—Pues, nada, que… que quiero pedirte disculpas formalmente por lo que pasó en el botellón, ¿vale? Lo siento, tío.

Me extendió una mano para que la estrechase. Aquello me sorprendió gratamente, empecé a entender qué veía Pita en ese tío. Y a sentirme monstruosamente culpable.

Le dejé con la mano en el aire y negué con la cabeza.

—No. No es suficiente.

El chico se quedó de piedra.

—Bueno, ¿y qué más quieres, cojones? ¡¿Qué te la chupe, o qué?!

Le miré serio.

—Quiero que dejes a Pita.

Goku quedó boquiabierto.

—¿Estás de coña?

—Tú has preguntado.

—¡¿Me has estado dando por culo a muerte solo por la petarda esa?!

Quedé en silencio.

—¡Pero si fuiste tú el que me dijo que fuera a por ella!

Continué sin decir nada. Los dos nos mirábamos fijamente a los ojos. Desafiantes. Goku quedó pensativo.

—Trescientos pavos y me quito de en medio. Es toda tuya.

No sabía que decir. Goku volvió a extender su mano hacia mí, pero, esta vez, con la palma hacia arriba.

Saqué la cartera y le entregué todos los billetes, monedas y calderilla que

encontré. Goku lo recogió todo y se puso a contarlo.

—Creo que… va todo. O que poco tiene que faltar, ¿no? Mañana te traigo lo que falte.

Al chico se le escapó una risita.

—Joder, tío… Eres gilipollas. Pero gilipollas, gilipollas…

Quedé confuso.

—¡No ves que esa pava ya está loquita por ti!

¿Estaba hablando en serio?

—¿T-te lo ha dicho? O sea, ella… ¿Te lo ha dicho ella o qué?

—Tronco… primero Carlitos, luego yo y ahora tú… A la chavala le van los capullos, ¿qué quieres que te diga?

Capítulo 42

41.

Entré en el piso cuando Jessi y su hermano estaban en el trabajo. Busqué las pastillas por todas partes, ¡¿dónde coño las había dejado?! Mierda, no tenía tiempo, Jessi y su hermano estaban a punto de volver. Me di una ducha rápida y llamé a Carlitos mientras terminaba de arreglarme para ir a ver a Pita. El chico no podía ni creerlo, aquello superaba con creces sus mejores espectativas.

—Entonces… ¿Ya está?

—Ya está.

—¿Goku está fuera?

—Fuera de juego. Del todo.

—Hostia puta… Tío, no me lo creo. En serio, eres un figura, Jose. El puto amo.

—¿Te vas a poner en plan besucón o qué?

—Más quisieras, comepollas.

—¡Ja, ja!

—De todos modos, Jose… tengo malas noticias.

No me gustó como sonó aquello. Me detuve y centré mi atención en el teléfono.

—Pues que… mis padres se han enterado de lo de la pelea con el travelo y… que me han castigado sin la tarjeta. No puedo pagarte ni un duro ahora mismo.

Por un segundo, quedé completamente paralizado, mi cerebro no era capaz de procesar aquella información. Desconecté el altavoz y me puse el auricular en la oreja.

—¿Estás de coña, Carlitos?

—Lo siento, tío. De verdad. Me jode mucho, te lo has currado mogollón y…

—¿Mogollón? No… Me he dejado el culo por ti, cacho cabrón.

—Eh, relájate un poquito, ¿vale?

—Que me relaje… Que me relaje dice el pedazo de hijo de la gran…

Me dejé caer en la taza del wáter. Quedé en silencio, apoyando la cabeza en las manos. Carlitos seguía hablando.

—Tío, te juro que te pagaré lo que pueda en cuanto pueda, ¿vale? O sea, te lo has currado a tope y…

Colgué. Apreté los puños, con rabia contenida. Respiraba de forma entrecortada, sentía el aire filtrarse entre mis dientes apretados.

Salí del baño envuelto en la toalla. El hermano Jessica estaba allí, saliendo de nuestro dormitorio.

—¿Guille?

Y cargando con las maletas de Jessica.

—¿Qué haces aquí, Jose? ¿Pero hoy no trabajas?

—¿Dónde está Jessica, Guille?

Él puso cara de que le estaba haciendo la pregunta más estúpida del mundo.

—Se vuelve al pueblo, tío. Ahora mismo tiene que estar en la estación.

—Pero… Pero… ¿Cómo? Y… y… ¿y el trabajo?

—¿El trabajo? ¡Pero a quién coño le importa el trabajo! A ver, Jose, hasta hace dos días a mi hermana se le caía la pepitilla contigo, ¿vale?, y de repente no soporta ni estar en la misma ciudad que tú.

Escuchaba sus palabras mientras las gotas de agua de mi cuerpo caían sobre el suelo del piso.

—Mira, Jose, sinceramente… yo debería alegrarme por esto, ¿sabes?, porque tú no le llegas ni a la suela de los zapatos a mi hermana. Pero es que yo lo único que quiero es verla feliz, tío, ¿te enteras? Y no sé en qué momento has dejado de besar el suelo por donde ella pisaba y te has empeñado en convertirla en una puta desgraciada, no lo sé, a lo mejor es que te has vuelto imbécil de repente y ya está. Pero estoy seguro de que dentro de esa cabecita tuya hay todavía un pedacito chiquitín que aún conserva algo de cordura. Así que escucha solo a ese pedacito, olvídate de

lo que te diga el resto y corre ahora mismo a buscar a mi hermana y a suplicarle de rodillas que vuelva contigo.

***

Conduje y conduje por las calles de Madrid. El tráfico era denso y cada semáforo una pesadilla. Tamborileaba en el salpicadero del coche mientras mi pierna temblaba tanto que parecía tener vida propia. Logré encontrar un buen aparcamiento y bajé del coche de un salto. Impaciente y ansioso, crucé las puertas del Fraguel Rock.

Vi a Pita y a algunos de los amigos de Carlitos en la barra, bailoteando y charlando. Les saludé y me fui directo hacia Pita.

—Buenas.

—¡Hey! ¡Si es el gran Lobo Feroz!

—¿Qué tal estás, cómo te encuentras?

—Ay, pues un poquito… ¡no sé, la verdad! Es que no veas que tinglado ha montado mi madre para el cumple, se le ha pirado mazo.

—No, no, que… es que… me he cruzado con Goku, ¿sabes? Y… me ha contado que…

—¡Aaah! Sí, yo flipo con lo de ese chaval, o sea… es que ¿dejarme el día antes de mi cumple? Yo creo que se quería ahorrar el regalo o algo así, no sé. ¡JA, JA, JA, JA!

—¿Te apetece irnos los dos tranquilos a una mesa y me cuentas?

—Claro, guay.

Nos fuimos a la otra punta del local, donde apenas se oía la música. La verdad es que no sabía ni qué decir, estaba un poco nervioso.

—Bueno… ¿e-estás bien?

—Sí, sí. Si era un novio de mierda, la verdad. ¡JA, JA, JA, JA, JA!

—Oye, ¿y entonces qué pasa con Berlín?

—Pues… ya veremos, supongo que me iré sola y ya está, al carajo. Si yo sola me lo paso teta, ya me ves, que no paro de descojonarme.

—¡Ja, ja, ja!

—La verdad… hasta me alegro que Goku no venga, ¿sabes? Es que… Hay… Hay otra persona con la que me haría más ilusión ir, ¿sabes?

Se me iluminó la mirada.

—Y… ejem… ¿Y quién es ese chico misterioso?

Ella rio coqueta.

—¿Y tú por qué quieres saberlo?

—¿Tan feo es que te da vergüenza decírmelo?

—¡Ja, ja, ja!

Pita se apartó el cabello del rostro con una caricia, me dijo mientras desviaba la mirada:

—¿Tú crees que…? Ya sabes… ¿que Carlitos querría volver conmigo?

Quedé atónito, no esperaba ese comentario.

—Es que… Se ha portado superbién conmigo últimamente. Y me escucha, me apoya… ¡No como Goku!

—Ya…

—Pero… Es que… No sé… Es como que… No entiendo por qué con ese niño todo tiene que ser siempre taaaaan difícil, ¿sabes? Pero con Goku todo es demasiado fácil. Bueno, es fácil porque pasa de mí tres pueblos.

—Pero es que nadie ha dicho que las relaciones tengan que ser fáciles, Pita.

—Ya… No sé. Yo que sé… De verdad, que harta estoy de todo…

Después de tanto hablar de Goku y Carlitos, se acercó a mí y apoyó su cabeza en mi hombro. Aproveché para rodearla con un brazo.

—¡PITA!

Ambos nos giramos: allí estaba Carlitos.

—T-tenemos que hablar, Pita. Por favor.

Ella no reaccionó, yo tampoco sabía qué hacer. Carlitos intentó cogerla del brazo, pero ella se apartó.

—¿Qué… Qué pasa? ¿Qué haces, tío?

—Ven, Pita, ven por favor.

—¿E-estás bien…?

Ambos se alejaron en silencio. Yo tenía los ojos clavados en ellos, ni parpadeaba. No lograba escuchar nada, solo veía a Carlitos hacer grandes aspavientos, con la miraba suplicante. Dios, Dios, Dios… tenía que largarme de allí, tenía que largarme de allí de inmediato, antes de que le contase todo. Pita no hacía más que negar con la cabeza lo que le decía Carlitos mientras mantenía la mirada clavada en el suelo. Yo me levanté y empecé a caminar lentamente hacia la salida, intentando que nadie me viese. Carlitos cogió a la chica de las manos, a modo de ruego. Mi mano agarró el pomo de la puerta. Empecé a girarlo. Y me detuve.

Sí, estaba acojonado, pero… había sacrificado todo. ¿Qué más podía perder?

Me apoyé contra una pared y esperé a que Carlitos y Pita dejasen de discutir mientras temblaba como un flan. Finalmente, Pita echó a un lado al chico y fue directa hacia mí.

Me cogió de la mano y me llevó fuera. Antes de salir, compartí una última mirada con Carlitos.

Capítulo 43

42.

Durante un buen rato, Pita y yo nos limitamos a beber de nuestros vasos. Yo piqué un poco de las tapas que habíamos pedido, pero Pita ni eso. Es evidente que el discurso de Carlitos la había dejado hecha polvo. Yo no sabía qué decir, así que me intenté respetar su silencio, pero ella no paraba de beber y beber y tenía el estómago vacío, eso me preocupaba. Le señalé los calamares y le dije con la boca llena:

—¿Nof quieref?

Pita giró su cabecita hacia mí, muy lentamente. Me dedicó una sonrisa desvalida. Permaneció así durante un buen rato, hasta que terminó asintiendo.

Yo le acerqué el plato, pero ella negó con la cabeza.

—Quiero esos.

No tenía ni idea de a qué se refería, lo único que hacía era mirarme fijamente. Medio canturreando, volvió decir.

—Quierooo… eeesos…

Y su dedo señalaba directamente a mi boca llena de comida.

—¿¡Q-quéf!?

Pita soltó una leve risita de lolita. Dejó caer los párpados y separó sus carnosos labios. Y así permaneció. Esperando.

—¿E-eftaf de c-coña?

Ella soltó otra risita. Su respiración se aceleró, ansiosa.

Estaba tan impactado que simplemente hice lo que ella me dijo. Saqué la comida de mi boca colocando una servilleta bajo mi barbilla, para no llenarme de babas.

—Que va, ¿eh?

Introduje la comida medio masticada en la boca de Pita.

Ella comenzó a comerla con total naturalidad.

—Pues están ricos estos calamares.

Después nos pusimos a bailar un rato. Ella se contoneaba y hacía el tonto mientras yo hacía… el más puro ridículo. Le encantaba reírse de mí, y a mí me encantaba su risa. Me acerqué a su oído.

—¿Alguna vez te han dicho que eres preciosa?

—Je, je. Alguna…

—¿Sí? Qué cruel es la gente…

Me soltó una brutal bofetada. Ella misma quedó escandalizada por su reacción.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Perdona!

—¡Tronca!

—Perdona, es que tengo muy mala hostia. ¡JA, JA, JA, JA, JA!

—¡No lo sientes, te estás partiendo el culo!

—¡Que no, que no! ¡Te lo juro! ¡JA, JA, JA, JA, JA! ¿Le doy un besito para que se cure?

—Mmm… Mejor dos. Por si acaso.

El hostal Benavente era al que solía ir el herman… mi compañero de piso con su novio cuando querían un poco de intimidad. Afortunamente, no me crucé con ellos aquella noche. La verdad es que no sé ni cómo llegamos ni cómo pagué en recepción, ni siquiera cómo acabamos tumbados en aquella cama. Solo recuerdo que mi boca y la de Pita no se habían separado ni un segundo desde el primer beso. Ella se aferraba a mí con uñas y dientes. Sentía su cuerpo caliente por todas partes. Compartimos una larga mirada, una sonrisa pícara.

Pita se apartó, se alejó de mí y comenzó a abanicarse con las manos. Después, se puso su jersey. Empezó a recoger sus cosas mientras me decía.

—T-tengo… tengo que irme.

La rodeé con mis brazos, la atraje hacia mí y besé su cuello. Pita se regodeaba, pero volvió a apartarme.

—Q-que me tengo que ir, de verdad.

—¿No estás a gusto conmigo?

—Sí, por eso, por eso me voy.

—Pero… ¿por qué no me lo has dicho antes de pagar el hotel?

Le cambió la cara.

—¿¡Qué pasa?! ¿¡Que tengo que follar contigo porque has pagado una habitación de mierda!?

—No, no, o sea…

—¿Qué han sido, treinta pavos? Pues toma, cuarenta.

—Pita, lo siento, de verdad que no… que no es eso lo que quería decir, te lo juro. Es que… no quiero que te vayas así, ¿vale? Parece que estás como huyendo de mí y… no me gusta. Aquí no va a ocurrir nada que tú no quieras.

—Es que… Es que yo sí que quiero…

—¿Entonces?

—Pues que llevo mucho esperando para… cagarla ahora con… con un tío que… que solo va a lo que va.

—¿Cómo que solo voy a lo que voy? ¿Pero tú has visto la que he montado para poder estar contigo?

Ella dudó. Se acercó a mí con gesto inseguro. Me miró a los ojos y yo miré los suyos. Agachó la cabeza.

—Jose, si… si lo que quieres es echar un polvo… Hay otras tías, ¿vale?

Quedé contrariado. Ella notó mi inseguridad, se puso nerviosa.

—Yo… yo nunca he estado desnuda delante de nadie, ¿vale? Jamás, en mi vida. Ni mi madre me ha visto desnuda. E-estoy bastante cagada ahora

mismo.

Quedé en blanco. Me senté en la cama, puse cierta distancia entre nosotros. Me incliné hasta que mi rostro quedó oculto por mis manos. Inspiré profundamente.

—Mmm… Yo… Y-yo… Hasta esta noche, solo había besado a una chica en toda mi vida.

Tragué la poca saliva que tenía en la boca.

—P-pensé que… iba a ser un poco… que esto iba a ser un poco raro, ¿sabes? Pero… pero no. Ha sido… simplemente… bueno… Ha sido… Dios, sé que va a sonar a cursilada de mierda, pero… ha sido muy bonito.

Ella no me miraba, ni siquiera tenía muy claro si me escuchaba.

—Mira, la verdad, yo no tengo muy claro qué estoy haciendo aquí contigo, en serio, pero... Yo… solo sé que ahora mismo este es el único lugar en el que quiero estar.

Pita permanecía en silencio. Comenzó a acercarse a mí, muy despacio, y posó su mano en la mía con una caricia. Solo un segundo. Al retirarla, vi que había dejado entre mis dedos un preservativo.

La miré a los ojos.

—¿E-estás segura…?

—No. Pero tú tampoco.

Compartimos un beso. No fue un beso como los anteriores, no ese tipo de beso que se da en la primera cita, ni en la segunda, ni en la tercera… es la clase de beso que le das a alguien con quien compartes el mismo cepillo de dientes como si fuera la cosa más normal de este mundo.

Me levanté y fui al baño. Era un aseo minúsculo, no había lavabo ni espejo. Cerré los ojos, mi respiración se aceleró.

Saqué el condón.

Y un alfiler.

Atravesé el envoltorio del preservativo con el alfiler. Varias veces.

…

Mi mano tiritaba al coger el picaporte para salir del baño, me palpitaban los dedos.

Pita estaba dentro de la cama. Su ropa, en el suelo.

—V-vaya… Qué rápida…

Estaba cubierta con la sábana, la sostenía hasta la altura de los ojos. Caminé lentamente, en dirección a la cama. Me senté en el lado que quedaba libre. La miré a los ojos, con ternura, y traté de destaparla.

Ella sujetó con fuerza el extremo que yo trataba de destapar. No forcejeé con ella. Acaricié muy suavemente sus cabellos y besé la mano que se aferraba a la sábana. Relajó el gesto. Me levanté y me desnudé ante ella. Pita me miraba fijamente, no había ninguna señal de deseo en sus ojos.

Me senté a los pies de la cama y tomé la sábana con la punta de los dedos.

—¿Puedo?

Ella no respondió. Pero sus dedos se abrieron. Yo comencé a tirar de la sábana con mucha delicadeza. A medida que su cuerpo desnudo se desvelaba ante mí, ella trataba desesperadamente de ocultarlo con sus brazos y sus manos.

Por un segundo, me quedé sin respiración. Las piernas me fallaban, creí que iba a desmayarme:

El cuerpo de Pita estaba completamente cubierto de moratones. De marcas. Cardenales negros y frescos lo cubrían de arriba abajo.

Ella notó mi reacción negativa, se cubrió con las sábanas de inmediato.

¿Estaba… perdiendo la cabeza? Aquello no podía… Claro que no podía ser real. Je, je… Quizás… quizás… había mezclado demasiado alcohol con la medicación. Sí. Espera… ¿cuánto llevaba sin tomar mi medicación? Aquello no… no podía estar pasando…

Mis pupilas estaban extremadamente dilatadas, la habitación comenzó a desvanecerse ante mis ojos. Noté un extraño sabor metálico en la boca. Tuve que reptar para subirme a la cama, me fallaban las fuerzas.

Pita corrió a abrazarme.

—Jose, Jose, tranquilo…

Me susurraba al oído, apenas podía oírla, mi respiración era demasiado violenta.

—No pasa nada, no pasa nada, tranquilo…

La miré a los ojos, alarmado, perplejo. Ella bajó la mirada, le costó conseguir que las palabras saliesen de su boca.

—Esto… Esto no se lo puedes contar a nadie, ¿vale? Ni a Goku, ni a Carlitos… a nadie.

Los labios de Pita temblaban, estaba a punto de llorar.

—Tengo lupus, Jose.

Quedé boquiabierto. Helado.

—Es… mmm… es una e-enfermedad del sistema inmunitario, ¿sabes? Y… Y, bueno, es una putada porque es… es…

—Crónica e incurable…

Quedamos en el más absoluto silencio, mientras pasaban los minutos, mientras nos abrazábamos con infinita ternura.

Capítulo 44

TERCERO

43.

Desperté en la bañera, con la colcha de la cama a modo de colchón. Me levanté con pesadez, con dolores de espalda, incapaz de controlar mi tos.

Entré en el dormitorio, tapándome la boca con el brazo, para no despertar a Pita. Mientras recogía mis cosas, vi sus bragas en el suelo. Me las guardé. Me quedé mirando el rostro de Pita durante un instante antes marcharme.

***

Carlitos se balanceaba en el columpio del parque. Dejé caer las bragas de Pita en su regazo.

—Se acabó.

Me alejé de allí, cuando empecé a oír la voz de Carlitos detrás de mí.

—«No tengo ni puta idea de qué pasó anoche exactamente, pero no, no follamos…»

Me detuve mientras entornaba mis ojos lentamente.

—«…así que deja de escribirme de una puta vez».

Carlitos me estaba leyendo un SMS que le había mandado Pita esta mañana.

Resoplé, ya no podía soportarlo más.

—¡Pero bueno, Carlitos! ¿Tú qué coño crees que va a pasar si la contagio? ¿Eh? ¿Te crees que… que le va a explotar la cabeza o qué? ¡Coño, mírame a mí, tío! ¡Estoy de puta madre!

Carlitos seguía en su columpio.

—No lo entiendes, Jose.

—¡Por Dios, que aún eres un crío! ¡En un par de años estarás en la universidad y te pasarás el día follando como un descosido a todo lo que se mueva! ¡Ni te acordarás de Pita!

Carlitos se limitó a dejar escapar un leve suspiro, mientras yo seguía con mi retahíla.

—¡La vida es así, ¿te enteras?! ¿Es que te crees que tú nunca le has hecho daño a nadie? ¡Por Dios, usa el melón ese que tienes por cabeza! Te aseguro que Pita ha llorado muchas más veces por ti que tú por ella. ¡Y te sigue queriendo y se sigue preocupando por ti! ¿Y sabes por qué? ¿Sabes por qué, cacho melón? Porque ella es una buena persona, y eso es lo que hacen las buenas personas.

Carlitos alzó los ojos. Había algo en su mirada que… algo… familiar.

—Dios… Dios, Dios, Dios… Eres igual que ella. Dios…

Quedé en silencio.

—No, no es… déjalo, no lo entiendes.

—¿Que no entiendo qué? ¡De qué coño me estás hablando!

—Tío, en esta vida, no hay nada peor que que te rompan el corazón.

Le miré, perplejo. Se me escapó una risita.

—¿Qué no hay nada peor que…? ¡Por Dios! ¡Qué sabrá un puto niño pijo del Barrio Salamanca sobre qué es lo peor que te puede pasar en la vida! ¿¡A mí me vas a decir qué es lo peor que te puede pasar en esta vida? ¡¿A MÍÍÍ?!

—¿Lo ves? Por eso sé que nunca has querido a nadie de verdad, Jose.

Aquello me pilló completamente desprevenido. No supe que contestar.

—Verás, para ti y Pita sentir dolor es… que se te caiga una piedra en un pie o… quedarte en la calle sin trabajo y sin pasta. Y eso es una mierda, sin duda, pero eso es que… la vida es como es. Y ya está. Pero ¿cuántas millones de personas hay en el mundo que no tienen una casa y son felices? ¿Y cuántas miles de personas con buenos trabajos y una salud de hierro se suicidan cada año?

Tomó un segundo para reflexionar, yo permanecí en silencio.

—Pero cuando quieres a alguien de verdad, Jose, cuando la quieres con todo tu corazón, con todo tu ser, y esa persona elige no estar contigo… no es que la vida sea así. Es que la persona por la que darías todo, ha decidido que su vida va a ser mejor si tú no estás en ella.

No… Eso no era lo que Jessica pensaba ahora mismo, ¿verdad? No, imposible… no, no, no.

Mientras yo estaba perdido en mis pensamientos, Carlitos se situó ante mí y colocó un sobre en mi mano.

—Cuéntalo si quieres. Son 25.000 euros.

Hace solo cinco minutos le habría tirado ese dinero a la cara, pero ahora… Dios… Tuve que dar unos pasos para serenarme, tenía que pensar en aquello. Dios, necesitaba mis pastillas…

—De acuerdo.

Me guardé el dinero. Él parecía más sorprendido que yo.

—¿E… estás seguro?

—Esta tarde. Lo haremos esta misma tarde, ¿vale?

—¿Cómo? ¿Cómo q-que esta tarde?

Asentí.

—Tiene que ser esta tarde.

Y eso es todo. Acabo de aparcar frente a la casa de Pita, con Carlitos sentado a mi lado. Llevo todo el camino hasta aquí dándole vueltas como un loco a todo lo que ha pasado. No tengo ni idea de qué voy a hacer ahí dentro ni de qué va a ocurrir cuando cruce las puertas de esa casa.

Capítulo 45

45.

Jose y Carlitos salen del coche. Llevan en sus manos un regalo envuelto de forma chapucera. Se detienen ante un chalet con la fachada y la valla llena de globos y serpentinas. Les abre la puerta la madre de Pita, cargada con vasos y platos vacíos.

—¡Hombre! ¡Buenas, Carlitos!

—Buenas tardes, Carmen. ¿Qué tal, mucho lío?

—¡Uf! ¡Hartita me tienen!

Se dan dos besos.

—Pasad, pasad. Bueno, si podéis, ¡JA, JA, JA, JA!

La casa está abarrotada de gente y de ruido. Jose y Carlitos intentan avanzar entre la marabunta de invitados. Jose reconoce a la mayoría, son los vecinos y amigos del antiguo barrio de Pita.

—Perdón… Disculpe… Disculpe…

Samuel divisa a Jose y le da un gran abrazo.

—¡Qué pasa, patrón!

Disimuladamente, le mete un fajo de billetes a Jose en el bolsillo. Jose le susurra:

—¿Y lo otro?

Samuel le pone un par de pastillas en la mano con un guiño cómplice.

—¡Que buena fiesta te vas a pegar, ¿eh?! ¡JA, JA, JA, JA! ¡¿CÓMO ESTÁ MI GENTE AHÍ!? ¡VENGA, QUE NO SE DIGAAAAA!

El gitano continúa su camino, riendo y bailoteando con todo el que se encuentra. Jose aprovecha que Carlitos se detiene a hablar con un grupo

de chicos y avanza a toda velocidad hacia el jardín.

Allí está Pita, rodeada de gente que la felicita y le da besos. Jose camina hacia ella, pero Goku se interpone en su camino.

—Eh, eh, eh… Ya te estás canteando demasiado, chavalote.

—No tengo tiempo para polladas, Goku.

Goku se muestra agresivo, le coge con fuerza de la nuca y acerca su rostro al suyo.

—A ver, a ver… Pagaste por una noche, ¿te enteras? Otros trescientos pavos o ya estás cogiendo puerta.

Jose le mira rabioso.

—¿No tuviste bastante con la que te dio el maricón? ¿Quieres que te parta la cara un tío de verdad?

El chico suelta una risita chulesca.

—La vamos a tener, abuelete, y te tengo ganas. Te tengo muchas ganas.

Jose le aparta y corre hasta donde se encuentra Pita. La chica está hablando con algunas amigas, pero Jose se abalanza sobre ella de forma escandalosa y le da dos besos.

—¡Feliz cumple, viejuna!

Pita le mira con mala cara.

—Gracias…

—Ven, dime donde te dejo el regalo, que vas a flipar, es la hostia. Venga, ven.

La coge de la mano y la arrastra lejos de las otras chicas. Pita se zafa rápido.

—¿Qué pasa? ¿Que necesitas más bragas para tu colección, puto cerdo?

—Oye, Pita, tenemos que hablar…

—Pues sí, majo. Sobre todo tú.

—No, no. En serio…

Carlitos les alcanza, saluda a Pita.

—¡Hey! ¡Felicidades!

Se dan dos besos. Los tres quedan en silencio, incómodos, sin saber que decir. Jose rompe el hielo preguntando a Pita:

—¿Quieres una copa o…?

—Mmm, una cerveza, por favor.

—Carlitos, ¿puedes traerle una cerveza, por favor?

Carlitos queda contrariado, aquello suena más a una orden que a una petición.

—Sí… Claro…

Esperan a que Carlitos se aleje. Jose habla con firmeza.

—Pita, tienes que alejarte de Carlitos. Pero ya. Para siempre.

Ella le mira con cinismo.

—Jose, que es mi mejor amigo. No te pongas en plan celoso gilipollas porque…

—Que no, que no es eso…

—Joder, tío, yo que estaba harta de críos y… ¡y tú eres el más crío todos!

—Que no, Pita, que no van por ahí los tiros, que… mira, tu júrame que nunca vas a volver a verle.

—¿Pero por qué? ¿Cuál es tu puto problema con Carlitos?

Jose hace amago de replicar cuando aparece Carlitos con las bebidas.

—Una cervecita para la cumpleañera, aquí tiene usted. Y a ti… pues a ti no sabía que traerte, así que…

Jose lanza un grito.

—¡POR DIOS! ¿¡NO PODEMOS HABLAR NI… NI UN MINUTO SIN QUE NOS

DEN EL PUTO COÑAZO!?

A Carlitos, Pita y varios de los invitados que estaban alrededor les coge desprevenidos la rudeza de Jose, comparten una mirada incómoda. La chica lleva a Jose de vuelta al interior de la casa mientras Carlitos ve como se alejan.

Pita aparta unas sillas que impiden el paso a la primera planta y sube seguida de Jose. Se encierran en el cuarto de la chica.

—Jose, me estás poniendo muy nerviosa.

—Sé… sé que suena muy raro, pero confía en mí, tú hazme caso, tú no vuelvas a acercarte a Carlitos. Júramelo.

—¡¿Pero por qué?! ¡Hostia ya! ¡¿Tanto cuesta dar una puta explicación?!

—Pita… Pita, eres un encanto de niña, pero… demasiado confiada… No se puede ser tan confiada.

Pita camina por la habitación, exasperada. Apura su cerveza de un trago. Jose se sienta en la cama.

—Ven, siéntate conmigo.

—¡No, Jose, no quiero sentarme! ¡Estoy cabreada, ¿vale?! ¡Estoy que… que…! ¡AAAAARG!

—Vale, vale, pero siéntate.

—¡Ayer te morías por estar conmigo, y eras el tío más guay del mundo, y… fue la puta hostia y, ahora, de repente…! A… Ahora…

Pita se siente mareada. Intenta acercarse a la cama, pero da un traspiés. Jose la coge en el aire.

—Hey, hey… cuidado.

—M-me… m-mareo… Estoy fatal…

—Túmbate, túmbate, tranquila…

—Jose, ll-llama a mi madre… por favor.

Jose no se mueve.

—No pasa nada, descansa.

—P-pero… llama a mi madre… llámala, por favor…

—Tú duerme. Duerme.

—J-Jose… q-que estoy muy mal… muy mal… N-No sé qué me pasa… Jose… Por favor…

Pita ve que Jose permanece ante ella. Quieto.

La chica se desespera. Los párpados se le caen.

—P-por… favor… Por…

Cierra los ojos.

—¿Pita? ¿Pita?

Ella no reacciona. Jose la recuesta con mucho cuidado sobre la cama. Después se dirige a la puerta y la abre. Carlitos está esperando en el pasillo. El joven comprueba que nadie le ve y entra en el dormitorio.

Carlitos va hacia Pita, le sujeta la cara con las manos. Analiza su rostro con cuidado. Le cruza la cara de un tortazo. Jose le aparta de la chica con un empujón.

—¡Eh, eh! ¡¿Qué cojones te crees que haces?!

—¡Asegurarme, coño!

Jose le da el vaso vacío de cerveza de Pita.

—Ve y límpialo a conciencia. Después, te quedas vigilando la puerta y que no entre ni Dios.

—¿Qué dices? Yo me quedo.

—¡¿Pero cómo te vas a quedar?!

—Que no me fío de ti, que no me fío.

—¡¿Tú estás tonto?! ¡¿Y si sube alguien?!

—¿Cómo va a subir alguien? ¡Si están las sillas!

—¡¿Las sillas?! ¿¡LAS SILLAS!? ¡Las sillas las quito yo con la punta del

nabo!

Carlitos le hace gestos para que baje el volumen.

—¡Shhh! Que no me vengas con gilipolleces. Venga, cuanto antes empieces, antes terminamos.

Jose queda pensativo, no sabe que más decir.

—¿Y el vaso qué?

—¡Déjate de vasos y dale ya, joder!

Jose no sabe qué hacer, permanece nervioso, alterado.

—¡Pues si tú no limpias el puto vaso, lo tendré que limpiar yo!

—¿¡Quieres dejar ya la mierda del vaso!?

Jose se dirige a la puerta.

—Yo limpio el vaso, yo me follo a la tía… ¡Yo todo, yo todo!

—¡Jose! ¡Jose, coño!

Sale del dormitorio, con cuidado de que nadie le vea. Entra en el baño, pero no encuentra jabón por ninguna parte.

—Joder, joder… mierda, mierda…

Echa un montón de pasta de dientes en el vaso y lo limpia a conciencia con uno de los cepillos de dientes.

—Me cago en la puta… Me cago en todo…

Regresa al dormitorio. Entra rápido, y sin hacer ruido. Dentro, las luces están apagadas. Las persianas bajadas. Jose intuye formas extrañas en la oscuridad.

—¿Carlitos? ¿Carlitos?

—Espera, espera, tío.

Jose palpa la pared, en busca de un interruptor.

—¿Qué pasa?

—Un momento, un momento…

Solo encuentra una lamparita pequeña, la enciende. Medio cuarto continúa en tinieblas. Pero es suficiente para iluminar a Pita y a Carlitos.

El joven se sube los pantalones y se los abrocha a toda velocidad. Pita está boca abajo, con la falda subida hasta taparle la cabeza y las bragas por las rodillas. Carlitos le riñe.

—¡Tío, un poquito de intimidad!

Jose queda perplejo, con los ojos desencajados.

—P-pero… ¿Q…? ¿Qué coño…? ¿Qué… qué coño haces, tío?

Carlitos sonríe.

—Joder, donde cabe una polla caben dos.

La mirada de Jose pasea de Carlitos a Pita y de Pita a Carlitos. Su rostro palidece.

—Dios… Dios…

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Dios… Dios… No es verdad. Mierda… Dime que no es verdad…

—Eh, eh, tranqui, coño, que esta no se entera de nada.

—N-no era el puto plan, Carlitos… ¡No era el puto plan, joder! ¿¡TÚ SABES LO QUE HAS HECHO, CAPULLO DE MIERDA?!

Carlitos le hace señas para que baje la voz.

—Shhh… A ver, que me estás agobiando ya, tío. Que después le damos un diurético y las pruebas al wáter, ya está…

Jose le embiste. Lo estrella contra un mueble.

—¡Jose, Jose! ¡Que nos van a oír, Jose, que nos van a oír…!

Jose está fuera de sí.

—¡HIJO DE PUTA…! ¡¡¡HIJO DE PUTA!!!

—¡Para, para! ¡Por Dios, que nos oyen…!

Jose le enseña los dientes, Carlitos queda aterrado al mirarle a la cara. Intenta inmovilizarlo, tranquilizarlo. Él es mucho más grande que Jose, pero no puede detenerlo. Necesita aplastarlo con todo su peso para controlarlo un poco y le tapa la boca.

—Jose, tío, lo dejamos, ¿vale? Te juro por Dios que nos vamos ahora mismo, pero estate quieto, por Dios, por lo que más quieras. Que nos matan. Por Dios, que nos matan, coño.

Jose reacciona a las palabras de Carlitos, recupera la calma. Este continúa hablándole.

—Vale, vale, muy bien… Recogemos y… y nos vamos. Aquí no ha pasado nada, ¿vale? A-aquí no ha pasado na…

La puerta se abre ante sus narices.

Carlitos corre y se incorpora de un salto, para simular normalidad. Quien entra es un niño pequeño, de apenas cuatro años. Observa extrañado a los tres desde el marco de la puerta, intenta entender lo que ocurre. Carlitos reacciona con rapidez.

—Eh, ch-chavalote. ¿Q-qué pasa chulo?

El niño queda asustado.

—¿T-tita Lupe?

—Shhh… Íbamos a darle su regalo a tu tita y se ha quedado dormidita. No hagas ruido.

—¿Tita?

—Eh, colega. Si vienes conmigo y cierras la puerta, sin hacer ruido, t-te enseño la consola que le hemos comprado a tu tita. ¿Eh? ¿Quieres ver la consola?

La cara del niño resplandece, Jose vuelve a preocuparse.

—¿Te gustan las consolas, campeón?

El niño asiente, entusiasmado.

—Venga, ven conmigo muy despacito y…

Jose salta sobre Carlitos. Grita al niño.

—¡Llama a tu padre! ¡Llama a tu padre!

—¡Jose! ¿¡Q-qué mierda haces, tío?! ¿¡JOSE?!

Carlitos intenta tapar la boca a Jose. Éste atrapa uno de sus dedos con los dientes. Aprieta. Carlitos grita, el niño corre.

—¡Suelta! ¡Suelta, cabronazo!

Forcejean, los dientes se hunden más en el dedo de Carlitos. La sangre cae por la barbilla de Jose, Carlitos chilla histérico, las mandíbulas presionan con más fuerza, el hueso cruje, Carlitos llora, grita.

—¡SUELTA, SUELTA CABRONAZO! ¡SUELTA!

Carlitos da un codazo en la cara a Jose. Una vez. Otra. Grita y golpea sin parar. Jose suelta el dedo, cae al suelo semiinconsciente. Carlitos corre tras el niño.

Salta los escalones, atrapa al niño en mitad de las escaleras.

—E-espera, espera, chaval. Tranquilo, t-tranquilo.

El niño grita, Carlitos le tapa la boca.

—Calla. ¡Calla, coño!

Jose salta sobre Carlitos. La boca le sangra. Intenta morderle el cuello.

—¡NO, JOSE! ¡JOSE, JODER!

El niño forcejea, histérico, se le escurre a Carlitos de entre los dedos. El pequeño cae por las escaleras.

El rostro de Carlitos da de bruces contra los escalones. Sangra. Jose se coloca sobre él, le inmoviliza los brazos con sus piernas. Las encías y los dientes de Jose chorrean sangre, el líquido gotea sobre el pecho de Carlitos.

—¡NO! ¡NO! ¡PARA, JOSE! ¡PARAAAA!

La sangre de Jose se acerca a las heridas abiertas de Carlitos. Éste chilla histérico, implora y llora por su vida.

—¡SOCORROOOOO! ¡SOCORROOOOO!

Samuel coge a Jose y lo arroja lejos de Carlitos.

—¡¿Pero qué mierda pasa aquí? ¿Qué carajo hacéis?!

El pasillo se llena de gente, aparecen por todas partes, alarmados por el llanto del pequeño. Jose intenta levantarse, pero las piernas le fallan. Una cascada de sangre le cae de la nariz, le hace toser cada vez que lucha por respirar. Algunos ayudan a Samuel a separarlos. «Mare mía… ¿Estáis majaras o qué?» «Pero que estamos celebrando, cojones. A matarse, cada uno a su casa».

Carlitos los observa a todos, tiene los ojos abiertos de par en par. Señala a Jose.

—Ese… El hijo de puta ese… ¡Tenía a Pita ahí arriba…! ¡La…! ¡La ha drogado…!

La gente mira a Jose, sin entender. Éste logra incorporarse, sujetándose a uno de los muebles. Intenta dirigirse hacia la salida, pero sigue mareado. Muchos curiosos se amontonan frente a la puerta de entrada, estorbándole.

Samuel sube las escaleras seguido de algunos de sus primos. Se acercan al dormitorio de Pita. Los primeros en llegar maldicen, miran el interior del dormitorio con ojos abiertos de par en par. Samuel no deja pasar a los que vienen detrás. Una de las chicas entra corriendo en la habitación.

—¡Prima! ¡Prima!

Cada vez hay más gente, cada vez entorpecen más el paso a Jose, cada vez le cuesta más avanzar. Apenas puede mantenerse en pie, jadea por el esfuerzo, no sabe qué hacer. Más de dos docenas de gitanos le rodean.

Carlitos sigue gritando.

—¡Loco! ¡Loco de mierda!

Samuel corre escaleras abajo:

—¡HIJO DE PUTA! ¡TE VOY A RAJAR EL CUELLO! ¡TE VOY A RAJAR EL PUTO CUELLO, HIJO DE PUTA!

Uno de sus primos corre tras él, le inmoviliza.

—¡No, primo, no! ¡Para! ¡Que te buscas la ruina!

Samuel forcejea con él.

—¡¿PERO TÚ HAS VISTO LO QUE LE HA HECHO A MI HERMANA?! ¡¿NO TIENES SANGRE, COJONES?!

Jose logra apartar a los invitados, casi ha llegado a la puerta. Solo se interpone una última persona entre él y la salida.

Trata de apartarlo. Pero no se mueve del sitio.

Jose alza la vista:

Capítulo 46

Es Goku.

Capítulo 47

El chico le estampa un demoledor puñetazo en la cara. Jose se desploma, sin fuerzas. Samuel jalea a los demás.

—¡REVENTADLO! ¡COGEDLO AHÍ! ¡COGEDLO DE UNA PUTA VEZ!

Varios invitados se abalanzan sobre Jose, exaltados por el comportamiento de Goku y de Samuel. Lo levantan. Goku se acerca para propinarle otro puñetazo. Pero Jose le escupe en la cara una densa flema de sangre.

Carlitos da un respingo del susto.

—¡LÁVATE LA CARA! ¡LÁVATE LA CARA!

Goku le mira extrañado, como si estuviera loco.

—¡QUE TIENE SIDA! ¡QUE TIENE SIDA!

Sus captores permanecen confundidos, se miran entre ellos.

—¡LÁVATE LA BOCA, JODER! ¡QUE TIENE SIDA! ¡QUE TIENE SIDA!

Goku da un respingo, se frota la cara con la manga con fuerza. Se mete los dedos para provocarse el vómito. Los captores ven sus ropas y sus manos empapadas con la sangre de Jose. Le sueltan y se alejan asustados. Jose se abre camino a empujones. Abre la puerta. Pero Samuel le atrapa, le inmoviliza por la espalda. Todos los invitados se arrojan sobre él. El brazo de Jose atraviesa una mesa de cristal, pasa su mano ensangrentada por la cara de Samuel. Éste chilla, cae al suelo. Jose empapa con su sangre a otro de los gitanos.

—¡FUERA! ¡FUERA TODO EL MUNDO!

Le sueltan. Pero se mantienen a cierta distancia, rodeándole. No puede huir.

Los dedos de Jose agarran un gran trozo de cristal, les amenaza con él, pero no surte efecto. Jose lanza grito desgarrador, sus ojos están desquiciados, aprieta los dientes, le sale espuma por la boca.

Se clava el cristal una y otra vez en el cuello en pleno ataque de furia.

Todos quedan horrorizados, entran en pánico. La sangre sale a borbotones. Jose se abalanza sobre los que le impiden el paso sin parar de apuñalarse el cuello. Los invitados retroceden, tropiezan los unos con los otros. Jose los pisa, pasa sobre ellos. Logra llegar a la calle.

Huye. Corre frenético. Dejando un reguero de sangre por la acera.

Samuel sale tras él.

—¡COGED LOS COCHES! ¡LOS COCHES, COJONES!

***

Varios coches se detienen junto a una farola manchada de sangre.

—¡Eh! ¡Ahí, ahí! ¡Venid!

Samuel da órdenes desde uno de los coches.

—¡Al cercanías! ¡Dadle, dadle!

Los vehículos se alejan. En la misma calle, en la esquina contraria, un taxi aparca. Jose sale de entre unos matorrales y salta dentro del taxi mientras le enseña su móvil al conductor.

—¡Yo le he llamado! ¡Yo le he llamado!

El taxista queda mudo al verle.

—Pero muchacho… ¿Qué te han hecho?

—Al hospital Reina Sofía. Rápido, por favor.

—El de San Franciso de Asís está aquí al lado.

—No, no. Al que esté más lejos. Dele ya, por Dios.

El taxista arranca.

—Aguanta, muchacho. Aguanta.

Jose se escurre en el asiento, hasta que no le pueden ver por las ventanillas. Cubre las heridas con sus manos desnudas para intentar detener las hemorragias.

Capítulo 48

45.

Un ejército de gitanos irrumpe en la asociación de enfermos de VIH. Van armados con cuchillos de cocina, palos de escobas y piedras. Samuel va liderando el grupo, lleva a Carlitos casi arrastrando del cuello. Patea la puerta de la pequeña oficina en la que están trabajando Sonia y otros voluntarios, destroza las bisagras. El gitano comienza a reventar a palos las lámparas, los ordenadores y todo lo que encuentra.

Los enfermos y los miembros de la asociación intentan huir, pero los compañeros de Samuel les amenazan. El joven señala a Sonia y le dice:

—Tú, rubita, ¿dónde vive el Jose?

—¿Q… Q… Q… Q…?

Samuel coge uno de los monitores y lo estampa contra el suelo. Carlitos se apresura a decirle a la mujer.

—¡J-Jose! Tiene como veinticinco años y creo que es como periodista o algo así.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Es que no tengo ni idea!

Samuel coge un vaso y lo coloca en la cara de una de las compañeras de Sonia, quien chilla histérica.

—¡QUE ME DIGAS DÓNDE ESTÁ EL PUTO JOSE O ME HAGO UN KEBAP CON LA CARA DE LA PUTA ESTA!

—¡Dios! ¡Nononono! ¡Que no tenemos ninguna información de los miembros, que está prohibido por ley! ¡Es que te lo juro, te lo juro que no sé ni su apellido!

Samuel rompe el vaso, lo acerca a la cara de la chica. Todos comienzan a chillar y a gritar. Uno de los enfermos le grita:

—¡Yo tengo su móvil! ¡Yo tengo su móvil!

Un gitano le quita el teléfono de las manos y se lo da a Samuel. Carlitos

mira el número y le dice:

—E-es el mismo que tengo yo. El de tarjeta…

Samuel lanza un grito de plena impotencia que le desgarra la garganta. Estampa el vaso contra la pared de la oficina.

Capítulo 49

EPÍLOGO

Jose se despierta en el hospital, cubierto de vendas. Jessica está a su lado, con los ojos rojos. Ambos comienzan a llorar al verse.

…

Carlitos acompaña a Gus y a Goku a los salones recreativos. Éstos juegan y ríen mientras él se dedica a buscar monedas en el hueco de las vueltas de las recreativas.

…

Jose hace fisioterapia y rehabilitación en el hospital.

…

Carlitos practica tenis en el club deportivo y ajedrez con su padre.

…

Jose carga las maletas en su coche. Aún está cubierto de moratones y de vendas. El hermano de Jessica se despide de él con desgana. Jose se limita a subir al coche y marcharse, cabizbajo.

Jessica lo observa desde la ventana del piso, se desmorona cuando ve alejarse el coche. Mientras llora, descubre bajo la almohada de su cama un sobre. Es de Jose. Dentro hay más de treinta mil de euros. Y un papel. El papel con los resultados de las pruebas del VIH de Jose.

…

En el bar, Carlitos ve como un grupo de veinteañeros se levanta de una de las mesas para marcharse. El chico vierte los restos de sus copas vacías en un solo vaso al que da un buen trago. En el otro extremo del bar, está Pita. La joven observa con semblante serio como se divierte el resto de sus amigos, ajena al comportamiento de Carlitos. El chico la mira fijamente.

…

Jose conduce con el coche atestado de maletas y bártulos. Las vendas le impiden maniobrar con comodidad. Aparca frente al parque que sus compañeros de la asociación limpian como voluntarios. Les hace varias señas con el claxon y ellos corren a en su búsqueda. Se quedan con la boca abierta al verle.

—¡Ay, Dios! ¿Estás bien, Jose?

—¿Pero en qué lío andas metido, chico?

—Estoy bien, estoy bien. Solo vengo a despedirme.

…

Carlitos se acerca a la máquina expendedora de billetes del metro. Mira a su alrededor, para asegurarse que nadie le ve. Mete el alambre en la ranura de las monedas. Lo mueve con cuidado mientras introduce la mano que le queda libre en la bandeja de recogida de los billetes.

—¡AAAH!

Carlitos saca la mano.

Tiene sangre.

El chico se agacha para mirar dentro de la bandeja: está llena de jeringuillas.

Entre las hipodérmicas, hay un papel. Carlitos saca la nota con cuidado:

«Acabo de ahorrarte quince mil euros».

A Carlitos le fallan las piernas. Cae. Su respiración se vuelve árida. Le quema la garganta. Mira a su alrededor con desesperación, pero no localiza a Jose por ninguna parte.

Llora histérico. Grita. Golpea el suelo.

Algunos usuarios le dedican una mirada rápida, otros murmuran. La mayoría, se limitan a pasar de largo.

Fin

Capítulo 50

NOTA DEL ESCRITOR:

Aunque ya han pasado muchos años desde 2008 y los tratamientos para el VIH han mejorado mucho, todavía estamos lejos de poder darles a los pacientes de esta enfermedad la calidad de vida que merecen. Sobre todo, en países con malas condiciones económicas.

Sin embargo, lo que más debe pesarnos como sociedad son la gran cantidad de prejuicios y miedos que aún hay hacia el SIDA y el VIH. Muchos pacientes ocultan a sus familias y amigos su situación por miedo al rechazo. Recordad que en España tenemos la suerte de contar con excelentes profesionales en nuestro sistema sanitario y con asociaciones especializadas en esta enfermedad que están deseando poder informaros sobre su trabajo y ayudaros con vuestra carga.

Este libro está dedicado a todas esas personas que alguna vez han sentido que la vida era demasiado dura y asfixiante, para todos aquellos que alguna vez han sentido que no podían seguir adelante. Cuando os encontréis en esa situación, recordad esto: no estáis solos.

Un abrazo.

Jose Luis Bueno Piña.